

AC 75
. D34



UNC	AC	AE	AV
LC	No. Copies:		
IP	Title: <i>Jui</i>		
ISBN, Place, Pub.			
<i>Marraca</i>			
Series:			
Dealer:			
Fund: <i>Deposit</i>			
For Library: <i>Main</i>			
Date:			
Received: <i>11 11 11</i>			

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA



ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

ACT5
.D34



00021758572

DATE DUE

~~APR 22 2003~~

JAN 05 2005

~~APR 28 2005~~

MAY 06 2009

~~MAY 26 2009~~





Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

Diego Lugo Ramírez

Juicios críticos

Y

BIOGRAFIAS.

OFRENDA

CON MOTIVO DEL CENTENARIO
DEL

GENERAL RAFAEL URDANETA.



POR EL

DR. MANUEL DAGNINO

Maracaibo.

1888.

Tipografía de "Los Ecos del Zulia."



RC

AC 75

.D34

Juicios críticos

Y

BIOGRAFÍAS.

—♦♦—
OFRENDA,

CON MOTIVO DEL CENTENARIO

DEL

General Rafael Urdaneta.



POR EL

Dr. Manuel Dagnino.

—♦♦—
Maracaibo.

Tipografía de "Los Ecos del Zulia."





El poeta Dr. Hdefonso Vázquez,

I.

PEJOS de mí la pretenciosa idea de escribir un juicio crítico de las Poesías de Vázquez; porque además de que tal pensamiento sería superior á mis fuerzas, no tendría quizás para tamaña obra la imparcialidad necesaria, por ligarme con el poeta véneulos de antigua amistad, y profesarle especial cariño, desde que yo muy joven, y él, más joven aún, recibió el bautismo del Parnaso: en ese bautismo secreto é invisible fuí yo uno de sus padrinos.

Por aquellos para mí venturosos años de 57 á 58, había en esta ciudad un periódico que se llamaba "El Eco de la Juventud:" era yo uno de los encargados para revisar los materiales que se aportaban á la Redacción. Por lo visto éramos mal contentos, y fueron pocos los trabajos llevados al tribunal de *nuestra censura*, que mereciesen la aprobación. Muy ufanos con la investidura de tamaño cargo, Apálicó Sánchez, Ramón López y el que escribe, nos erijíamos en Villergas (que estaba en boga entonces) del infeliz autor que se sometía á nuestra decisión y arbitrio; y fuera por espíritu de puristas ó de muehachos celosos de nuestro cometido, es lo cierto que al juzgar y sentenciar, solíamos ser inflexibles como Catón y reservados como el Consejo de los Diez. Es posible y hasta probable, que en todas aquellas batallas no escaseasen buenos ribetes de pedantería; pero si los hubo, todo pasó de puertas adentro, entre nosotros mismos, y nunca trascendía fuera lo que se tenía como secreto de Gabinete. Esto á la verdad sucedía,

cuando las cosas eran desfavorables á algún poeta en ciernes ó candidato para las letras; que si lo contrario pasaba, entonces nos convertíamos en voceros anticipados de la futura gloria del inspirado hijo de las Musas, ó del afortunado escritor, que prometía á la patria glorias inmarcesibles. Lo mejor de todo esto era, que, aun siendo como éramos humildes y desconfiados de nosotros mismos, cuando dábamos un fallo ó pronunciábamos solemnemente algún veredicto, nos creíamos infalibles. . . . ¡No hay como los veinte años para darse importancia! . . .

Es verdad; nosotros no juzgábamos sino de acuerdo con las Leyes y Códigos vijentes en aquella época; y aunque nos tomábamos nuestras libertades para hacer comparaciones en el campo de la Literatura exótica, tratábamos de ser fieles á la letra y al espíritu de la Ley. Pero antes que todo queríamos que el escritor fuese *castellano* en la *expresión*, y *español* ó *americano* en el *fondo y forma*. Por eso admirábamos á Hernández y sobre todo á Ypepe, que eran nuestros mentores en el periódico de nuestra creación.

Este papel no venía á ser otra cosa que la encarnación de dos sentimientos muy nobles, aunque no les faltase algún matiz de egoismo: el deseo de aprender, escribiendo; y el anhelo de sembrar ideas trascendentales para el porvenir. Con el advenimiento al poder del partido liberal, como se decía entonces, Maracaibo que había jugado su existencia política y social con el alzamiento en masa por el hecho aquel del 24 de Enero de 1848, había quedado desconcertado, desequilibrado, en vía de reposición, como le sucede á un cuerpo vivo, que estando para morir, revive ó casi resucita. Todo en él había sufrido merma, detrimento, y hasta habían desaparecido muchos elementos salvadores. Nosotros, que éramos niños en 1848, si teníamos recuerdos de ayer, no los amoldábamos á los ideales de hoy; sino que aspirábamos á un porvenir de acuerdo con estos ideales, sin que dejásemos de tomar del pasado y del presente, lo que creíamos bueno, que sí lo había, y adaptable á la grandeza del país, como era muy hacedero. Algún día, si á Dios fuere grato, y publique la historia de esta tierra del 48 al 70, se verá que fué esa década del 48 al 58, muy importante y muy fecunda en resultados; mas, hoy que no vengo á historiar sino á juzgar á un poeta que

nació en aquella época para la patria, conformémonos con lo dicho y avancemos.

II.

ES lo cierto, que las leyes se cumplen en todas las esferas; y las Letras no podían estar exentas de este cumplimiento. Todo país que avanza y se perfecciona en el desarrollo de sus facultades, tan pronto como tiene los elementos necesarios á la vida material y orgánica, piensa en *algo* que es diferente del *pan y del abrigo*, piensa en llenar las necesidades del espíritu. Entonces nacen las Letras, más ó menos galanas y con más ó menos vida, según la época y las circunstancias locales que las favorecen, y al nacer crecen, y como el árbol dan flores y frutos, según el medio en que se desarrollan. Esta es la ley que se ha cumplido siempre; y ¿por qué no se había de cumplir entre nosotros? Maracaibo pasaba por una verdadera crisis en su vida política y social; pero toda crisis es pasajera y transitoria, y por los años á que nos referimos, estaba pasando. La primera señal de encarrilamiento había sido en 1850, la apertura de los *Estudios clásicos* que con la guerra se habían apagado y extinguido; y al revivir con nuevos y diferentes elementos, el país satisfacía una gran necesidad. La juventud del 48 que llenaba las aulas, como muchos hombres importantes, habían desaparecido; unos habían muerto en los campos de batalla, otros se hallaban en el destierro, y eran muchos; y muchos otros habían empobrecido y sus inclinaciones habían tenido que cambiar de rumbo, trocando el banco del escolar por el arado, unos, y gran número entraron en las filas de los comerciantes ó de los industriales.

El comercio adquirió entonces, por razones que no son de este lugar, gran desarrollo y extensión; y las fáciles y pingües ganancias alejaron á muchos de las Letras y de las Ciencias. Pero, así y todo, apenas se abrieron los cursos clásicos, alumnos no faltaron, y antes hubo más de los que debía, pues muchos de los nuevos adeptos que parecían fervorosos, se quedaron rezagados. Pero como el país avanzaba, todo se movía en proporción; y cuando muchos atesoraban fortunas, dando á la vida material comodidad y

hasta esplendidez, otros atesoraban conocimientos, rindiendo culto á la Idea y al Ideal: y si los unos, con el trabajo, la pericia y las privaciones del espíritu, preparaban la grandeza material, los otros con el estudio, las buenas disposiciones y las privaciones materiales, preparaban la grandeza moral é intelectual del país.

Y así, aún cuando las Letras y las Ciencias andaban zagueras y como de tapujo, no debía hacerse esperar mucho el cumplimiento de la ley que estamos examinando. La restauración no podía partir sino de la fuente natural; de allí, en donde con ahínco y santo entusiasmo se impartía y se recibía la luz: del Colegio Nacional, cuyo Director fué, del 50 al 54, el ilustrado Pro. Dr. J. A. Rincón, gran hablista y orador de renombre y fama.

Daban realce y prestigio á aquel instituto, los actos solemnes y algunas veces grandiosos, con que anualmente se festejaban los lauros universitarios. En esos actos formaban estrecha y armónica alianza la Religión con la Ciencia, el Arte con las Letras, el entusiasmo más sencillo con el pensamiento más profundo. ¡Lástima que las nuevas costumbres, ó quizás los diferentes ideales, hayan hecho desaparecer lo que estaba llamado á perdurar para soláz inocente de la juventud y para gloria de la patria!.....

Hoy se piensa más en lo *positivo*; se va en derechura al realismo de la vida, que es el desencanto del alma, el apocamiento del espíritu, la esterilidad del corazón: hoy, se aprende para sí y para los fines privados y personales; entonces se estudiaba para los demás y para gloria de los patrios lares. Hoy, todo el que sabe leer, como decía Don Severo Catalina, quiere probar que también sabe escribir; entonces se aprendía y se leía mucho en privado ó en comunidad, para escribir algo, y sin la responsabilidad de las enormes firmas que muchas veces hacen, en el panteón de la Literatura, el mismo efecto que le hacía á Larra en la Alhambra *la firma de un tal Pedro Fernández junto á la de Chateaubriand*.....

III.

UN núcleo, pues, de jóvenes laureados, se constituyen en sociedad, y llaman la atención del país con un periódico serio y levantado que se tituló

“El Eco de la juventud.” En sus columnas se daban cita los buenos escritores de aquella época, y los jóvenes publicaban sus producciones, después de haber recibido el *pase* de la Censura por ellos mismos establecida. El tal periódico era simpático dentro y fuera de la localidad; porque allí se decía y se enseñaba lo que, si es verdad que estaba en el ánimo de la generalidad ilustrada, no había tocado á nadie, sino al “Eco de la juventud” el difundirlo y propagarlo, sosteniendo sus principios é ideas con el calor de la juventud y la genuina independencia que dan los pocos años. Quiere decir que la “Sociedad Eco de la juventud” llegó á tener lo que se llama prestigio, y sus decisiones y juicios llegaron á tener autoridad; y se solicitaba muchas veces su aquiescencia y buena voluntad en aquellas cosas en que el gusto literario daba sanción y vida. Sucedía por tanto que en aquella resurrección de las Letras, que con frecuencia se hermanaban con la ciencia y la política, todo aquel que se sentía con vocación á escribir, se dirigía ó tenía que dirigirse al “Eco de la juventud.”

Ya he dicho que éramos inflexibles; y nadie obtenía el *pase* si lo creíamos inmerecido. Los mejores amigos eran sacrificados sin piedad; y más de un auto de fe hicimos, de materiales que fueron la ilusión de más de una cabeza vaporosa. Mas todo esto tenía el mérito de la reserva.

Uno de nuestros juicios más célebres fué el de un individuo que envió á la censura una larga composición en romance, firmada por un pseudónimo. Se titulaba “Imperio del hombre.—Dominio de la mujer.” Principiaba así:

“Sobre abatidos trofeos
que cien naciones pregonan
.....
el laurel de la victoria.”

A los pocos versos, prorumpimos todos en aplausos. . . . La composición nos pareció bellísima, y la destinamos al folletín del próximo número del Eco. Uno de nosotros se mostró reservado, y notamos que no aplaudió; y como se le preguntara, dijo que la razón de su reserva la daría después.

Pasaron dos ó tres días, y ya en prensa el número, vino corriendo *el de la reserva*, y nos mostró un escrito en

que aparecía aquella composición, firmada por “Aureliano Fernández Guerra y Orbe.”

¡Imagínese el lector, cual sería nuestra sorpresa! Pedro José Hernández que estaba presente, al ver aquel desenlace, y cuando el tipógrafo cambiaba aquel pseudónimo por el nombre del autor, dijo con gracia:

‘ Oh, Fernández ! Oh Guerra ! Oh Aureliano !
¡ To lo sucumbe al peso de tu mano ! ’

Y salió allí mismo el Eco, insertando aquel bellissimo romance del Correo de Ultramar—Nº. . . . 1851.

Aquel juicio en falso, aquel simulacro de crítica, nos enorgulleció; pues nos hizo comprender que sabíamos distinguir lo bello, aunque nos viniera por el capcioso conducto de un anónimo. Y probablemente nos dió importancia para el público y para aquellos que se sometían á las horeas caudinas de nuestra censura estudiantil. Es lo cierto que dias después nos reuníamos en tribunal para juzgar varias composiciones en prosa y en verso, y nunca habíamos tenido una sesión más infructuosa. . . . Se habían leído unas seis, y ninguna nos había parecido buena. ¡Qué desconsuelo para nosotros, al ver tanto trabajo perdido para el periódico!

Llega por fin el turno á una composición en verso, que era la primera que el autor enviaba á la mesa de redacción, y la primicia de su talento. Mucho debió de pensarlo el joven, pues él sabía que éramos inflexibles.

Dije en otra ocasión que había sido *un soneto*, pero mejor informado por el mismo autor, fueron unas cuartetas, que llevaban por título “La tarde.” Leída apenas la primera, todos nos interesamos por la composición; y al terminarla, dijimos á una voz: *ese sí que es poeta!* Y más nos admirábamos al saber que el inspirado vate era aquel joven retraído, pusilánime en apariencia, que no revelaba á nadie por el exterior, que llevase un mundo de belleza en la mente y en el corazón, sin que por eso dejase de ser un jovencito elegante, buen mozo y simpático; pero no tenía el don; como hay muchos, de prometer por su verbosidad y su trato comunicativo; y en realidad, ó no dan nada ó dan muy poco. Este vate en ciernes era, ILDEFONSO VÁZQUEZ.

Ví desde entonees en él, á un alumno de las Musas, á un privilegiado del Parnaso; y tengo por cierto, que mi admiración por él, y mis públicas y privadas manifestaciones, debieron darle aliento y estímulo para cultivar la Poesía...

Después de unos 30 años me encuentro con que las circunstancias me obligan á escribir un Prólogo para sus obras, como si el destino quisiese enlazar nuestros nombres, ya que por el afecto venimos unidos mucho tiempo há. Está bien: yo no rehusó lo que me da honra; y ojalá el buen discernimiento y el fino criterio literario coronen mis deseos. Mi norte será siempre aquella máxima de Tamayo y Baus: "admiremos las bellezas; dejemos los defectos para los envidiosos"..... Me ha cautivado siempre aquella protesta de Alejandro Manzoni en su inmortal canto á Napoleón:

"Vergin di servo encomio
E di codardo oltraggio".....

Sí, también tiene la crítica sus infamias y sus caídas lastimosas; el hombre apasionado, es un mónstruo de iniquidad y de injusticia: guárdese siempre el escritor de ese infierno, en donde no hay redención para la conciencia que ha delinquido hasta cierto grado. ¡Tiene también sus precitos la historia de las humanas letras!... Para los envidiosos apasionados no hay absolución en Literatura; para ellos, *nulla est redemptio!*.....

VI.

NO vaya á imaginarse nadie que, por admirador de Vázquez, vaya á decir lo que no siento; ó que por amigo de su Musa, me constituya en apareceró de su fama. Eso sería indigno y vulgar, y caería yo en el bártro del ridículo!... Todo el mundo sabe que Vázquez es un poeta fácil y espontáneo, y que el hacer buenos y bellísimos versos es para él tan genial como lo es el canto para el jilguero y el rumor para la fuente. El inmortal Yepes tenía de Vázquez la misma opinión y abrigaba por su musa un cariño profundo. Aquella disposición para improvisar versos siempre y á todas horas; aquella inspiración perenne, que brota en todos los campos del lirismo, siempre feliz y casi siempre á una grande altura, son cualidades de los verdaderos poetas.

Las composiciones de Vázquez son innumerables, y con gran trabajo ha podido ahora recoger las que andaban desparramadas en donde quiera: y muchas perecerán tal vez, como flores escondidas y solitarias, porque han huido de la memoria de su autor, y, ó no han sido publicadas, ó han visto la luz en hojas ligeras, que como las mariposas, después que han lucido sus colores, se han vuelto polvo de oro, pero polvo. Vázquez ha dicho:

“Si no es mentida, insoria,
mi dulce ambición de gloria;
si el eco de mi laud
hace vivir mi memoria
más allá del atand;

Con qué trepar las escalas
á que el genio eleva al hombre
no ambiciono altivas alas;
mas... pase al menos mi nombre
humilde, cual tú resbalas.”

Esto escribía el poeta en 1864. en una bella composición titulada “Las Neblinas,” en donde decía también:

“Te veo, Niebla y no sé
por qué al verte, te bendigo;
te veo, y no sé por qué
con un ensueño te ligo
al porvenir de mi fe”....

En 1885 decía “A Diego Jugo Ramírez, colaborador de un libro que se proyectó editar á beneficio del Hospital de Chiquinquirá”:

“Hoy nuidos vamos, Diego,
á dar pábulo al lector
con las chispas de este fuego
que euardece mi chicumeu
y á tu numen
da vigor.

Este móvil que hoy nos laua
tras la gloria del laud
colmará nuestra esperauza;
pues teniendo el bien por mira
nos lo inspira
la virtud.

Así, cuando hagamos dño,
 tú del plectro al blando són,
 yo graznando como el buho,
 Quiera Dios, en tal contraste,
 que me baste
 la intención !

.....

Ella es, Diego, el incensario
 que del mismo altar al pié,
 llevan rico y proletario
 á perfumar la conciencia
 con la esencia
 de la fé....

Así va el común intento
 nuestra gloria á confundir;
 al caudal de tu talento
 así el pobre contingente
 de mi mente
 voy á unir.

Brote, pues, sin vauo alarde
 este fuego que en la sién
 con tesón palpita y arde,
 á ilustrar nuestra memoria
 con la gloria
 de hacer bien."

Entre la primera composición y la segunda han mediado veintiún años; en ambas el poeta se preocupa por su gloria, en ambas se ve palpablemente que los estímulos de la inmortalidad no le son indiferentes, y tiene sóbrada razón; pues Vázquez, como todo poeta, siente en su alma, en su corazón, en su mente, en su sér, algo diferente de lo que en sí llevan la generalidad de los hombres: á Vázquez lo atormenta eso que los antiguos llamaban Musa, que Goethe titulaba la llave del arte, y que nosotros los modernos hemos bautizado con el nombre de *inspiración*. Y esa es la cruz de nuestro poeta, como lo era para Yepes..... La inspiración es la que salva al mundo, la que engrandece las naciones, la que ennoblece las sociedades; pero es al mismo tiempo el tormento de los que la han merecido del Cielo, ó que les ha sido concedida por razones que nadie sabe, ni puede saber. La inspiración fué la grandeza de los griegos; pero Homero

y Sócrates fueron víctimas: inspirados fueron Dante, Camoens y Torcuato Tasso, y media Europa se cubrió de gloria con sus cantos; pero todos tres padecieron hambre y sed de justicia: inspirado fué Cristóbal Colón, y después de revelar un mundo, casi no tenía en donde reclinar la cabeza, que había desafiado serena todas las tempestades y todos los misterios del inmenso océano: otro mundo, que aun muchos no comprenden, reveló el inmortal Cervantes, y su inspiración no lo relevó de los ultrajes de la prisión injusta: independencia dió á un continente el hijo del Avila, Simón Bolívar, y al morir de pesadumbre, su inspiración en la Patria, libre é independiente, por los fulgores de su genio y el rayo de su espada, no le valió para que casi le fuese negado un crespón con que cubrir su cadáver. . . . No sé qué destino persigue en el mundo á los hombres inspirados; ¿será que poseyendo estos algo de divino no puedan hacer vida común con los mortales? ¿Será que habiéndole robado su chispa al Cielo, como decía la fábula, ese fuego los abrasa, los consume, y aparecen ante el vulgo de los mortales como seres extraños? ¿Será que poseyendo cierta intuición de las cosas y de los hombres, ellos se sienten superiores á los demás y al mundo que los aprisiona, y se declaran en su conciencia libres de todo lazo que los humille ó de toda cadena que los ate? Será? Yo no lo sé; pero veo que en donde quiera la *inspiración* en todos los ramos del *sentido humano*, llámese imaginación, inteligencia ó sentimiento; en todas las esferas del genio, ya se revele por el arte, por la ciencia ó por los grandes hechos, veo que es perseguida por mal interpretada, desconocida ó envidiada. . . . La apoteosis viene después, como ha sucedido con casi todos; pero rara vez los contemporáneos se convierten en *justicia* para los genios, que han inundado de luz á su patria ó al orbe entero. No reneguemos del mundo en que vivimos; analizar no es maldecir: fijar una ley de nuestra naturaleza, no es escribir un *inri* en la frente de la humanidad. . . . Algunos creen que esta ley de la ingratitude ó indiferencia con los *inspirados*, sólo se ha encontrado ó se encuentra en la raza latina: eso no es verdad! El Inspirado por excelencia, el Verbo de Dios, Jesucristo, fué crucificado por la raza semítica; y Milton y Shakespeare eran de raza sajona. . . . Esto es sufi-

ciente para desvanecer el cargo; y en nuestros días hemos visto á España, Italia y Francia hacer la Apoteosis de Quintana, Mauzzoni y Víctor Hugo: lo que significa que las ideas y las costumbres son en este caso un argumento más sólido que el de las razas.

V.

Volviendo á nuestro tema digamos, que los estímulos de la inmortalidad no han sido indiferentes para nuestro poeta Vázquez; y sin embargo, parece que él se ha contentado con la melodía de sus cantos, á la manera del jilguero, que lleva la selva de armonía, y luego se retira á su nido soñando con nuevos amores, para seguir encantando la comarca "con su cantar sabroso no aprendido"..... Mas, pedidle á Vázquez las ejecutorias de su inmortalidad, que son sus escritos, y Vázquez no se ha olvidado de ellos. Después de mil diligencias y pesquisas, ayudado por amigos de buena voluntad, se me presenta ante el tribunal que él mismo ha elegido, con un farrago que contiene dos ó trescientas hojas, de diferentes edades y cataduras. Unas son grandes, otras pequeñas, recojidas aquí y allí al acaso: recortes de periódicos de diferentes épocas; malas copias algunas de escribientes descuidados, y una que otra de puño y letra del poeta; no todas en tinta, sino varias escritas con lápiz. . . . ¿ Habráse visto mayor descuido ó mayor indiferencia por los hijos de su numen? . . . Sin embargo, Vázquez ama mucho esos hijos, se complace en su recuerdo y les desea prosperidad. . . . Pero nuestro poeta es como el jilguero, y como él, sabe que ha inundado de armonías la comarca zuliana, y sabe que sus inspiradas notas no se pierden, porque están grabadas en la memoria de todos. . . . Él es poeta, esencialmente poeta, y su mayor felicidad consiste tal vez en ser poeta zuliano, aunque no desdeñará que otras comarcas saboréen sus cantos, ni que otros hombres rindan homenaje ó tributen cariño á la Musa, que lo viene inspirando hace treinta años. Lo que es entre nosotros, la Musa de Vázquez nos es tan familiar, que son raros los que al leer una composición anónima de Vázquez, no la adivinen. Esa Musa la conocemos en to-

dos los tonos, en todos los géneros, en todas las circunstancias de la vida. Alegre, festiva, picarezca, grave, mediatubunda, filosófica, religiosa, cáustica; . . . se nos ha revelado bajo todas esas fases. No esquivo metro ni medida, y todo asunto es bueno para ella: á todo sabe darle vida, gracia, belleza, hermanando siempre la armonía con la idea. Ese fárrago que tengo delante de mí, y que el lector de este libro verá en mejores condiciones materiales, es un elocuente desorden, una bella confusión, un laberinto que revela armonía y despide fragancia inexplicable. Todas esas hojas, que por lo ajadas é incoloras parecen anunciar ruina y muerte, respiran vida é inmortalidad; y aunque tan distintas unas de otras, son hermanas naturales, y llevan todas el mismo sello: la inspiración. A mí me hacen el efecto de un hacinamiento admirable de lindas mariposas, de flores inmarcchitables y de aromas exquisitos, sin que falte el picante tomillo y la sagrada mirra ni el místico incienso. . . . Cuando la varita mágica de Guttenberg aplique su fuego santo á ese precioso montón, que con tanto placer y orgullo contempló sobre mi mesa de estudio, lejos de destruirse adquirirá lo que anhelan los genios: la inmortalidad. . . . Esas mariposas volarán incansables por todos los prados y por todas las campiñas; en donde el idioma de Castilla encante el oído; lucirán esas flores su varia pinta y su perfume recreará á todo aquel que sepa rendir culto á la Poesía y al Arte; y subirán al Cielo espirales sublimes de adoración, que lo harán propicio para la tierra que supo inspirar al poeta ideas y sentimientos tan delicados como piadosos.

Cualquiera, y hasta yo mismo creería, que he terminado mi misión ó cometido respecto de las obras de Vázquez; pero realmente no es así. Yo no vengo aquí á encomiar á un poeta porque sea mi amigo, ó porque sus poesías me gusten: en estos trabajos debe haber algo de trascendental, si no han de ser simples baratijas encomiásticas.

Yo sé que si dijera de Vázquez que es un poeta ramplón y chabacano, todo el que leyera sus poesías me trataría de aturdido é ignorante; pero, si afirmo lo contrario, debo decir *por qué*, y esta es la parte filosófica del presente trabajo.

VI.

ASÍ como he dicho que Vázquez es un jilguero, también he podido decir que es un ruiseñor, y no uno cualquiera de esos seres alados, destinados en el magnífico cuadro de la naturaleza á deleitar el oído del hombre, con *su cantar sabroso no aprendido*..... Pero elijo el jilguero ó el ruiseñor, porque estos dos mensajeros del ritmo armónico natural, parece que son los más *educados* ó los *más inspirados* cuando sueltan al viento sus cantos, que los pastores y zagalas de los contornos recojen con cariñoso afán. Si ellos cantan á la salida del sol, lo hacen con tal entusiasmo, con tal expresión y tal donaire, que los campesinos jóvenes traducen en aquel canto un himno á la esperanza que ellos abrigan de realizar sus aspiraciones íntimas; mientras que los corazones gastados en las luchas de la vida, léen en aquellos arpegios una oración reverente al Sumo Hacedor; y aunque unos y otros adoran á Dios en aquellos cantos, los jóvenes lo hacen, alabándole por el santo fuego de la esperanza que ha depositado en sus corazones; los que no lo son, por haberles concedido un nuevo día para llenar sus deberes, y seguir contentos por las espinosas sendas del vivir. Si el ruiseñor canta al ponerse el padre del día, para unos tiene su canto el aire de una elegía que conmueve; para otros, son los ayes lastimeros de una alma, que pide á las sombras lo que le ha negado la luz. Si canta Filomena cuando el cierzo asuela la campiña y cuando el ábrego inclemente azota la cabaña, para algunos significa aquel canto una plegaria; para los que padecen de amores es una queja, que el misterioso cantor lanza á los aires, para que la recoja el sér desdeñoso, que pone en torturas un corazón.....

Pero de todos modos, siempre que el jilguero ó el ruiseñor cantan, cantan bien; interpretando la naturaleza íntima de todo el que oye y amoldándose á las exigencias de su espíritu. El canto del ruiseñor tiene algo parecido á los encantos de las nubes; cada quien los interpreta como lo ha hecho Campoamor en uno de sus Cantos, según la pasión que ajita el alma, ó según las espinas que punzan su corazón..... Con el alegre canta y con el triste llora; suspira con el que espera y gime con el desesperan-

zado..... Pero cante ó llore, suspire ó gima, siempre lo hace bien, siempre es armónico, siempre, ó colina de alegría, ó calma los pesares.....

Así sucede con nuestro poeta; cualquiera que sea el motivo que le haga pulsar su laúd, la realidad de la vida, la elevación de las ideas ó la sublimidad del sentimiento, siempre canta bien, siempre es poeta, porque como el ruiseñor toca las fibras más íntimas de nuestro sér; como el ruiseñor nos habla ese lenguaje de la naturaleza, envuelto ó acompañado de las bellezas del arte y el prestigio del genio.....

Yo sé que hay poetas que han hecho y hacen buenos versos á fuerza de invocar la Musa; que con la constancia, el ejercicio y el aprendizaje en buenas escuelas han conquistado un puesto de honor en el Parnaso. Esos no serán nunca como el ruiseñor que arranquen lágrimas ó sonrisas y conmuevan nuestro sér á todas horas. Con Vázquez no sucede así; su Musa nació con él, y tan pronto como él pudo formular un pensamiento, un suspiro ó una queja, con la espontaneidad del ruiseñor llenó el campo de armonía, y todo el mundo pudo decir con verdad: ha nacido un poeta! Y el poeta desde que *nace* es como el ave, que canta; es como el aroma del verjel, que embriaga; es como la fuente, que con su murmurio deleita; es como la luz, que deslumbra é ilumina; es el huracán, que aterra; es como la aurora del nuevo día, que infunde la esperanza.... ¡Y así nació Vázquez-poeta! Las composiciones de sus primeros años nos lo revelaron con toda la gallardía de su Musa, con todas sus riquezas artísticas, con toda la profundidad y travesura de su pensamiento.

En una composición titulada: "Lo que es amor," decía:

“¿Tú me preguntas, mi bella amiga,
qué es esa ardiente, loca pasión
que amor se llama y á tanto obliga?
Ah! no pretendas que te lo diga
porque no tiene definición.

—
Bascára en vano mi fantasía
con incansable firme interés
bellos raudales de poesía
que dieran ecos al arpa mía,
para decirte *lo que amor es.*

Niño vendado que en raudos giros
rígidas flechas vibra traidor,
si te llegaren á herir sus tiros
el tiernó idioma de los suspiros
podrá decirte *lo que es amor.*

Amor ! me han dicho que todo queda -
todo al imperio sujeto de él ;
que aman las flores al aura leda
y al arroyuelo que mauso rueda
bajo las frondas de su vergel.

Que cuando el éter azul se dora
con los cambiantes del arrebol,
y en la enramada con voz canora
trinan las aves es que á la aurora
las aves aman, aman al sol.

Que el tibio lampo de las estrellas
y de la luna la regia luz
aman del lago las ondas bellas
porque se pueden mirar en ellas
de las tinieblas entre el capuz

Amor ! . . . si en forma de triste lecho
la hiedra acaso viste brotar
unida al mármol con lazo estrecho,
es que el tirano de nuestro pecho
ni áun en la tumba quiere abdicar

Amor ! . . . Su germen oculto yace
en lo profundo del corazón ;
y si en dos seres á un tiempo nae,
de sus dos almas una sola hace
y ambas bendicen esa pasión.

Mas ; ay ! si un día de esos dos seres
ama uno solo, ¡ mísero de él !
¿ Su impía suerte conocer quieres ?
— En vez del néctar de los placeres
de los pesares prueba la hiel

¿ Y me preguntas, mi bella amiga,
qué es esa ardiente, loca pasión

que amor se llama y á tanto obliga?
Ah! no mi labio; que te lo diga
con sus latidos mi corazón.”

¿No es verdad que esta composición es muy bella, por su armonía, por su intención y muy delicada en la elección de los símiles, y sobre todo por la manera de terminar?.....“*Ah! no mi labio; que te lo diga—con sus latidos mi corazón*”.....

Pudiera compararse á un collarito de perlas, casi todas iguales y bellísimas, unidas con un broche de diamante.....Cada quintilla es preciosa, y sobre todas, la segunda y la sexta.

“*La Niña y la Mariposa*,” escrita también en preciosas quintillas, es una composición de muchos quilates y fué recibida por el público con aplauso:

“Y mientras iba exhalando
la enitada hondos suspiros
del aura al impulso blando
signió el insecto sus giros
revolando.... revolando....”

Fábula ó Dolora termina bien; y aunque inútil, pues los enamorados son ciegos, sordos y desentendidos, siempre es una advertencia piadosa para los hijos de Adán y Eva, expuestos á toparse en su camino con *una mariposa* que interese por lo menos su curiosidad, como á la Niña de nuestro poeta:

“; Cuánto embelesan los ojos,
cuánto excitan los autojos
de la inocente, las galas
del insecto!.... son tan rojos
los matices de sus alas!”

La historia dolorosa de este caso bien la explica el poeta; pero á los espectadores nos toca decir que en el campo de la vida toma el hombre (y por consiguiente, la mujer); no digo una serpiente por mariposa!....Mujeres hay que se han topado con tigres, y hombres con pante-ras. Así, la moraleja de Vázquez es muy justa:

“¡ Cuántas veces en la vida
 buscamos la apetecida
 ventura en alas de Amor,
 y tocamos la dormida
 sierpe oculta del dolor.”

“*La Hija Natural*,” es también de la misma época; y aunque la versificación es buena, y la expresión correcta, menos la *lágrima abrasante*, que no es bueno que las *lágrimas* por amargas que sean *abrasen* sino que *quemén*; aparte estas cosillas, me parece un poco oscura. El poeta quiso velar demasiado, y puso á *la hija* á sacar consecuencias de premisas que por *su corta edad* no estaba en aptitud de conocer, por su fortuna. El poeta era entonces muy joven; y el tema era algo espinoso para no herir á muchas hijas y á muchas madres. En el siglo pasado uno de los enciclopedistas, y en el presente, Alejandro Dumas hijo, plantearon en el teatro el mismo problema. Ninguno de los dos sacó gran ventaja de su argumento. No se descusue, pues nuestro amigo, si él no ha sido más afortunado. Mas, ¿quién podrá negar que no obstante esto, tiene “*La hija natural*” muy bellos versos que mantienen la fama de nuestro poeta?....

“Madre, preguntó una vez
 á una pálida señora
 una niña encantadora
 con graciosa sencillez:

—
 ;Es verdad lo que leyendo
 ví en el libro de un poeta,
 que desde entonces me inquieta
 porque yo no lo comprendo?....

.....
 No es dable su explicación
 saber á tus cortos años;
 nos la dan.... los desengaños
 que matan el corazón.

—
 Ahora en tu corta edad
 sueñas tú, mas no lo adviertes!....
 ;ojalá nunca despiertes,
 que es negra la realidad!

.....

Bajo un recuerdo fatal
la madre no respondía....
la joven aún no sabía
que era hija....*natural.*"

No puedo dejar de decir que la primera estrofa es bellísima, no por lo que suena al oído, sino por la intención y exactitud que encierra. Lo diré, no para enseñar á los que saben, sino para indicar á los principiantes la manera de descubrir algunas veces las bellezas ocultas, que estimulan más la inteligencia, que la imaginación y el sentimiento.

Ese cuarteto es natural en la forma y filosófico en su fondo; y así como se presta á un hábil pincel, para un cuadro significativo, daría asunto á una pluma fácil para un escrito profundo. Ese cuadro representaría una síntesis admirable de un pasado tempestuoso, y ese escrito nos presentaría un drama interesante por la lucha de pasiones exaltadas y de esperanzas fallidas. Esa *palida* dama, á quien el poeta llama *señora*, y á quien una *niña encantadora* llama *Madre*, con *graciosa sencillez*, son realmente como la campiña que una tempestad ha azotado; y como tras las convulsiones de la naturaleza, viene la calma, en el presente caso, la *niña encantadora* viene á ser como la aurora tras la borrasca al amanecer del nuevo día; es el sol que vivifica la campiña después de azotada por el huracán.....

Mirada la estrofa bajo otro punto de vista, ¡qué bien sienta la *palidez* en una dama ó mujer que ha faltado á sus deberes!... Con sólo llamarla *palida*, el autor hace la historia de una de esas víctimas, que merecen indulgencia, según dice Víctor Hugo en alguna parte:

"No culpéis á la mujer que ha caído"....

Efectivamente; ¿quién puede medir la profundidad del abismo con que las circunstancias rodearon á la infeliz antes de su caída?... La mujer, ser tan débil, tan delicado, y tan inexplicable á la vez; ángel de encumbrado vuelo y á las veces de mezquinas aspiraciones; por el hombre asediada, que hace con frecuencia el triste papel del ángel de la maldad; con un corazón exigente que la tortura y la fascina, y con una voluntad débil que la hace claudicar;

si á ella le faltan por desgracia, en momentos supremos, los auxiliares de su debilidad, que son la mirada ó la voz de una autoridad, que contrapese el *seréis como dioses* del Paraíso, es perdida para siempre. . . . Si Eva, en el momento en que el Ángel Tentador, bajo la figura de serpiente, como nos lo presenta Moisés, introducía en su corazón y su voluntad el primer germen de desórden, hubiese visto ú oído á quien con su presencia ó con su voz podría haber fortificado á Eva y derrotado al Tentador, de seguro que las cosas hubieran marchado de otra manera. . . . Y si la buena educación moral, si la autoridad paterna y el buen ejemplo, ejerciesen siempre un imperio absoluto sobre la voluntad y el corazón de la mujer, tendríamos menos número de esas escenas, en que pudiera decir el poeta :

“ Calló la madre, y en vano
quiso ocultar al instante
una lágrima abrasante
llevando al rostro la mano.” . . .

Esa lágrima representa el remordimiento; y desde luego anuncia que aquella es una alma buena, que deplora su falta, su rubor perdido, su perfume disipado! . . . El poeta, bien puede halagarla por caridad ó urbanidad con el epíteto de *señora*; pero la sociedad humana, jamás. . . . La mujer que falta á sus deberes, que se refieren á *su ser mismo*, es un ángel caído: no le queda para su reparación otro recurso que el arrepentimiento y la santificación de su vida ulterior. . . . El poeta puede dedicar sentidas endechas á su desgracia; la literatura desmañada é imbuida en malas artes, puede absolverla; la sociedad humana, fundada en la verdad y sublimidad del Cristianismo, nunca!—La Religión le abre sus brazos, y la recoge y la purifica por el arrepentimiento; cuando los intereses sociales, que pueden ser justos y legítimos, unidos á la crueldad, la vilipendien y la ajen, entonces ella la ampara, la consuela y le dice como el Salvador á la Samaritana: *Si scires donum Dei!* . . . “Si conocieras el don de Dios”. . . . Y así como hay muchas de esas desgraciadas, que dado el primer paso en la pendiente del vicio van hasta la degradación, llegan hasta el abismo, hay muchas que, sostenidas por motivos superiores de educación y creencias, ó por instin-

tos salvadores, saben mantenerse en el carril del deber; y viven la vida del arrepentido, dando calor al tierno vástago que surgiera de la crisis moral más espantosa por el que ha pasado su sér. Entonces viven predicando el bien al hijo de sus entrañas, y lo practican, cien y cien veces con alegría íntima, con creciente satisfacción, para hacerse perdonar por su hijo y la sociedad que la ha visto delinquir, su primer paso en el camino de la vida. . . . Entonces esa pobre mujer y madre delincuente, llevando en su conciencia un torcedor que no se aplaca jamás, lleva la *palidez* en su rostro como un pasaporte que la honra: esa palidez dice á las claras, “no me juzgueis, porque yo misma me juzgo á cada instante”. . . . Y quien faltó á sus deberes fundamentales en mala hora; quién se privó por su proceder liviano de un mundo de legítimos afectos y de aspiraciones tan naturales como nobles, en el apartamiento de un oscuro hogar, sin otro testigo que Dios y sin más amor que el de su *niña encantadora*, bien puede decirle á esta:

“; Ojalá nunca despiertes,
que es negra la realidad!”

Un poeta realista se habría prendado más bien de una de esas buenas mozas, que habiendo dado al traste con el honor, siguen recorriendo el camino del libertinaje, y viven holgadas y como satisfechas de su insolente hazaña. . . . Esas, si se ponen pálidas, es por la tisis, conquistada en el palenque del vicio, como dije una vez hablando de la *Traviata*; pero esa es palidez patológica, no moral, no poética que enaltece á la víctima. . . . Buen argumento ese para Zolá y sus secuaces, que han puesto en almoneda, no sólo el arte con todos sus encantos, sino á la belleza moral con su fondo artístico.

Con perdón del autor diremos que esta composición no es de sus más afortunadas; pero es una muestra de la bella versificación de que dispone en todas las circunstancias.

VII.

Por estas composiciones bien puede juzgarse que los versos de Vázquez eran recibidos con entusiasmo, porque anunciaban en él á un gran poeta; y

los pueblos, aunque suelen ser egoistas con los hombres de talento, no lo son para declararse sus admiradores. Así es que la Musa de Ildefonso Vázquez, fué creciendo en simpatías y en crédito, á medida que el bardo iba dando prenda de su genio poético. Mas llegó á su colmo para aficionados y para entendidos cuando una desgracia doméstica arrancó lágrimas al corazón del bardo. Un hermano muy querido del poeta muere de súbito, y el amor fraternal produce la siguiente Elegía, que en mi concepto es de lo mejor que puede salir del nomenclario de un poeta.

Elegía.

EN LA MUERTE DE MI HERMANO EDUARDO.

¡ Eduardo . . . hermano mío ! . . .
 Ay ! héme aquí con húmedas miradas
 el túmulo sombrío
 do tus reliquias ya en sepultadas
 llegando á contemplar, aunque este llanto
 no es la digna expresión de mi quebranto.

Cuando en el rojo ocaso
 esconda el sol sus últimos destellos
 con magestoso paso
 y el nocturno capuz venga tras ellos,
 yo aduaré mi canto de tristeza
 al que entona á la luz naturaleza.

Que sólo entonces puede
 hallar mi flébil enlutada lira
 un eco que remede
 la tristísima voz con que suspira,
 cuando sus cuerdas destempladas toco
 porque tu sombra fraternal evoco.

Entonces llora el ave
 que entre las sombras de la oscura selva
 cubrir su nido sabe
 hasta que el sol al horizonte vuelva ;
 y su triste e' amor tambien entonces
 al aire dan los funerales bronces.

¡ Qué condición la humana !
 Ver por el cierzo arrebatat un día

la fresca flor lozana
 que en su tallo inocente se mecía ;
 y, convertida en míseros despojos
 ay ! para siempre huir de nuestros ojos.

Mirar cómo la fuente
 por entre el césped va, que fertiliza,
 lanzando su corriente,
 y cómo el viento sus cristales riza,
 para después, en el quemado estío,
 seco su cance contemplar vacío.

Sentir del aura leda
 los armoniosos lánguidos suspiros,
 sin que una hoja ceda
 al blando soplo de sus leves giros ;
 y del ábrego, Inégo, á los furros
 ver árboles rodar, hojas y flores !

Llorar en dulce calma
 el corazón, y en ilusiones bellas
 embebecida el alma,
 para arrostrar después en lugar de ellas
 fieras borrascas, negros desencuños,
 que acibarau por siempre nuestros años.

¡Qué condición! . . . ¡la impía
 garra sentir de eterno sufrimiento
 tras el placer de un día,
 tras la anhelada dicha de un momento !
 ¿Dicha ? . . . placer ? Imágenes soñadas,
 al abrir nuestros ojos, disipadas !

Así tú, pobre hermano,
 ávido ayer en pos te deslizabas
 de ese fantasma vano
 que en el incierto porvenir mirabas
 y al tocarle ; ay de tí ! nera la suerte
 te deparó el abismo de la muerte !

La muerte ! y sumergida
 en profundo dolor y en erudo llanto,
 dejar la que en la vida
 madre infeliz idolastraste tanto ;
 que con tan tierno y cándido cariño
 enjugó maestras lágrimas de niño !

Ah ! si sólo un instante
 dado te fuera abandonar tu lecho,

¡ Cómo al ver su semblante,
 cómo sintieras palpitar tu pecho!
 ¡ Ella, que al fin temprano de tu vida
 una hermosa esperanza vió perdida!....

La muerte, sí la muerte,
 á cuyo influjo se detiene todo,
 y todo se convierte
 en polvo inútil, en inmundo lodo,
 también hirió con su inflexible dardo
 ay! tu robusta juventud, Eduardo!....

Pero las flores tornan,
 Corre otra vez la fuente, y de verdura
 sus márgenes se adornan;
 ¿y tan sólo la humana criatura,
 el noble sér que piensa, y habla, y quiere,
 jamás ha de tornar si una vez muere?....

¡ Ay, no!....mas otra pura
 región existe, al justo prometida,
 do se halla esa ventura
 vanamente en la tierra apetecida
 do obtiene la virtud gloriosas palmas
 é inalterable paz gozan las almas.

¡ Adiós, hermano mío!
 torna á la soledad que te rodea:
 cuál su callar soubrío
 no hay expresión que tan solemne sea....
 Torna á tu soledad de triste calma
 que imita en derredor la de mi alma.

1863.”

Esta pieza poética es bella bajo todos puntos de vista.
 Es natural y sencilla, tanto en la expresión como en el fondo
 de las ideas y sentimientos, que la tumba de su her-
 mano inspira al poeta.

“Eduardo, hermano mío!....
 Ay! héme aquí....”

¡ Qué instalación tan natural de un hermano poeta
 delante de la tumba del que fué ayer nomás su compañe-
 ro!.....No pide inspiración á nadie, ni pide pasaporte
 alguno para penetrar en la mansión de los muertos: “her-
 mano mío! Ay! héme aquí!”....

Ese ¡ay! que casi siempre es un ripio, ó una imperfección que suple la fuerza silábica de los versificadores, aquí es una joya, una preciosidad del sentimiento y de la estética del hermano acogojado. ¿ De qué otra manera, podía el poeta llegar ante el túmulo sombrío de su hermano, sino lanzando su corazón un ¡ay! lastimero, que hiciera comprender al inmortal que no venía á profanar su tumba?

“ Eduardo! hermano moí! ¡ Ay!”

Ese ¡ay! repercute más allá de la tumba, ese ¡ay! anuncia la tempestad de dolores que martiriza el corazón del poeta; ese ¡ay! es el primer crepón del cuadro lúgubre y sombrío que ha de venir, cuando el bardo en la soledad de los sepuleros, muestre á la amada sombra de su hermano el alma desolada por el dolor de su eterna ausencia. Ese ¡ay! inicia la elegía, y todo lo que sigue no es sino una consecuencia natural. ¡ Qué bien sientan después las *húmedas miradas, y el túmulo sombrío, de las reliquias yacen sepultadas*, por más que ese llanto no sea la *digna expresión del quebranto*, que aflige al hermano! Después de ese ¡ay! sublime, condensación del dolor más puro y con el cual parece que un corazón y una alma adoloridos se van tras él, no había para qué hablar de *torrentes de lágrimas*, como lo habría hecho un poeta mediano: *las húmedas miradas* sientan mejor en un hombre que tiene poder sobre sí para venir á evocar la *sombra de su hermano*.

Es posible que ese ¡ay! haya sido inconsciente; pero en tal caso probaría que el genio poético sabe revelarse en todas ocasiones y en todas las circunstancias. El ¡ay! ripio de los poetastros, se conoce á leguas; porque, ó es una parodia del verdadero dolor ó una simpleza del artista; y en ambos supuestos ese ¡ay! puede ser suprimido ó reemplazado por una interjección cualquiera, de asombro ¡ah!, de admiración ¡oh! . . . Pero aquí es como la llave de toda la composición, y, ni puede suprimirse, ni mucho menos cambiarse. Ese ¡ay! después de la sencilla evoca-

ción del que fué, “Eduardo, hermano mío”. . . . es bíblico, es dautesco :

“¡ Ay! héme aquí con húmedas miradas
el túmulo sombrío
llegando á contemplar aunque este llanto
no es la digna expresión de mi quebranto.”

VIII.

DESPUÉS que el poeta ha evocado la sombra del hermano, le anuncia la hora que él elije para llorar sobre su tumba. Y no elije la media noche, ni una hora oscura y tenebrosa, como lo hubiera hecho un poeta fantasmón, sino que se prenda de la hora que habla en los trópicos, cosas muy bellas y tiernas á los poetas, y á los que sin serlo, sienten en su corazón una nota de melancolía, que tan bién se hermana con las ilusiones de la juventud :

“Cuando en el rojo ocaso
esconda el sol sus últimos destellos
con magestuoso paso
y el nocturno capuz venga tras ellos,
yo admaré mi canto de tristeza
al que entona á la luz naturaleza.”

La estrofa resulta bellísima, bajo todos puutos de vista. El *ocaso* ha podido llamarse *triste*; pero Vázquez es poeta descriptivo, esencialmente zuliano; y aunque el *ocaso* puede no ser *rojo* en muchos países, según el clima y demás circunstancias, entre nosotros casi siempre lo es. Y si en alguna parte puede llamarse *rubicundo* á *Febo*, es en esta *tierra del sol amada*, cuyo cielo y horizonte abundan en vívidos tintes que la hacen alegre y simpática. En ninguno es quizás el sol *más rey* que en el cielo de Mara, si ha de juzgarse por la esplendidéz, la riqueza y la galanura del atavío: dependerá de circunstancias varias, no concedidas á todas las localidades; pero en el cielo de Mara abunda á todas horas la perla y el zafiro, el lápiz-lázuli y el índigo en todos sus matices, el rubí y el topacio, y todo, dorado por una luz que da vida á los colores, pero vida incesante por la variedad que no da tregua á ninguna hora.

Pero entre tantos colores resalta el *rojo*, desde la pálida rosa hasta el encendido carmín; así es que toda belleza y todo capricho del firmamento, en la aurora y en el ocaso, viven, por decirlo así, en un fondo *rojo*, que dá al cuadro un aspecto imponente y atractivo: y si al amanecer ese cuadro es siempre alegre, en la tarde, aunque el sol es rey, es rey que se esconde, y es muy natural que *tras los últimos destellos venga el nocturno capuz*, que simboliza el *canto de tristeza*, que *entona á la luz naturaleza*. Y esa fué la hora que eligió el poeta para cantar sobre la tumba de su hermano. Hora vaga, indecisa, de los medios tintes y de los iucientos cambiantes.....Hora melancólica, puesto que canta natura en su lenguaje misterioso á un rey que se hunde, á un poder que desfallece, á una deidad que se sepulta tras el horizonte.....

IX.

Y tendría el poeta alguna razón para elegir esa hora y no otra cualquiera?..... Algunos creen que los poetas no deben hacer uso de la *razón* sino de la *fautasía* y del sentimiento; así como otros quieren que el poeta de hoy no debe ser sino *razón pura*; los que así piensan andan descaminados. Creo con Lamartine que la *razón cantada* es poesía; pero, entiendo que *arte sin razón* es locura: y *razón sin arte*, será todo lo que se quiera, menos Poesía. En el presente caso el poeta puede escojer otra hora para instalarse delante del túmulo de su hermano, y consagrarle un canto; y creo, que Vázquez, á cualquiera hora que se proponga cantar á su hermano, lo hará bien, porque él es poeta, y el que tiene ese don siempre que *cantu*, encanta. Porque Vázquez es sensible, tiene una imaginación fecunda; pero tiene además el genio del Arte, y el que tiene genio posee la razón clara, precisa y extensa. Cuando digo *genio del arte*, hablo en el sentido estricto; quiero decir que en Vázquez, el *arte* no es sólo naturaleza, realidad, idealismo, psicologismo; no. En él se encuentra todo eso reunido, combinado, armonizado, formando un todo bello, un conjunto armónico, que vivirá vida inmortal, porque en Vázquez, como en todo gran poeta, la verdad es bella y la belleza es verdadera. Y aparte todo, el poeta nos dá

la razón, el por qué de haber elegido esa hora para hablar con su hermano:

‘ Que sólo entonces puede
hallar mi flébil enlutada lira
un eco que remede
la tristísima voz con que suspira,
cuando sus cuerdas destempladas toco
porque tu sombra fraternal evoco.

Entonces llora el ave
que entre las sombras de la oscura selva
cubrir su nido sabe
hasta que el sol al horizonte vuelva;
y su triste clamor también entonces
al aire dan los funerales bronces.”

Si el poeta es jilguero ó ruiseñor, es natural que llore á las horas en que aquellas aves privilegiadas alzan á la *naturaleza su canto de tristeza*. . . . A la media noche las aves parleras duermen, y hubiera sido cosa extraña oír un ruiseñor en un cementerio, en el profundo silencio de vivos y muertos. A esa hora grazna el bulo; pero no canta ni llora el ruiseñor. A esa hora acuden á los cementerios los agoreros y magos, y cuantos de ciencias ocultas se hayan ocupado; pero á un hermano poeta, que quiere evocar la *sombra fraternal*, cuadra mejor la hora del crepúsculo, la hora en que ya no hay luz ni tampoco sombras efectivas; á la hora en que si la naturaleza no puede mostrar todos sus encantos, sí puede todavía cosecharse mucho de bello. Esa hora viene á ser como un punto de interferencia entre el día y la noche, entre lo visible é invisible, entre lo que se ve y lo que se supone. El sol se hunde en el horizonte; pero aún se palpan *sus destellos*, que va dejando á medida que con *majestuoso paso* se va apartando de nosotros. Entonces, acuden al corazón los sentimientos más delicados y á la mente los pensamientos más dulcemente tristes. Esa hora es la más solemne en donde quiera; en el mar, en las cumbres, en el campo, en el cementerio. . . . Esa es la hora en que el marino, recordando á los suyos, lanza al aire un suspiro, con la esperanza quizás de que algún genio lo lleve al oído de algún ser amado; esa es la hora en que el viandante siente el peso del camino, al mirar la distancia que lo separa de su hogar; esa es la hora en que el campesino

se retira á su cabaña, encomendando á la Providencia el éxito de sus labores; esa es la hora en que de las torres de nuestras iglesias, sale *al aire el triste clamor de los funerales bronces*. . . . para decir á los cristianos: “rogad por el que fué”. . . .

“Y su triste clamor también entonces
al aire dan los funerales bronces”. . . .

X.

PERO si esta es la razón ostensible que tuvo el bardo para hablarle á esa hora á su hermano, tengo por cierto que tuvo otra razón, reservada, íntima, instintiva, y de la que tal vez ni se dió cuenta cuando la inspiración vibraba en su enlutada lira. Evocaba, es verdad, la sombra de un muerto; pero iba á hablarle á un espíritu joven, sin sombras ni remordimientos en la conciencia. A su edad, el mundo no había producido en su corazón esos descalabros y esas heridas, que hacen del hombre un osario. Ednardo había huído de la tierra, del hogar, del cariñoso regazo de sus padres, cuando apenas tenía unos dieziseis años; y á esa edad la conciencia no tiene espectros ni vierte el sentimiento ríos de amargo duelo, ni brota en la inocencia de la mente el hálito del crimen. A esa edad ni hay secretos que guardar, ni misterios que deban guardarse en las sombras de la noche. Bueno está el sol que se despide, las estrellas que aparecen y el leve susurro de la brisa que acaricia la pradera, verde aún, para departir con el alma joven, sencilla y pudorosa del que acaba de partir para la eternidad, y dejar *sumergido*

“ en profundo dolor y en crudo llanto
.....
á la madre infeliz ”.....

Ah! ¡Aun tenían madre el poeta y el hermano!.....
Y como si aun estuvieran juntos en la misma aljaba, y
ambos separados de la

“ que con tan tierno y cándido cariño,
enjugó nuestras lágrimas de niño,”

le dice sencillamente el poeta á Eduardo:

“Ah ! si sólo un instante
 dado te fuera abandonar tu lecho,
 ¡cómo al ver su semblante,
 cómo sintieras palpitar tu pecho!
 ; Ella, que al fin temprano de tu vida
 una hermosa esperanza vió perdida!”....

Esto es esencialmente delicado, y es una belleza inapreciable de la Elegía. La *madre* traída á la escena por el poeta, en momentos en que habla al hermano que está en la eternidad, es un precioso recurso para dar movimiento é interés á lo que es de suyo triste y monótono. Una madre tierna y amorosa, en donde quiera que aparezca, en el Tabor ó en el Calvario de sus hijos es luz que vivifica, es armonía que encanta; y en el presente caso, sobre la tumba, nadie tenía más derecho que la desolada madre á figurar en el sublime estallido del dolor, en los tristes arpejos de una lira enlutada. Mas, seguramente que en las altas horas de la noche no habría sido propio hablarle al hijo muerto de su madre aflijida por su temprana ausencia. La muerte pide sombras, es verdad; pero la virtud y la inocencia son hijas de la luz; por eso fué muy bien elejida esa hora, la hora del crepúsculo, la hora misteriosa en que la luz del sol nos abandona para ser iluminados en nuestro corazón por la luz de la esperanza; de la esperanza en Dios, que nos concederá quizás ver tranquilos el sol de mañana.....

XI.

El poeta que ha empuñado, su *flébil, enlutada lira*, ha ido á buscar un *eco* siquiera *que remede la tristísima voz con que suspira*, y ese lo halla en la naturaleza, á la puesta del padre de la luz, y es entonces que evocando la amada sombra fraternal, produce todo lo bello y delicado que su Elegía encierra.

La 5.^a estrofa es como el principio de la materia ó fondo de la composición, y no hay duda de que es una estrofa muy bien construida.

¡Qué condición la humana!
 Ver por el cierzo arrebatado un día
 la fresca flor lozana
 que en su tallo inocente se mecía;
 y, convertida en míseros despojos
 ay! para siempre huir de nuestros ojos.”

Para hablar de un joven, nada más á propósito que compararlo con una *flor*; y sobre todo, *fresca flor lozana*: y Eduardo fué arrebatado del regazo de su hogar de una manera rápida é inesperada. Así es que la imagen del *cierzo arrebatando la flor* resulta propia y adecuada al caso. Y aunque todo es sencillo en esta estrofa, ideas, expresión y afectos, resulta muy bella por su oportunidad. Tiene dos bellezas que haré notar y que revelan la índole poética de Vázquez.

Vázquez ama la naturaleza, y sobre todo la naturaleza que le rodea; por eso sobresale en las descripciones. Con menos talento, con menos genio y amor por el sublime arte, habría sido un poeta descriptivo, quizás naturalista; pero no habría sido lo que es, un gran poeta lírico; es decir, un poeta que si es cierto que se complace en relevar de la naturaleza imágenes y símiles, los sabe hermanar con los secretos del espíritu inmortal que siente en sí, adunando los problemas de lo eterno, de lo absoluto, de lo incondicional, con los fenómenos bellos y sencillos que á cada paso nos presenta en su incesante trabajo el mundo físico, el mundo de los fenómenos pasajeros. Si es la pasión la que guía al poeta, pueden resultar composiciones bellas si la pasión es noble; pero si es bastarda, de seguro que la poesía que de allí nace, es poesía rastrera ó pervertida, como hay desgraciadamente sobra de ejemplos en la historia de las Letras. El poeta pone entonces á la naturaleza al servicio de una musa insana, y el mortífero soplo de la humana condición decaída, inspira composiciones que sólo van á buscar vida vergonzante en lugares indignos de mención. Sirva esto de advertencia á aquellos que, abusando de su estro, han ido á implorar inmortalidad y renombre en aquellos lugares, en donde no debe entrar otro ojo que el de la higiene pública, ni otro poder que el de la policía correccional.

Vázquez en la presente composición, y en la estrofa que estudiamos, tratándose nada menos que de la muerte de un hermano querido, habría profanado el polvo sagrado de las tumbas, si no hubiera hecho lo que hizo: relacionar por la cadena de oro de la verdadera poesía lo eterno con lo efímero, lo pasajero con lo inmortal. Desgraciados poetas ha habido por ahí, y que me abstengo de nombrar, que han ido á los cementerios á insultar á Dios y á la naturaleza, hablando ¡groseros! hasta de cosas sucias: ellos son en el reinado del arte las eserecencias, esos tienen conseguido su infierno en vida, que es el desprecio. Pero Vázquez, que es y sabe ser poeta, comprendió que al pisar un cementerio y para hablar á un hermano, no podría hacerlo bien sino invocando en su alma los principios que normalizan los vuelos del espíritu, y horror como le tiene todo gran artista á lo vulgar y rastroso, no se atrevió á hablar un lenguaje puramente natural, sin dirigir primero una mirada á ese *más allá*, á ese mundo *ultra tumba*, de donde la luz y el consuelo le vienen al hombre en sus conflictos. Interrogó su corazón y su mente y lanzó esa chispa de candente fuego, que anuncia la tempestad que se ajita en todas las almas:

; *Qué condición la humana! . . .*

Ese es el eterno lamento de la humanidad desde que apareció en el planeta: *sicut naves, . . . quasi nubes, . . . velut umbras*. “Hoja que el viento lleva, arista que el fuego devora, flor de lienzo secada por el aliento de la tarde.” . . .

; *Qué condición la humana! . . .*

Ese es un alarido que plantea con toda sencillez el problema *del mal en el mundo*, y que nadie ha podido resolver, fuera de la religión. El sabio y el filósofo lo estudian fríamente, y cada vez que lo plantean, queda tan insoluto como en tiempos de Sócrates ó de Platón: el poeta lo siente y lo presiente, y al anunciarlo, se hace el intérprete del sentimiento, no de las escuelas ó las sectas, sino de la humanidad que sufre, del hombre que gime, del corazón atormentado por el ansia incesante del bien y la fatídica sombra del mal que en dondequiera le persigue. Los antiguos, que

comprendían de este terrible problema infinitamente menos que nosotros, cubrían su ignorancia con el *Fatum*, que forjaba cadenas para Prometeo; pero nosotros los hombres de hoy que tenemos por paladión á la Providencia, si no comprendemos, adoramos la Mano que nos hiere, y en medio de la noche de dolores que nos agobia, alzamos la vista al Cielo leyendo allí la clave de lo que vemos y sentimos. Y es por esto que al ver *la fresca flor lozana*, que simboliza á un hermano querido, *arrebataada en un día por el cierzo que la convierte en míseros despojos*, el poeta se confunde, se abisma, como preguntándose: “¿Y para qué nacer esa *flor*, si tan pronto había de desaparecer? ¿A qué *cse aroma*, esos vistosos colores, si en pocos instantes habían de ser destruidos por el cierzo de la muerte? . . . O en otros términos: ¿por qué nace el hombre, si ha de morir en el abril de sus años? ó ¿á qué la inteligencia, el talento, la virtud, si al más ligero trastorno físico todo sucumbe y todo se desvanece? . . . ¿No es esta una antítesis inexplicable? ¿No pugna tanta grandeza con tanta pequeñez? . . .

“ ¡Qué condición la humana !

.....

Mirar cómo la fuente
por entre el césped va, que fertiliza,
lanzando su corriente,
y cómo el viento sus cristales riza,
para después en el quemado estío
seco su cauce contemplar vacío.”

Y esa es la vida, y sobre todo la vida de un joven; y esa es la *condición humana*; que tanto muere el anciano como el que apenas nace, si las condiciones no lo favorecen. Y sin embargo, la *vida* viene de Dios como todo lo bueno, mientras que

..... “la muerte,
á cuyo influjo se detiene todo,
y todo se convierte
en polvo inútil, en inundo lodo,” . . .

provino de la fatídica entrada del *mal en el mundo* . . .

¿Y cómo no ha de herir la imaginación del poeta esa *ley* que parece colocar al hombre en una condición inferior

á la naturaleza material, puesto que

“.....las flores tornan,
corre otra vez la fuente, y de verdura
las márgenes se adornan ;
¿y tan sólo la humana criatura,
el nob'le sér que piensa, y habla y quiere
jamás ha de tornar si una vez muere ?....

Y aún no es esto lo peor para el hombre:

.....; la impía
garra sentir de eterno sufrimiento
tras el placer de un día,
tras la anhelada dicha de un momento !....
¿Dicha?, placer ?.... Imágenes soñadas,
al abrir nuestros ojos, disipadas!”

Aquí se detienen los poetas sin alma, los filósofos sin ideal, los hombres que en las luchas de la existencia han perdido la parte más noble, el espíritu; pero nuestro poeta, que siente en sí el poder de lo inmaterial y la chispa del genio, que no vive sino de lo inmortal, completa el cuadro y redondea su pensamiento:

“Ay! no !.... Mas otra pura
región existe al hombre prometida
do se halla esa ventura
vanamente en la tierra apetecida”....

La composición termina de una manera seucilla y sublime como principio:

¡Adios, hermano mio!
Torna á la soledad que te rodea:
cual tu callar sombrío
no hay expresión que tan sublime sea”....

¿No es cierto que el pensamiento de la despedida no puede darse más delicado, como lo fué el de la introducción:

Ednardo....hermano mio!
Ay! héme aquí ?”....

XII.

EN esta *Elegía* todo concurre á la belle a y á la perfección artística. La expresión es pura, la forma elegante, la idea propia, las imágenes verdaderas, y la versificación fluida y sonora; y aunque es una composición del género triste, el autor ha sabido evitar dos escollos casi insuperables en estos casos: la monotonía y el exajerado sentimentalismo. En ese cuadro precioso todo está contenido y todo está evitado. Allí se dan la mano en armónico consorcio la idea y la imagen, lo culto de la forma y de la expresión con la naturalidad del sentimiento, que hace caso de sus naturales derechos delante de la tumba de un hermano. ¡Y qué bella y oportuna es la intervención de *aquella madre*, entre los dos hermanos en la mansión de los muertos!.....Allí no hay un ripio, allí no se encuentra nada exhuberante, ni falta tampoco al cuadro ningún toque de luz.....La naturaleza vive allí palpitante y risueña desde el principio hasta el fin, sin que la sombría *Muerte* deje de tener su imperio debido. Y sin embargo de que se trata de una *Elegía* el ánimo no se siente oprimido con la lectura, ni tampoco desfallece el espíritu con cierta duda que el poeta ha sabido sembrar para dispararla luego con un ¡*Ay, no!*....de mano maestra.

“ Sentir del aura leda
 los armoniosos lánguidos suspiros,
 sin que una hoja ceda
 al blando soplo de sus leves giros,
 y del ábrego luego á los favores
 ven árboles rodar, hojas y flores.”.....

 ¡ Ay, no !.....mas otra pura
 región existe.....

 do obtiene la virtud gloriosas palmas
 é inalterable paz gozan las almas.....”

Esta obra poética es muy superior á todas las de Vázquez en el mismo género, inclusive la dedicada á su *Madre*. ¡Caprichos del numen!.....En esta composición, con perdón sea dicho del amigo, hallo defectillos que

no quiero señalar; mientras que en la *Elegía á Eduardo* sólo encuentro bellezas que me complazco en reconocer, haciendo de ella la mejor obra elegiaca del autor. Quizás pudiera atribuirse su superioridad á la circunstancia de haber sido la primicia del dolor; y el primer dolor en la vida de un joven está rodeado de encantos, como el gaje del primer amor.

XIII.

POR lo expuesto hasta aquí cualquiera puede comprender que Vázquez fué poeta desde que se inició, y que prometía ser un *gran poeta* con el andar del tiempo, dando flores y frutos de su privilegiado ingenio.

Como se observará en sus obras, pocas emprendió de largo aliento, y aunque en la mayor parte prueba que su numen es levantado y muchas veces profundo, no nos ha dado una muestra fehaciente de que es capaz, no sólo de encantar siempre como Filomena, sino también de que puede como el águila remontarse á las regiones etéreas, y cernirse allí como el ave atrevida, mirando unas veces de hito en hito al astro rey, ó contemplar otras, á la humilde Tierra, que rueda por los espacios sujeta á la ley de la gravedad; pero llevando en los séres que la pueblan, la libertad y la vida.

Yo creo, con permiso sea dicho del amigo Dr. Vázquez, que en esta ausencia que se nota en sus delicadas obras, de una pieza de largo aliento, ha influido mucho su carácter. Fortuna para el Parnaso, ó desgracia para el poeta, Vázquez tiene una espontaneidad prodijiosa; y este raro don lo ha hecho tal vez perezoso. Es posible que la desconfianza de sí mismo lo haya alejado de un pensamiento sério; pero si hubiera sido activo, un poco ambicioso, de seguro que *algo* habría emprendido, que nos pusiese en el derecho de decir, que Vázquez es no sólo un poeta lírico, sino también dramático, épico, ó cosas parecidas. Pero él se resiente de las circunstancias que lo han rodeado. Naturaleza impresionable, no obstante su aparente estoicismo, se ha dejado influir por los accidentes naturales que ha hallado en su camino. Si él hubiera sido

hombre de dominar y dominarse, no sería yo en estos momentos quien se atrevería á decir estas cosas, que si nada tienen de malo, tienen mucho de confianzudo; pues el decirle á un poeta como Vázquez: “caballero, U. habría sido más de lo que es, si hubiera trabajado un poco más,” si no es un reproche al genio, es una advertencia al carácter; lo que no tiene curmieda, cuando el hombre ha llegado como Vázquez á los cincuenta años. Pero el poeta tolerará al amigo esta advertencia de *Domine* lugareño; por dos razones poderosas: la primera, porque es verdad lo que dice; y la segunda, porque aun no siéndolo, es de agradecerse la buena intención con que se hace. Pero Vázquez sabe muy bien que él escribió “El ensayo de una zarzuela” á excitación mía, para ser representada en 1863 junto con un dramita en prosa que escribí yo, á beneficio del Hospital de Chiquinquirá. “El ensayo de una zarzuela” obtuvo un éxito completo por su versificación bellísima, por su oportuna trama y por todo lo que constituye una buena pieza dramática; y sin embargo, Vázquez ni siquiera tiene un ejemplar de esa obra, que se publicó con aplauso de todos. Poco después, alentado el poeta, escribió y publicó otro juguete cómico algo inferior al primero en mi concepto, sin dejar de ser bueno, y de mucho mérito para las costumbres de nuestros campesinos. Si al gún defecto tiene, es ser demasiado fiel; por lo cual, si el autor se resuelve á incorporarlo en sus *Obras*, desearía le suprimiese algunos dichos y vocablos que sólo pueden hacerle gracia á los zulianos. Y por si el poeta le negase el derecho de ciudadanía en su bello libro, no quiero defraudar á los lectores del placer de la lectura de algunas bellezas del consabido juguete, titulado: “El nuevo decreto falso,” que no por ser juguete, deja de tener más de dos mil versos, muy bien contruidos, y que recuerdan á los buenos poetas cómicos como Bretón y otros.

Vamos á la prueba:

Timotea y Ciriaco son dos esposos campesinos, y como tales, atrazados y ehabacanos. Están en la ciudad, y Ciriaco se prepara para salir.

ESCENA I.

Ciriaco y Timotea.

CIR. ¿Qué tal me queda la chupa
Timoteita? ¿No tiene
por delante alguna arruga?

TIM. No... no... está perfectamente.

CIR. ¿Y por los lados?

TIM. —Tampoco.

CIR. ¿Y por la espalda?

TIM. —Ni un pliegue.

CIR. ¿Y así de perfil?

TIM. —Magnífica.

CIR. Y así, mira, así....

TIM. —Zoquete!
Ya vas á bailar el *zambe*
con tanto: ¿qué te parece?

(Remedando los movimientos de Ciriaco.)

¿Cómo quieres que te venga
y cómo ha de parecerme
sino como te ha venido
y me ha parecido siempre?

CIR. ¿Lo mismo ni más ni menos
que en el año diezinueve
el día de nuestras bodas?

TIM. Sí, lo mismo, exactamente:
las chupas de paño bueno
ni en cien años envejecen,
porque las modas que pasan
al andar del tiempo vuelven,
y, según mueran ó tornen,
las chupas tornan ó mueren."

¿No es verdad que estos versos nos recuerdan al autor de la *Marcela* y del *Pelo de la Dehesa*?..... Ese *Don Ciriaco* con su *chupa* es un tipo universal; y *Timotea* es la verdad de todas partes.

En la misma escena, que realmente parece un poco larga hay lo siguiente:

- CIR.
 en hacer versos!... No, nunca
 dejaré que se *empocete*
 mi hija...¿Qué dan los versos?
 INÉS. Dan gloria, fama...laureles....
 CIR. Buena hipoteca de dote
 para una novia! Dementes!
 Poetas en esta tierra
 donde no hay quien recompense
 los afanes del talento;
 y hartos honores obtienen
 en cambio los.....”

Como se comprende, se trataba de un pretendiente poeta, y Ciriaco tiene el buen sentido de no querer que su hija se *empocete*, que equivale en estos países ó quizás si en todos, á firmar carta de naturaleza en el reinado del *hambre*. Digamos de paso que el argumento del *Nuevo decreto falso* estriba en que una niña es solicitada por dos, uno llamado Vicente, tipo de nuestros campesinos, y que al oír el *no* de su presunta novia Inés, le hace la descripción de lo que ella ha perdido :

“¡Un hato como “*El Tomate!*”
 El mejor que hay en “*El Jobo*”
 y aun quizás en todo el *lobo*
 del mundo!...Qué disparate!
 Un hato con dos *jagüeyes*,
 y en cuyo monte á docenas
 se encuentran los *matajeyes*
 y otras sabrosas colmenas!....
 Allí tengo diez caballos,
 unas seis bestias mlares,
 y millares de millares
 de gallinas y de gallos!
 Mis burros son los mejores
 que echó la mano de Dios;
 pero, sobre todos, dos
 incansables corredores....
 ¡Habeis perdido un candal!....
 Un hato con diez mil cabras,
 que no caben en las abras
 cuando salen del corral!
 Que me dan dos pariciones
 al año, en abril y *otubre*

y todas con una ubre
de tres ó cuatro pezones"....

mientras que su rival Simón, ha consignado en el *Album*
de la niña nada menos que "*Un Sueño.—A Nise*"....

“Era una hermosa noche,
pacífica, serena,
en que de aromas llena
la brisa iba fugaz,
con apacible soplo
rizando blandamente
del lago trasparente
la cristalina fiñ.”

.....
.....
“Mas ... luego los fulgores
se velan de la luna;
de pronto la laguna
rebrama con fragor....
Mil truenos se suceden....
Y arrastra á inculta orilla
nuestra veloz barquilla
el ábrego traidor !....

.....
.....
“por que mi amada era....
¡ Yerto cadáver ya!!! ...
Entonces pedí al cielo
gritando con vehemencia,
mi muerte, ó tu existencia,
Y.... me escuchó quizá”....
Porque un espectro entonces,
con mano descarnada,
tocó tu frente helada,
Yte tornaste en flor....
Huir quise, más inútil
fué mi pueril desvío,
y á su contactó frío
troquéme.... en ruiseñor”....

.....
.....
“Y desperté, y sentíme
sobrecojido, inerte,
porque era....era la Muerte
el torvo espectro aquel !....
La muerte que aguardara

- sereno, denodado,
después de haber besado
tus labios de clavel.”
- [*Risas estrepitosas de Ciriaco.*]
- TIM. Esos sonetos parecen
magníficos á mi juicio.
- SIM. Gracias, señora.
- TIM. [á Ciriaco]. Imprudente!
¡Reirse cuando se trata
de fantasmas y de muerte,
cuando yo estoy asombrada!
(*Continúan las risas de Ciriaco*)
Ciriaco, ¡por Dios, enséiate!
¡Cómo te ríes de cosas
qué horripilan, qué estremecen ? ”....

Por lo visto, Ciriaco, hombre práctico, no vacila entre un novio que tiene *con qué subvenir* á las necesidades de la vida, y un *limpio perillán*, por más que haga bonitos versos y fantásticos, muy del gusto de Timotea y de la hija Inés, que con sus venidas á la ciudad, ha adquirido el gusto de *las poesías*, como se dice por aquí en las clases populares. Pero al viejo, no le entran, y en la escena XI pása lo siguiente:

- CIR. pero enéutame por Dios
qué es lo que te ha sucedido.
- VIC. Que la una me dijo *no*,
y la otra me regañó
porque al nombrar su marido
por decir *Don* dije *Ñó*.
- CIR. (*Acompañando sus palabras con cierta acción
musical, y dándoles cierto tono idem.*)
Y la una te dejó;
y la otra se fugó,
y á ese tiempo entraba yo,
y todo acabado en *ó*
como *bo....bo....bo....bó....*
- VIC. ¡Usted se burla también!
.....
Adios!.....
- CIR. Ven acá! ven, ven,
muchacho.
.....
- VIC. —Por piedá

CIR. no vuelva á engañarme usted.
Si yo nunca te he engañado....

Es por ellas, no por mí.
VIC. Las mujeres son así....

Quizás hay otro, quizás,
que sea amado de Inés.
CIR. Y si supieras quién es....

Suponte que es un poeta
más limpio que una peseta.
Ya de hoy no tiene entrada
en mi casa el perillán.
VIC. Sí, es bueno que usted lo eche,
pues sus versos no dan leche
como mis eabras la dau...."

La esperanza del pobre rústico se desvanece á poco
en la escena XII:

INÉS. Dios mío ¡ahí viene Simón!
A huir del incendioorro.

CIR. Timotea! Timotea!

(Aparece Simón.)

Ah, es usted!... Valiente andaeia

(Simón finjiendo extrema alegría.)

SIM. Yo, que ayer en la desgracia
me hallaba! Mas hoy me crea
el Gobierno una fortuna
á mí y á todo poeta!....

CIR. [ap] Ha perdido la ehaveta,
no me queda duda alguna.

SIM. Fortuna no conquistada
con saugre, ardidés ni asedios,
que hartos mas nobles mis medios
son que el valor y la espada!
¡ No con odioso conuenio,
ni ruin negoeio adquirida:
mi fortuna es coseguida....
¡ con los esfuerzos del genio!!!
Con la excelsa facultad

que más enaltece al hombre,
 llevando ilustre su nombre
 de una edad en otra edad.
 ¡ Destello del mismo Dios,
 santa inspiración del alma,
 por quien ganamos la palma
 que va de la gloria en pos ! ”

Aturdidos todos, y dudosos de aquel discurso ó recurso inesperado, lee por fin Don Ciriaco el pliego que contiene el *Decreto* del Mariscal Falcón, *falso*, por supuesto, asignando *cien pesos anuales*, & & y después de las muestras de placer de todos, menos del rústico Vieente:

CIR. Sí, sí es muy justo, hija mía,
 que este sea tu marido:
 yo siempre, siempre he sentido
 por él mucha simpatía.

.....

SIM. Gracias, General Falcón:
 El cielo sólo es testigo
 del placer con que bendigo
 vuestro noble corazón.
 Si en premio á mi amor profundo
 por las letras me dais oro,
 ¡ también me dais el tesoro
 que mas estimo en el mundo !

INES. ¡ Gracias os dice también,
 General la pobre niña !
 ¡ Gloriosa diadema ciña
 para siempre vuestra sien !

.....

SIM. De hoy más al lado viviendo
 del ángel que vivo amando
 mi amor viviré cantando,
 mi amor viviré escribiendo.
 Y, como en la roca, espuma
 cria impetuoso torrente,
 versos criará mi mente,
 versos trazará mi pluma.
 Que al lado de la que me ama
 tendré inspiración extrema :
 en cada abrazo, un poema :
 en cada ósculo, un drama.

XIV.

NO es verdad, lectores, que ¿quién ha podido producir un juguete como el que nos llama la atención con sus situaciones y trama, con tal viveza en el diálogo y en su versificación, ha podido ser un poeta dramático de poderoso numen? . . . Pero el drama requiere, no sólo facilidad lírica, sino juicio y acertado criterio para el argumento. Luégo, el pensamiento siempre ocupado en la unidad del plan y naturalidad de su desarrollo; es decir, que el poeta dramático necesita la actividad de todas sus facultades, y todo podrá ser, menos perezoso; puesto que una obra dramática no es cuestión de un rato, ni de un día, sino de largas jornadas, y muchas veces, reñidas. Me imagino que para Vázquez es un tormento, levantarse de su bufete, sin concluir lo que ha principiado; y por esta razón no nos ha obsequiado con un buen drama, ni con una tragedia, leyenda, poema ó cosas parecidas: y no será porque no tenga estro para ello, sino porque en la manera de ser el Dr. Vázquez no se ha creído en el deber de hacerlo. Y es una lástima, que un hombre de sus talentos no haya asumido con seriedad la misión que la naturaleza le ha impuesto, prodigándole la espontaneidad negada á muchos, y la armonía y sencillez que tantos envidiarán. A veces me imagino que Vázquez ha tenido horror á un *fiasco*, y que por esta razón ha huído de los trabajos de largo aliento.

Si así fuere merece indulgencia, más no perdón ni remisión de su pecado; y aún es tiempo de desagraviar á las Letras patrias, emprendiendo una obra en que todas las facultadas del poeta brillen en un hermoso conjunto, así como ha dado muestras de ellas en admirables bocetos que denuncian al mimado de las Mnsas, al hombre pensador, al patriota anstero y mal contento; en una palabra, quien ha podido escribir sin preparacion millares de composiciones tan bellas, con talento, tino y aplauso no puede hacer fiasco al recojer sus fuerzas, sus aptitudes y ponerlas con entusiasmo y decision al servicio de una grande idea, de un pensamiento sublime, de un propósito trascendental.

XV.

LA Patria, Dios y el amor han sido los tres móviles que han estimulado la Musa fecunda de Vázquez. Como él ha sido displicente y médico por añadidura, ni ha sido patriota práctico, ni religioso observante; y en cuánto al Amor, que para un poeta es lo más fácil, quizás si lo ha conocido más de lo conveniente; pues hay veces que se desliza su Musa, eayendo como han eaido muchos ingenios antiguos y modernos, arrastrados por la moda ó las circunstancias, en los lazos de Cupido y la diosa de Citeres. Sea dicho ésto en honor de la imparcialidad, y como una protesta contra la peligrosa manía de los poetas que creen serles permitido por algún respecto, imitar á los que con liviana facilidad han consagrado hermosos versos á asuntos que le están vedados á la casta Musa. El Arte, en eualquiera de sus manifestaciones se embrutece, cuando tuere el camino, que lleva al ideal por la pureza de lo que se ve y por la belleza de lo que se siente. Ver lo sueio de intento, y traseribirlo por placer ó concupiscencia, es oficio de seres bajos, y de éstos no se ocupa la Crítica, como no sea para apartarlos ó maldecirlos.

La santa realidad que Campoamor parece defender en una composición, á mi humilde parecer no bien desenvuelta, ó tiene sus límites en Literatura, ó el Arte habrá de convertirse en el sumidero de la humanidad.

Ni quiere decir esto que el artista se dirija á perseguir sueños de malaventurado idealismo, olvidándose de su naturaleza, pues tales sueñadores, pretendiendo aleanzar la sabiduría llegan á *locos*, como dice con gracia el inmortal autor de las *Doloras*.

En las obras de Vázquez, como se nota, la realidad la naturaleza y la idea, se dan la mano, viviendo en bella armonía, el hecho que fija y el naturalismo que encanta, con el concepto ó pensamiento artístico que eleva: por eso es Vázquez un gran poeta, un poeta traseudental. No sólo sabe hablar al sentido, sino que transporta el alma, y la lleva por las etéreas regiones de lo sublime; ó por lo menos, se desembre en él, que si alguna vez el Realismo lo seduce y paga tributo á la pasión, de pronto el

genio lo arrebató y, sacudiendo sus alas, lo espiritualiza, haciéndose perdonar algún vuelo rastrero de la Musa. Y cuando esto digo, no quisiera se fuese á interpretar que aborrezco el Realismo en absoluto, no: lo que digo es, que el *arte puramente realista* es defectuoso y malo, porque deja de ser arte. Por lo demás, la Realidad es santa, cuando la realidad es buena: que si el artista se enamora de la realidad sucia y fea, degradada y enfermiza, él se quedará con su obra, pero no ascenderá jamás al Olimpo de la gloria.

No creo que sea otra la cuestión del Realismo y del Naturalismo, que le están haciendo perder el seso á más de cuatro en nuestros días. No conozco ningún poeta, que merezca este nombre, que no tenga conquistada su fama sino en virtud de hechos bien apreciados, de bellezas naturales fielmente descritas, y de conceptos, ideas ó pensamientos profundos ó elevados. Una que otra excepción de esta ley, no constituyen escuela, doctrina ni gloria legítima, como sucede con Lucrecio, que en magníficos versos latinos cantó el error materialista de la filosofía de Demócrito y las costumbres epicureistas de la culta y decaída Roma. Cuando las Letras desfallecen en algún país, cuando alguna raza va á perder el cetro del arte, por haber llegado al ocaso de su grandeza, es ley de filosofía histórica, que el Arte y las Letras decaen en su alma, y su vigor y su lozanía intrínseca desfallecen, dando excesivo dominio á la *forma*. Tal aconteció con Grecia y con Roma, y con cuantos pueblos han llegado al zenit de su grandeza para descender. El estudio de las Letras puede dar al crítico la medida de la vida social y el horóscopo del porvenir del pueblo que las produce, así como el estudio del Arte entre griegos y romanos, nos puede dar con exactitud el momento histórico en que nos fijemos. El *Edipo* y las *Nubes*, nos dicen con evidencia el estado histórico de Grecia en los momentos en que aparecieron, así como *La Eneida* y la *Naturaleza de las cosas*, nos revelan la Roma á que pertenecen por filiación cronológica.

Y otro tanto puede hacerse con las Letras de los siglos cristianos. Hoy mismo podemos darnos cuenta del estado histórico de pueblos que aún viven, por sus pro-

ducciones de Arte, y en especial por sus obras de Literatura. El *Cid*, la *Atalia* y el *Tartufo*, nos revelan una Francia muy distante de la que produjo el *Figaro* y la *Doncella de Orleans*; así como el Orlando y la Jerusalén nos anuncian una Italia bien diferente de la que produjo La Mandrágora y Los cantos del Caballero Marino.

XVI.

Volviendo á nuestro poeta, y poniendo un punto final al deseo de que acometa con brío una obra de largo aliento, debo decir que hágala ó no, su reputación está sentada sobre millares de versos encantadores, de composiciones ligeras que por sus diversos géneros rivalizan unas veces con Campoamor, y otras con Yepes, Manuel del Palacio y Nuñez de Arce; pero tiene muchas, que son inimitables por su naturaleza, pues son hijas naturales del suelo donde han nacido y de la Musa que las ha inspirado. Esto basta ya á calmar la sed de gloria literaria, si nuestro amigo la tuviera en el grado que merecen sus obras. Por mi parte sé decir, que si Vázquez no pudiera presentar otra ejecutoria para su inmortalidad en el Parnaso que sus tres ó cuatrocientos sonetos, eso sería lo suficiente para aclamarlo como gran poeta. Todos son escritos á la lijera, sin preparación, y muchos son exigidos por sorpresa: el soneto, que lleva por mote "Lo que sabe mi mula", es uno de estos.

"Todo se pega," en el festivo Mara
oigo exclamar al vulgo cada día,
y mi mula el refrán confirmaría
si otro doctor en ella cabalgara;

Mas yo la monto y, la razón es clara,
su ciencia no depende de la mía,
que yo por su bestial sabiduría
diera el ojo derecho de la cara.

He aquí el busilis: con sutil olfato
sabe esquivar mi mula al mal cliente,
ni más ni menos que el ratón al gato:

Si de lejos lo atisba, se espeluzna;
mas si con él topamos de repente
suelta al aire una coz, piafa y rebuzna."

Este *soneto* á la vez que revela un fácil versificador, nos pone de manifiesto el carácter del poeta. Al vérselo, atlético y robusto montado en su enorme y mausa mula, cualquiera creería que es el hombre más serio del mundo; y sin embargo, ya vemos que es capaz de dar *el ojo derecho de la cara* por la *bestial sabiduría* de su mula, que sabe esquivar con tanto garbo á los *malos clientes*. ¡Así estarán ellos en el festivo Mara, cuando un poeta como Vázquez los ha estigmatizado, poniéndolos al alcance de su mula !...

Y es que en realidad Vázquez es menos serio en su carácter de lo que él revela por su continente. Muchas de sus bellas producciones están salpicadas de bromas y rechillas, que lo aproximan unas veces á Juvenal, y otras á Bretón, á Fray Gerundio, á Larra, y entre nosotros, á Arvelo y á Pedro José Hernández. Llevado de la mordacidad, algunas veces nuestro poeta, no sólo es zumbón, sino cáustico y cruel, tratándose sobre todo de asuntos patrióticos. El aparece como republicano austero á lo Catón, y toda acción que amerite censura en lo político, halla en la musa de Vázquez el látigo más inclemente.

Creo que los versos mordaces son más aptos á concitar enemigos á sus autores que á corregir costumbres ni á enfrenar vicios ó pasiones; pero es lo cierto que el epigrama y la sátira abundan en todas las literaturas antiguas y modernas. Es posible que en Vázquez sea, como en muchos, una necesidad de su naturaleza el estilo satírico ó epigramático, que suele manejar con admirable maestría; pero quien tiene composiciones sin número llenas de inspiración y de estro suave y apacible, no necesita de los auxilios de la malvada Musa para instalarse en el Parnaso. Y no se vaya nadie á imaginar que yo condene toda manifestación artística, que salvando las barreras de lo natural y sencillo, se eleve á las alturas del sarcasmo, que algunas veces puede ser sublime y decisivo para una persona, una causa, ó una nación; pero si el sarcasmo es justicia que se aplica en forma de cauterio ó dardo, ¿quién estará seguro siempre de su equidad para infligir una pena, que aplicada por ciertas autoridades no tiene apelación ?....

Muchas veces tuvo Vázquez, al escribir sus sátiras la piadosa costumbre de velar los nombres verdaderos de las personas á quienes iban dirigidas, y aun presumo y acepto que realmente algunas son imaginarias; pero así y todo, en países en donde todo se trasparenta, y en donde cada quien sabe las obras y milagros de los demás, es difícil que el escritor pueda ocultar la intención de censurar ó castigar al que infringe de una manera violenta ó escandalosa los principios fundamentales de la justicia y de la sociedad. Y cuando no hay ley escrita que deba castigar ciertas transgresiones, ni mucho menos autoridad que pueda aplicar la pena, entonces aparece en las sociedades la Musa de los poetas infligiendo penas y castigos con el ridículo, la ironía ó el sarcasmo: entonces la sátira, contenida en los límites de la decencia y quizá de la caridad, es ministerio aplicado no sólo á la corrección de las costumbres, sino también á la expiación de actos insólitos, que han quedado sin castigo. Entonces el Poeta, convertido en el Juez inexorable de la historia, es el Dante que hiere y castiga con caracteres de fuego á los enemigos de su patria; es Shakspeare que fulmina rayos olímpicos de amarga hiel contra tipos abominables; es Víctor Hugo, que como un dragón apocalíptico se sacude en el campo de los errores humanos, é hinea su diente envenenado en los hombres é instituciones que pugnau con su deseo.

Esto decíamos con motivo de un *Soneto* de Vázquez; mas pecaríamos de descuido é indiferencia si á esto nos limitáramos á propósito de esta materia. No cabe duda en que es el *Soneto* una de las composiciones poéticas más difíciles; porque para ser bueno y óptimo un *Soneto* requiere muchas cualidades, difíciles de obtenerse en *catorce versos fatales*. Son pocos los que pueden escribir como Petrarca un volumen de *Sonetos*, siempre bellos, frescos y agradables. En Vázquez hallará el lector que todos son buenos, por fáciles, espontáneos y naturales, y muchos son obra maestra de buen decir y de concepto profundo. Entre los místicos hay dos, uno á *María* y otro á *San Isidro*, que son dos joyas literarias; y el dedicado á *Púez* es estupéndo! . . . ; Qué sonetos! . . .

Si el Dr. Vázquez no pudiera presentar á las Letras patrias otra ofrenda sino sus *Sonetos*, ya sería bastante

valiosa para ser aclamado como uno de nuestros grandes poetas, y como *sonetista*, el primero..... Lean los entendidos, estudien y mediteu los sonetos de Vázquez, y serán de nuestra opinión.

Vázquez le tiene mucho cariño á su *Album cinegético*, y tiene razón. Representa para él quizás sus mejores ratos, pasados en unión de antiguos y buenos amigos de correrías montaraces, en las cuales sino faltaba solaz, tampoco dejaba de haber serios peligros. Eso de luchar con la naturaleza en su estado primitivo, requiere por lo menos mucha vocación para segar laureles en bosques y selvas, en donde no alumbrá ningún Sol de Austerlitz, y en donde los testigos son pocos, ó son mudos é irracionales. Tigres, leones, dantas, báquiros, boas, y otros, como el millón de alados seres que viven en nuestras apartadas selvas; árboles corpulentos, que representan siglos, y encantados nidos de plantas vírgenes, que no guardan otros misterios que los del ave que en ellos se refugia á la puesta del sol ó en noches de tormenta.... Sin embargo, nuestro poeta encontró dulces inspiraciones, que consignó en cantos como el dedicado á "Bernardo" y al "Barón de...", parece que gran cazador ó entendido en asuntos cinegéticos. Las octavas al primero son bellísimas, y los tercetos al segundo son valientes é interesantes, á pesar de un interés, fútil al parecer para el lector. Bueno es saber que en nuestro poeta el gusto por la caza ha rayado en pasión, y que así como es un gran poeta es un excelente tirador. Y esto explicará á los lectores, aquella bellísima composición de Yepes, en la cual invita á Vázquez, á dejar la pasión de la caza, y que éste cantaba con tanto donaire y gallardía. Me he preguntado más de una vez, si esta pasión de Vázquez no lo habrá hecho retraído del mundo social, apartándolo más de lo que debiera de los cargos civiles, que si dan pesadumbres y con frecuencia no producen otra cosecha sino espinas punzadoras, á la postré causan satisfacción propia, al contemplar que el progreso no viene á ser sino la resultante de todos los esfuerzos y de todas las aspiraciones legítimas.

XVII.

PERO Vázquez presenta á la Crítica una vasta personalidad poética, múltiple en sus formas y profunda é interesante en su fondo ó manera de ser. El ha producido toda clase de versos, desde el trisílabo hasta el alejandrino; y aunque son á millares, son casi todos buenos, fluidos, sueltos y sonoros, con muy raras excepciones. . . .

Nitidas galas de rocío vierten

.....
Ave también de la feraz campiña

.....
. Dejad, dejad que embebecido en ellas..

.....
¿A qué, pues, implorar del estío mio..
feliz ensueño de oro.

.....
Perlas el mar bajo sus ondas cría,
Flores en el verjel, la primavera,
Y en derredor de la brillante esfera
Vividas galas el naciente día . . .

.....
Abre la flor el cáliz purpurino

.....
Siempre, Octavio, que de un beso
Llega á mi oído el rumor,
De preguntarme no ceso
A qué deidad se-habrá impreso
Y quién será el *impresor*

.....
En doloroso canto
Refiere tú también, oh Musa mía,
Si no te ahoga el llanto,
El indecible espanto
Qué difundió la Muerte en este día

.....
Tú que anunciando vienes tu imperio
Con los cambiantes del arrebol,
Y que resbalas
Llena de galas

Del uno al otro vasto hemisferio
Reina del éter gloria del sol

.....

Randal que de esmeralda
 En ancha copa á nuestro labio inclina,
 Tendidas á su falda,
 La deidad peregrina
 Que de nieve en el Ande se corona
 Y aquí de llamas con ardiente zona....

.....
 Ave de paso, ruiseñor canoro,
 que de tu nido en pos tiendes el vuelo....

.....
 Pero que Liberata
 pase su santa vida
 en la iglesia metida
 encomendando su alma á San Antonio,
 desde que en ella "se le entró el demonio."

.....
 Oíd: sobre las olas del bátraco espumante,
Chiquinquirá! resuena, y el grito muere en él:
 mas al celeste nombre, sobre el voraz gigante,
 suelta sus blancas lomas un rápido bajel.....

.....
 Canta alma mía, y sea,
 tras sus delirios vauos,
 la lira entre mis manos
 culto á la nueva idea,
 tregua al dolor... y oprobio á los tiranos.

.....
 Muchos Zoilos y Quevedos
 hay tan aeres, ¡pese á Cristo!
 que á las veces los he visto
 con ampollas en los dedos...
 De sus *sátiras-torpedos*
 á nadie salvar procuran;
 y ¡es de ver como saturan
 la sociedad en que viven
 de los males que proscriben
 y los vicios que censuran!

.....
 Olivia! cuando el astro
 fugaz de la ventura
 niegue á tu frente para
 su caprichosa luz...
 ¡Unido con la herencia!
 Que sigo las virtudes

alivian, no lo dudes,
el peso de una cruz....

.....

La llama ingénita
que ardió en su espíritu
prestó á sus cánticos
ealencia y luz....
Mas... ¡gloria efímera!
¡su mano trémula
ya al pié del Avila
soltó el laud!....

.....

Héme aquí, Pepe mío,
Dándote gusto,
Sin hallar como darlo
También al público:
Héme aquí, Pepe,
Tratando *en seguidillas*
De complacerte.
Mal haya aquel antojo
Que se te vino
De llegar á las manos,
Pepe, conmigo;
Mal haya el reto
Que en versos me propones
Y admito en verso ...

.....

Por eso para el alma sin consuelo
Es fuerza entonces demandarlo al Cielo,
Que el Cielo es vida y luz:
Es luz y vida para el sér doliente
Que en la orfandad invoca reverente
Al Mártir de la Cruz.

.....

En este valle
de proserpción
que atravesando
vamos los dos
eres, Lucinda,
para mi amor,
fruto en espiga,
rosa en botón,
otra que luces
tu concha al sol,
angel veuido

de otra rejión
 para consuelo
 de mi dolor,
 viso de aurora
 que en tu arrebol
 bañas el cielo
 de mi ilusión ;
 búcaro lleno
 de almo licor
 en donde apuro
 la inspiración....

.....
 Venid, llegad á la memoria mía,
 Gratos recuerdos de la patria ausente :
 Si alegres sois, traed vnestra alegría
 A consolar mi corazón doliente ;
 De imágenes poblad mi fantasía
 Que tregna pongan al afán ardiente
 Con que busea doquier ávida, inquieta,
 La inspiración divina del poeta....

.....
 Qué perfumado ambiente el que respiro
 En la envidiable paz de tus alcores !
 ¡ Qué grato es ir oyendo estos rumores
 Que forma el anra en vagaroso jiro !
 Qué tierno es ese afán con que te miro
 Acariciar tus campesinas flores,
 Emulando en tus alas de colores
 Los cambiantes del náear y zafiro.
 Así tendía mi esperanza el vuelo
 Cuando entre flores perlas y corales
 Se remontaba del amor al cielo ;
 Cuando forjaba aquellos ideales
 Que fueron ¡ ay ! á mi ardoroso anhelo
 Más dulces que la miel de tus panales....

.....
 De la litis, Antonio,
 Que en su egoísmo
 Ciego el hombre sostiene
 Consigo mismo,
 Yo siempre salgo
 Perdido en más ó menos
 De lo que valgo.

—
 Mas si el hombre á tal mengua
 Se halla sujeto,

Que estimar nunca pudo
 Su *valor neto*
 ¿Podré yo en algo
 Estimar lo perdido
 Por lo que valgo ?

.....

¿ Qué insondable dolor, qué pena extraña,
 Simpática Sofía,
 Es la que en esa cruel melancolía
 Tu pecho inunda y tu semblante baña ?...

.....

Ha llorado el alma mía
 sobre tan caros despojos,
 que no sé cómo en mis ojos
 hay lágrimas todavía.
 Cuando los fijo serenos
 ante algún dolor profundo,
 es para ocultar al mundo
 que están de lágrimas llenos.

.....

Descendiendo á la tierra
 de nube en nube,
 con invisibles alas
 viene un querube,
 mientras la aurora
 con rubíes y perlas
 su sien decora.

.....

Cómo exhala una corriente
 sus rumores,
 cuál su perfume al ambiente
 dan las flores :
 así entre nubes de armiño
 lanza el vuelo
 el alma pura del niño,
 del niño que sube al cielo.

.....

Versos y estrofas citados al acaso, pero que denuncian, aún así, á un gran versificador, á un poeta inspirado, siempre rico en tesoros inagotables de verdadera poesía. Y si hubiera que juzgar á Vázquez, ó sus obras, como han sido juzgadas algunas obras del arte antiguo, bien pudiera

por un capitel incompleto, adivinarse una columna del Partenón; por un precioso fragmento en donde brillan perfiles de un rostro de mujer, sacarse á relucir una Venus de Gnido; y por un torneado brazo que ha sufrido las injurias del tiempo, descubrir un mancebo hermoso como Narciso, gemelo tal vez del Apolo de Belvedere.

XVIII.

CONFIESO que no he terminado mi tarea, y sin embargo voy á dar punto á mi escrito; porque comprendo que es tanto lo bueno y lo bello que descubro en las obras de Vázquez, que me haría interminable si diera rienda suelta á mi deseo, á esa especie de voluptuosidad literaria que se despierta en el espíritu, cuando manosea con cariño y familiaridad lo que el arte, el genio y la naturaleza ponen á su disposición.

Mas no terminaré sin hacer *una protesta* y sin manifestar *mi arrepentimiento*, diciendo humilde y hasta genuflexo, si se quiere, *peccavi, peccavi!*

La primera se dirige al Dr. Vázquez, al pensador, al filósofo que han embaucado al *poeta*, y se han valido de sus arpejos para echar á volar cosillas, que, ó son oscuras, ó encierran algo que no es bueno: no entiendo absolutamente los dos sonetos que tienen por título “Mi fé de ateo:”

—Si como hombre de fé, no como ateo,
debo alejarme en paz del *diablo-mundo*....
Hasta “en la paz de los sepulcros creo.”

Así termina el primer soneto; y el segundo:

—Si negar, no creer, es, como ateo,
lo que para salvarme necesito....
ni aun en la paz de los sepulcros creo.”

Mucho me temo que el Dr. Vázquez no tenga ideas fijas sobre ciertos puntos capitales de filosofía; esos dos sonetos me lo hacen sospechar, y me confirman en mi idea el soneto “Espiritismo,” la composición “A Teófilo Henríquez,” “El Cementerio,” y alguna otra: copiemos.

ESPIRITISMO.

¿Quién soy ? ¿de dónde vengo? ¿qué destino
me augura hasta en la muerte la esperanza?
¿Por qué al incierto porvenir se lanza
mi corazón en su anhelar continuo?

¿Dónde principia el sideral camino
por donde el hombre hacia el erizador avanza?
la tierra es de otros mundos la semblanza,
una breve estación del peregrino?.....

Ciego en la fé, sin brújula en la ciencia,
tras la verdad mi espíritu errabundo
no esclarece un error ni una creencia....

¡Vil condición, arcano sin segundo :
haber de terminar esta existencia
para salir de un caos tan profundo !

Esta composición es reciente, y el autor había dicho en 1872:

“Dilo tú que al imperio
sombrio de la muerte
doblada la cerviz, el negro manto
sacudes del misterio,
para envolver tus míseros despojos
en ese polvo inerte
que no fecunda el llanto
en que le anegan sin cesar los ojos.”

Vázquez habla á cada instante de la fé, y es de suponerse que quiere significar la fé cristiana; así se expresó sobre la tumba de la virtuosa matrona Doña Margarita Trigo de Finol:

Ay!... ¿á qué hacer más impío
el rigor de nuestra suerte,
ni el porvenir más sombrío,
con la nada ante la muerte
y el horror ante el vacío?...
No! la *Madre*, el sér creyente
que en la fe nos amamanta
y la infunde en nuestra mente,
para un hijo siempre es santa,
para un hijo nunca miente !

Ella es quien penas y agravios
conjura en nuestra aflicción ;
y una oración en sus lábios
dice más que cuantos sabios
nos hablan de Religión !”

¿No es verdad que Vázquez se refiere á la *fé cristiana*? Y entonces, siendo creyente como lo dice á cada paso, no sólo en sus composiciones místicas, que son muchas y muy buenas, sino en ocasiones diversas, ¿por qué se muestra dudoso é ignorante en arcanos y misterios que no lo son para el cristiano?—Precisamente es lo que mejor sabemos: que somos hijos de Dios, que de Dios venimos y para adorarle hemos venido al mundo, si queremos una venturosa inmortalidad. La filosofía espiritualista, racionalista en el fondo, llega á las mismas afirmaciones. Leibnitz no pensó en estos puntos de diferente manera de Bossuet; y Julio Simón y Pablo Janet se dan la mano con Balmes y el P. Mir.

Y ese continuo anhelar del corazón humano lo han admitido y explicado todos los filósofos de la era cristiana, desde Santo Tomás hasta Gioberti. El deseo innato de la felicidad que el hombre lleva en su corazón, es como dice el Angel de las Escuelas, “una prueba de su inmortalidad.” La naturaleza toda está satisfecha de sí misma; no hay sér que deje de cumplir tranquilamente su misión. El ave que vuela y canta, el insecto que zumba, el arroyo que serpea, la flor que luce sus colores, el mar que brama, el relámpago que deslumbra, el trueno que aterra ! . . . todo marcha á su destino sin protesta y sin echar nada de menos; sólo el hombre se yergne en el universo y siente un vacío en medio de la inmensidad Pone diques al mar, aprisiona los ríos, escala los montes y los perfora, divide ó separa los continentes de sus nexos naturales; y no contento con esto, se hace dueño y señor de los impalpables, y vence á la luz, y la sorprende en sus focos, y la descompone obligándola á revelarle preciosos secretos, y domina al fuego y pone á contribución sus terribles propiedades; desafía á las nubes y hace al rayo prisionero é inofensivo, y aplica á la vida del arte y al organismo humano la misteriosa electricidad, que tantas cosas ha enseñado á nuestro siglo. ¿Qué más desea el sér

humano después de tantos triunfos? Sin embargo no está satisfecho: “dadle el mundo entero y su vacío será el mismo: su alma hecha á imagen y semejanza de Dios no está satisfecha sino con la posesión de Dios.”

Ese es el *anhelar continuo del corazón que se lanza al porvenir incierto*: esa es la ley que se nos ha impuesto. ¿Y quién puede cambiarla ni oponerse á ella? Los poetas gemebundos y descreídos, que como Byron y Leopardi han sembrado dudas en el camino de la humanidad, no han resuelto el problema, apartándose de la fé y sumerjiéndose en los océanos de la ciencia de su época; ¿y cómo quiere nuestro amigo,

“Ciego en la fé, sin brújula en la ciencia,
tras la verdad su espíritu errabundo
esclarecer errores ó creencias...?”

Tengo por cierto que la fé y la ciencia son una sólo verdad; quien se aparte de *este axioma*, cae en el batarro insondable del error filosófico, y de seguro que no resolverá *un sólo problema de la razón humana*. Si Vázquez uniera en su robusta mente la fe cristiana con la ciencia verdadera, de seguro que no hablaría de *camino siderales para avanzar hacia el Criador*. Una voz sublime y sobrehumana resonó en el mundo y dijo: “Yo soy la luz, la vida, la verdad: por mí se va al Padre.” Es decir, el amor puro, el sacrificio, la abnegación, la virtud, la caridad: he aquí los astros esplendorosos que guían las almas hacia la mansión del Eterno. . . . Dejemos á Flamarión con sus productivos sueños, que embauque á las multitudes, que disgustadas de su modo de ser, vayan en alas del imbecil espiritismo á pedirle á Saturno ó Úrano la tolerancia que le niegan tal vez sus honrados vecinos ó una policía escrupulosa; sepamos que la Luna es un cadáver, que el Sol es un astro en ignición, y que como dijo Quevedo,

“El mentir de las estrellas
es un seguro mentir,
porque ninguno ha de ir
á preguntárselo á ellas;”

y aún rebajando todo lo que se debe rebajar, en virtud de los asombrosos progresos de la Astronomía, siempre resul-

ta cierto y evidente, que los *siderales caminos para las almas*, no han pasado del sueño dantesco, imitado por otros, y entre ellos por Campoamor en su Drama universal; mas tomar por lo serio esos caminos siderales, lugares de purificación para los espíritus, es rendir las armas á una doctrina que no tiene mejores quilates que la trasmigración de las almas, nacida tal vez á las orillas del Nilo. No nos aficemos á misteriosos arcanos mucho menos racionales que los impuestos á la mente humana por el Cristianismo, cuyo fundador tiene en su abono lo que no ha tenido ningún maestro de la humanidad.

Perdone el Dr. amigo y el poeta admirado mi genial franqueza; pero cuando oigo dudar de lo que no puede infundir dudas á inteligencias robustas como la suya, me da miedo de que su excelsa Musa que tanto placer nos causa y tanta gloria reporta á la patria, decaiga de la altura á que se ha elevado en alas de la verdadera y santa inspiración. Por eso le motejaré aquella composición intencional y conceptuosa titulada "En el Cementerio," con motivo de la muerte del nunca bien sentido Abrahán Belloso, que dice:

La nada no existe: de aquí sale todo
 la vida y la luz....
 La tierra y la muerte fecundan el lodo
 que guarda esa cruz.

 Aquí no hay misterios: de todos la clave
 la ciencia nos da:
 por ella se inquiere, por ella se sabe
 cuánto es y será.

 Vaciado ya el molde, la caja ya rota,
 quebrado el cristal,
 aquí se emancipa, de aquí es *de do* brota
 la chispa inmortal;".....

Siento que el Dr. Vázquez haya dicho en verso que de "*aquí* sale todo, la vida y la luz".....¿Qué deja al más atroz materialismo? De *aquí*, de la tierra, no sale la vida, querido Doctor; U., como médico, debe conocer estas cuestiones; debatidas en los últimos años; y co-

mo hombre de ciencia debe saber que la *generación espontánea* es un absurdo. Aristóteles la admitió, como U. sabe, para los seres animados inferiores; mas en aquella vasta inteligencia no pudo haber que el hombre fuese un producto de la madre tierra, como desvergonzadamente lo proclamó cuatro siglos después el poeta Lucrecio. Hoy mismo, Hartmann, sólo acepta la generación espontánea para las *moneras* ú otros *organismos microscópicos*, más no para el hombre; y U. sabrá que Mr. Pasteur ha dado el golpe de gracia al materialismo científico con su inmortal descubrimiento. ¡No, *de aquí no salen de aquí!* ¡La *vida*, el *alma*, el *pensamiento* la *justicia*, no salen de *aquí!*

XIX.

SÚS! Dr. Vázquez!.....Emancipe su inteligencia de esas antiguallas *modernizadas en los sanfiteatros*, para que su simpática Musa siga recorriendo las inmensas parábolas en el cielo de la verdadera Poesía....Y aquí termina mi *protesta* amistosa, y principia mi *arrepentimiento*. Había dicho que faltaba á la gloria de Vázquez, como poeta, una obra de largo aliento, así como quien dice un poema, leyenda ó cosa parecida, me arrepiento de lo dicho, después de haber estudiado más detenidamente sus obras; Vázquez no necesita de nada más para su inmortalidad. Lo único de que debe cuidarse es de seguir brotando buenos versos como hasta hoy, en el tono que quiera y como quiera; pero que sean tan galanos, frescos y sonoros como los últimos que he visto á Páez, *al Corazón de Jesús* y *á San Isidro*.

Poco nos importa que emprenda ó no trabajos de otro género; si no han de ser tan bellos como sus composiciones ligeras que forman este volumen, mejor es que no busque fortuna por otros lados.

Siga nuestro *ruiseñor* ó *jilguero* encantando la comarca con sus sabrosos arpegios; que murmure con la fuente, que gima con el céfiro aprisionado en el follaje de la espesura; que nos deleite con los colores de la aurora y nos arranque una lágrima con el *rojo ocaso*; mas, ¡por Dios! no se lance por caminos *filosóficos* ni mucho menos *materialistas*, porque corre el riesgo de no ser entendido y de

ignalarse con una patrulla de mohosos cantores, que ponen á pensar en cosas malas, en lugar de llevar bálsamo á las heridas que el corazón sufre, y en vez de darle al alma las alas de que necesita para aspirar á lo inmortal.

Huya asimismo cuánto pueda y cuánto el arte le exija, del pesado realismo, que apaga la chispa del talento y mata la verdadera poesía. Siga, pues, siendo nuestro poeta como lo ha sido hasta hoy, y manténgase en ese cielo de nuestro Parnaso en donde moran sublimados Baralt y Yepes, que á honra tienen formar anticipadamente con Vázquez la Triada feliz de la Poesía zuliana.

Maracaibo: Junio 5 de 1888.





Armonías Filosóficas y Religiosas

POR

Diego Jugo Ramírez.

PRÓLOGO.

“En literatura no hay nada digno más que lo sincero (Campoamor): hablemos, pues, y escribamos siempre con sinceridad, si no ha de convertirse la vida en un carnaval continuo.”—Serero Catalina.

I.

RARA fortuna é inmerecida honra me ha deparado el destino, al ponerme en el caso, siempre difícil y espinoso, de escribir un PRÓLOGO, para una colección de poesías de uno de los bardos más aventajados de la patria de Bello y de Baralt. . . .

¿Qué es un prólogo, en el sentido estricto de esta palabra? Creo que un prólogo tiene que ser mucho más de lo que el vulgo de los lectores se imagina; si bien es cierto que la generalidad de los prólogos se reduce á elogiar vagamente las excelencias y virtudes de algún libro en cues-

tión, aunque el tal no sea, en puridad de verdad, más que un hacinamiento de cosas insulsas ó profundamente inmorales.

¿Qué le importa al prologuista mercenario, que el libro encomiado salga á beber luz, reduciendo el corazón y la inteligencia de los lectores inexpertos, á un osario ó á una Babel? Con tal que el editor haga un buen negocio, salga el sol por Antequera; pues al fin y al cabo, el crédito de prologuista queda bien asentado para seguir medrando con tan fácil entretenimiento.

No hay duda de que esa elase de prólogos es de lo más hacedero y sencillo; pero cuando se trata de uno como el presente, para una hermosa colección de poesías del señor Diego Jugo Ramírez, quien lejos de especular con su obra, graciosamente la cede á un asilo de caridad, entonces el escribir un *prólogo* es cosa más ardua, y es tarea que requiere del escritor muchos quilates, que en mi leal saber y entender confieso estar muy distante de allegar.

Pero el autor de este bello libro, que es mi amigo hace 35 años, (y no somos viejos) se ha empeñado en que á sus "Armonías filosóficas y religiosas," destinadas á sembrar en el corazón, no sólo el sentimiento estético en el que abundan, sino principios saludables de ontología, de moral y de libertad cristiana, le escriba yo un prólogo... Y si bien es verdad, que este amistoso deseo me discierne una honra, que temo mucho no merecer, también es cierto que, en tales casos, el lema de los antiguos caballeros, y que aún entre plebeyos tendrá siempre que vivir, me impulsa y me anima para lanzarme en el mar no siempre tranquilo de la crítica literaria. ¡Musas inmortales! ¡Si honor obliga, como es cierto, venid en mi auxilio, si no ha de ser mi trabajo una afrenta del Parnaso!...

II.

PERO al fin no he dicho qué entiendo yo por un *prólogo*, y especialmente en esta ocasión. Según unos, el *prólogo de una obra* viene á constituir su pasaporte.

Esta opinión me desconcierta profundamente: ¿qué pasaporte puede dar un oscuro amante de las letras, á una obra que rebosa inspiración, que esparce luz inmortal y que trae á la mente y al corazón en cadencioso ritmo, muchas veces encantador, ráfagas de lo inmortal y albores de lo infinito? ¿Quién podrá darle más colores al iris, más encantos á la aurora, más aromas á la flor? . . .

Pero yo creo que el *prólogo* de una obra debe ser una especie de proceso, en el cual se han de renmir, un análisis minucioso y una síntesis convincente, por clara y filosófica, cualidades ambas á pocos concedidas aunque por todos deseadas.

Y debo confesar que esta convicción me desconcierta, tanto ó más, que la idea de que *un prólogo sea un pasaporte*.

¿Cuál derecho me asiste á mí, extraño á los favores de las Musas, para penetrar en el santuario de la poesía, que es *el Arte mismo, ó lo Bello encarnado, revestido de una forma sensible?* (Lamennais.)

La poesía es la última expresión del Arte, porque es de todas las artes liberales, la que más se aproxima á Dios. . . .

La arquitectura, la Escultura, la Pintura, la Música. . . todas se relacionan con el Supremo Artista; pero la Poesía, que tiene por forma sensible el lenguaje, lleva en sí el germen divino de la idea, que se origina del Verbo de Dios.

Esto nos lleva de la mano á la cuestión filosófico-literaria de la *forma* y *fondo* en la Poesía.

Para que ésta sea real y verdadera, y no una parodia de aquel arte divino, se necesita que á la limpieza y propiedad de la expresión, que es su ropaje maravilloso, corresponda la idea nacida del Verbo, á fin de que el pensamiento sea no sólo bello y sonoro, sino también verdadero; y hé aquí porqué Boileau pudo decir siguiendo á Platón :

“ Il n'est beau que le Vrai.”

“ No hay belleza sin verdad.”

¿Lo veis, lector? La cuestión se va complicando, y apenas hemos entrado en ella. El análisis debe compren-

der en una obra poética, no sólo la *forma*, que atrae, sino también el *fondo*, que enseña.

Para la primera, se necesita tener al juzgarla, un sentido estético, por lo menos á la altura del compositor; para el segundo, es indispensable cierta facultad de intuición, que permita al juzgador sumergirse en el mundo del pensamiento, y llegar, ó ir más allá también, adonde llegó el poder creador del artista.

¿No es verdad que todo esto es muy arduo, y que requiere para ser debidamente emprendido facultades superiores?

Pues esta es la razón por la cual no habré yo de intentar acometer tal empresa, al escribir este prólogo. Mas, puesto que tengo que terminarlo después de haberlo comenzado, me habré de contentar con decir franca y paladinamente la impresión que me han hecho las "Armonías filosóficas y religiosas" de mi amigo de infancia, señor Diego Jugo Ramírez.

¿Qué otro papel puede asumir sin indignidad, quien conoce y confiesa su incompetencia para erigirse en juez de obras, que pueden ser superiores á sus aptitudes?

¿Qué ley ni qué leyes literarias pudiera invocar quien hace veinticinco años que ha consagrado sus facultades al estudio y práctica de ciencias, que distan tanto de las bellas letras, como dista un análisis ó un diagnóstico de un poema ó de un idilio?

¿No quedará así satisfecho el amigo muy estimado, al ver que sin negarme á su benévolo deseo, no le esquivo mi opinión, sin calarme la toga del juez que administra justicia en nombre de la Ley?....

¡Ah! querido amigo!.... Pasaron aquellos felices tiempos.... ¿los recuerdas? Devorábamos cuanto de poesía y de literatura venía á nuestras manos.... ¡Qué ardor, qué impaciencia, por saber algo de ese *sentido divino*, que ha iluminado la mente de Lamartine, de Víctor Hugo, de Donoso Cortés, de Bretón de los Herreros, de García Gutiérrez, de Zorrilla, de Hartzembuch, de Campoamor y de cien más, que formaban nuestro encanto, en los días y en los instantes que el despotismo saludable de la aulas nos dejaba en libertad de elegir.... Tú estudiabas Matemáti-

eas y yo Medicina: no obstante, tú te inclinabas mucho á la poesía y yo á la literatura. Han pasado muchos años, y tú me encuentras enrolado en las filas de Hipócrates, y yo te hallo convertido en un poeta; no oscuro y desconocido como *aquel* que publicaba anónimas sus primeras inspiraciones en nuestro inolvidable "Eco de la juventud," sino en poeta de alta talla y de elevada concepción; mas ¿qué hago? . . . es á mis lectores y no á tí á quien debo comunicar mis impresiones. . . . Perdona, amigo mío. . . .

III

NO me toca en la presente ocasión hablar de Jugo Ramírez como literato; pero ni siquiera como poeta. Mi tarea se reduce hoy á manifestar mis impresiones sobre esta colección que el autor ha llamado "Armonías filosóficas y religiosas."

Desde luego confieso que las composiciones de que consta este libro corresponden casi todas al título que plugo á su autor darle. Y á la verdad que no pudo escoger uno más propio: casi todas las estrofas respiran el ambiente de la fe, é irradian las chispas del pensamiento profundo.

El señor Jugo Ramírez no pertenece, para fortuna suya y de las letras patrias, á la escena de los libres-pensadores. Digo para fortuna suya, porque nada lastima más el corazón, que el ver á un amigo de talento divagar incierto por las tinieblas de la duda, produciendo sombras en vez de luz, y rugidos de fiera en vez de acentos de consuelo y de esperanza. Y agrego, de las letras patrias, porque éstas habrían perdido un atalaya de los principios salvadores, no sólo de la moral que edifica y corrige, sino de la estética idealista que eneanta á la vez que civiliza.

Un poeta de la talla de Jugo Ramírez, exéptico, descreído, materialista y libre-pensador, sería una calamidad para las letras y para la patria.

Y por ser Jugo Ramírez lo que es, no encontramos en sus obras, ni el realismo que enloda, ni el idealismo paiteísta, que después de atosigar, sumerge al lector en las tinieblas de un no sé qué desconocido, que si para algo sirve es para enloquecer á los cuerdos. Pudiera suceder

que al tratarse de ciencias filosóficas, hallasen solaz algunos espíritus en las enseñanzas del materialismo, ó en las bromosas doctrinas de una filosofía que principia en la duda y concluye en la negación del reinado del espíritu; mas en literatura, y sobre todo en poesía, esa duda y esa negación embotan el estro; y por más que los poetas que sirven á la falsa Musa invoquen el infinito y llamen en su auxilio los recursos naturales, siempre se ceba de menos esa dulzura que la fe y las creencias infunden al poeta, que se hace el eco del Arte sublime, que sólo llena su objeto cuando nace en las alturas del ideal.

Quien no reconozca en la poesía tan noble y elevada alcurnia, renuncie á pulsar la lira; porque sus notas habrán de ser ingratas á la humanidad, que sólo vive buscando y ansiando el soplo del cielo.

¿Para qué necesitan los pueblos de poetas que deifiquen el mal y escarnezean á Dios? ¿Qué contribución de progreso trae al mundo una Musa que eleva un altar á cada vicio, y un templo á la iniquidad? Cantar con criminal entusiasmo la degradación del espíritu y la exaltación de la materia, es uno de los vicios de algunos poetas, que si viven aún en la historia de las letras, no viven en el amor y cariño de la humanidad.

El poeta, pues, que no asuma su sacerdocio, que no comprenda los verdaderos orígenes de su arte encantador, es un sér perjudicial al arte mismo, y á cuantos oigan sus acentos; que no por ser maléficos, dejan de ser armoniosos al oído, y halagadores á la pasión insana, que nace fácilmente en el pecho de los mortales.

El arte, que es divino en su origen, puesto al servicio de intérpretes, cuyo corazón y lenguaje estén viciados, es un contrasentido que desconcierta el criterio del hombre más impasible. La literatura antigua cuenta muchas de estas violaciones del sentido moral, no sólo en la poesía lírica, sino también en la dramática; y á la verdad que hay pocos poetas antiguos que estén exentos de este cargo. Y en cuanto á los poetas de la nueva era, como el Arte no se ha inspirado siempre en el verdadero y bello ideal, hay muchos que por conocidos los callos, que han abusado del favor de las musas, poniendo la *forma* al servicio de causas, muchas veces abominables.

IV

BAJO este punto de vista Jugo Ramírez, siempre galano, siempre atildado y rico, no tiene reproche. Comprendiendo su ministerio, como favorecido del Parnaso, jamás se le vé aspirar á otro ideal, que al que nace del Cristianismo.

Yo sé que un crítico español, afiliado á esa escuela nebulosa y confusa de que hemos hecho mención ha llevado á mal en nuestro poeta sus aspiraciones cristianas y sus creencias netas y definidas, creyendo piadosamente el crítico que esas aspiraciones y esas creencias cercenan el vuelo de la musa.

Puede ser que el crítico crea lo que dice; por mi parte se me hace difícil decir lo que no creo; y en el presente caso aseguro que he encontrado más poesía en los poetas creyentes y piadosos, que en los zafados y descreídos. Siempre me será más grata la Juana de Arco de Schiller que la de Voltaire; y el Dante y el Petrarca me serán más simpáticos que el Marino y Leopardi.

Esta diferencia de poesía y de poetas tiene su explicación. Ó la poesía comprende á la vez lo finito y lo infinito, ó no conduce á ningún fin grandioso. Lo finito es la naturaleza real con todos sus accidentes; lo infinito está representado por el bello ideal, que es la síntesis espiritualista del Supremo Sér con sus atributos. Los poetas que sólo abarcan la naturaleza real, son de dos clases: ó se reducen á interpretar y cantar la naturaleza en su desnudéz, agradable ó repugnante, ó se limitan, según el genio de cada cual á manifestar las impresiones profundas ó pasajeras de su sér moral ó psíquico, como dicen los filósofos. Los primeros vienen á ser poetas realistas, subjetivos los segundos.

Ambas familias de poetas, por más lauros que alcanzan al parecer, son de poca estimación: pues sus obras no viven sino del fuego de la pasión desbordada, ó del ímpetu de espíritus soberbios, que creen aturdir á la humanidad con sus arranques olímpicos, que á las veces tienen tanto de impío como de ridículo. Desconociendo estos poetas la legítima importancia del ideal, que vive más allá de los espacios, que tiene voces más armoniosas que la na-

turalidad física, y horizontes más vastos y más bellos que el corazón del hombre, no producen sino obras destituidas de alma, sin aliento de vida y sin condiciones intrínsecas de viabilidad. Esas obras viven un día; mientras pasa la bacanal y se sosiega la tormenta. En el cementerio de las Letras, que también tienen su osario, guarda la historia y la crítica muchos nombres, hasta célebres, de obras y de autores, que no representaron otra aspiración, que la nacida de la liceneia, ataviada con una formá más ó menos estrambótica.

Los grandes maestros en el arte antiguo y en el moderno, bien supieron esquivar estos escollos, contra los cuales se tiene á honra encallar en nuestros días. Algunos ilusos, sedientos de una prematura y falsa gloria, se lanzan impávidos á buscar cotufas en el golfo; y porque se ciñen unos enantos laureles que los dioses licenciosos les disciernen, creyéndose inmortales, se erigen en maestros de la humanidad, lanzando á los cuatro vientos obras mal inspiradas, que durarán lo que dure la orgía y la bacanal, y nada más.

Toda producción que choque contra los eternos principios del arte; toda obra que ultraje la magestad del bello ideal, desaparece y se hunde en el polvo del olvido, ó en el abismo del desprecio. Realistas obscenos y subjetivos soberbios y presuntuosos, no llegarán jamás á obtener la palma inmarcesible, que la humanidad ha discernido á los grandes poetas, á los artistas eminentes.

Estas reflexiones nos las inspira el libro del señor Jugo Ramírez; y aunque la manera de juzgar estos asuntos literarios pueda escandalizar á más de uno, ello nos importa muy poco; y por eso escribimos lo que pensamos, tratando siempre de ser sinceros, como quería el inmortal Severo Catalina.

Y es en virtud de estas convicciones que la Musa de Jugo Ramírez nos es tan simpática; porque huyendo ella, tanto del realismo pesado como del psicologismo pedante, abreva su inspiración en la fuente del bello ideal, quien sin despreciar á la naturaleza física, la exorna y la sublima con la luz y los matices que de sí irradia el infinito de Dios, y con la pureza de la conciencia, que busca el Cielo, porque sabe y comprende que del Cielo es oriunda.

V.

CREEMOS que es esta la oportunidad de desvanecer un cargo que se le ha hecho á nuestro poeta; un cargo sutil é injusto y de ningún valor crítico. En despiques de sus ideas cristianas, se le ha motejado que él ataca y menosprecia *la ciencia*, y se ha querido hacerlo aparecer contradictorio, puesto que más de una vez la invoa y la enaltece.

Quien tal cargo hizo al poeta, sabe muy bien que Jugo Ramírez, como todo pensador, distingue entre la falsa ciencia y la ciencia verdadera; como hay buena y mala filosofía, y como hay una literatura sensata y progresista y otra nauseabunda y macarrónica.

Si! Hay una ciencia, que abandonando las severas regiones del pensamiento, y violentando los fueros de la verdad, reniega de todas las leyes fundamentales que regir deben en todo tiempo el criterio del que investiga y la mente del que razona. Esa es la ciencia grosera é insustancial de la que dió algunas muestras el sin par Voltaire, tan fácil y elegante para hablar, como imprudente para mentir. Yo no vengo á hacer disertaciones de este género, que tan malsentarían en la portada de un libro, que nos airebata y nos trasporta por los encantados mundos del arte y por las amenas regiones del pensamiento poético; pero esa ciencia, que hace venir al hombre de las ranas como la de los enciclopedistas, ó del mono como la de Darwin y sus secuaces; esa ciencia, que cierra los ojos del espíritu para no ver más que la materia en todo, abjurando de la conciencia y de la razón, es una ciencia bastarda, impotente y destructora de la belleza y de la armonía; y esa es la ciencia que Jugo Ramírez condena con potente estro, como la condenan todos los hombres sensatos, todas las almas elevadas, todos los corazones generosos.

Pero esa otra ciencia, que es fuente de verdad, porque sale á luz con todas las garantías de las leyes psicológicas y racionales; esa otra ciencia, que niega con fundamentos plausibles ó asevera con razones incontestables; esa otra ciencia, que sirve de faro al pensamiento, de bálsamo al corazón y de bello ideal para la inteligencia, lejos de ser motejada por nuestro poeta, y por todos los grandes pen-

sadores antiguos y modernos, es enalzada y enaltecida, cual se ve en los siguientes versos:

“En la senda del bien no temáis nada
 Pretended lo imposible; y si en su anhelo,
 Severa la razón y la mirada,
 Alzando el pensamiento en alto vuelo,
 La fe en el alma y Dios en la conciencia,
 El rayo arrebató *Franklin* al cielo,
 Consagraréis vosotros la existencia
 A hacer la patria poderosa y grande
 En la radiante esfera de la ciencia”....

A las legiones del porvenir.

En la bellísima composición titulada “Misterios,” dice al final:

“No! lo que así palpita
 Es más que la materia en movimiento!
 Allí ciencia infinita;
 Allí de Dios la mano que se agita;
 Allí la creación, allí el portento!”

Leemos en “La Noche del pensamiento:”

“El espíritu es erial
 Cuando yace en la ignorancia,
 Ni la virtud ó la fragancia
 Ni es la mente manantial;
 Hasta que el rayo inmortal
 Do la ciencia, el pensamiento
 Brota cual divino aliento,
 Dejando estela de gloria
 Para perpétua memoria
 Del misterioso portento.”

La magnífica producción “Sombra y luz” nos trae estas estrofas:

“No así cuando alumbra los cielos del alma
 Del sol de la ciencia la mágica luz,
 Y en anchos raudales sus rayos esmaltan
 La aureola que ciñe feliz la virtud ”

“Entonces el hombre levanta la frente,
 Al cielo interroga, la tierra y el mar;
 Y mar, cielo y tierra tesoros le ofrecen
 Que brinda al espíritu el Dios de bondad.”

.....

“ Bendita mil veces, oh ciencia divina,
 Que el bien nos alumbras de paz y virtud;
 Tu foco es fecundo, tu luz infinita....
 Da un rayo á mis ojos de tu excelsa luz!....”

Bastan estas citas para convencerse de que nuestro poeta, lejos de vilipendiar la ciencia, la eleva y la dignifica, como que siguiendo la escuela espiritualista cristiana la hace derivar de Dios. Por nuestra parte, en vez de reprochar al vate su intención la aplaudimos tanto y más, cuanto que nosotros creemos que la ciencia que se aparta del Supremo Sér, que es la verdad por esencia, deja de ser ciencia para convertirse en un simple análisis de los principios secundarios, que no conducirán jamás á una síntesis fundamental sobre la que descansar debe el criterio filosófico, el método científico, el genio del hombre y la aspiración de la humanidad. Y es por estas razones que estoy de acuerdo con nuestro poeta cuando dice con valentía en la composición “ Misterios ”:

La voz de la conciencia
 Vibra y te aclama en mi interior, sonora:
 Y la orgullosa ciencia,
 Negando tu poder y tu existencia
 Siembra en el corazón duda traidora!....

¡Y se admira algún crítico de que Jugo Ramírez llame orgullosa á la ciencia, después de haberla ensalzado más de una vez!.....

Mas, ¿quién no ve y palpa, que cuando elogia se refiere á la ciencia verdadera, y cuando deprime á la falsa y embaucadora?.....¿Acaso puede haber quien se escandalice con razón de este dualismo? ¿Pudo ser nunca la ciencia de Epicuro equiparada á la de Platón? ¿Y qué pensador serio podría poner en parangón razonable la ciencia de Newton y de Leibnitz con la de Proudhon y de Feuerbách?.....

Estos, sólo tienen para el alma y para el género humano, sombras, dudas y negaciones, que desconciertan el espíritu y barbarizan las costumbres; aquellos, tienen siempre claridades, esperanzas y bellísimos horizontes, que dan al alma fuerza y á las costumbres calor de inmor-

talidad. Cada quien opta por lo que más le agrada, y nuestro poeta inspirado en la misma fuente en que han bebido los ingenios más sobresalientes, empuña el plectro que recibe inspiración de lo Alto y rinde homenaje á la causa de Dios y del reinado de este en la Poesía. Mucho tendríamos que decir si nos propusiésemos un estudio filosófico sobre las ideas trascendentales que nuestro poeta plantea en el precioso libro que tenemos á la vista. Baste lo dicho y entremos á emitir nuestro parecer sobre el mérito artístico de esas producciones poéticas que no habrán de morir en nuestro humilde concepto, porque han nacido al calor del talento y bajo el fuego sagrado de la inspiración en el bello ideal.

VI.

YO creo que Jugo Ramírez es no sólo un buen versificador, sino también un buen poeta, y muchas veces excelente. No quiere esto decir que deje de encontrarse algún verso duro, alguna frase defectuosa ó alguna palabra poco adecuada. Y sin pretender que estos defectillos se conviertan en motivo de elogio para el compositor, observaré que son rarísimos los poetas á quienes no se les pueda tachar de iguales faltas. No hablaré sólo de nuestros vates, que los tenemos selectos; yendo más allá, diré que no están exentos de tal reproche, si es que ésto valga la pena de decirse, ni Hartzembuch, ni Campoamor, ni otros muchos, tenidos y con razón, como florones del Parnaso. Pero así y todo, no puede menos que echarse de ver á la simple lectura de los versos del señor Jugo Ramírez, que él posee el precioso talismán de hacerlos fáciles, sonoros y correctos; y que en esta cualidad puede competir con los mejores versificadores españoles y sud-americanos.

La mejor prueba de esto que afirmamos, sería la lectura de este libro; y abriendo al acaso y pasando una rápida ojeada, hallamos versos como estos:

“Sordo trueno retumba
De montaña en montaña repetido;
Y alado insecto zumba

La flor buscando que será su tumba
Después que blanda le sirvió de nido.”

Misterios.

“Tarde opaca y silente
Nubes sombrías ;
Y las ruinas desiertas
Y el alma herida
Y aquí en el pecho
El tormento implacable
De los recuerdos !”

Senda de la tumba

.....
.....
Las descreídas turbas,
Al contemplar en fácil almoneda
Plumas, labios y liñas,
Heraldos de la idea,
Hacen brutal escarnio
Del que acatando la verdad severa
Con santa indignación volver procrea
Prestigio de justicia á las conciencias.”

La antorcha de lo futuro.

“
No con la luz perece
Del moribundo sol la pompa egregia ;
Pues cuando palidece,
Los astros que la noche nos ofrece
Brillantes son de su corona regia.”

Nostalgia.

¿ Quién no advierte por estas estrofas tomadas al acaso, que Jugo Ramírez posee el don de hacer muy buenos versos ?

Respectivamente, esas estrofas nos traen á la memoria la sonoridad de Zorrilla, la fluidez de Selgas, la entonación de Campoamor y el clasicismo de Baralt. En esto de hacer buenos versos y de construir excelentes estrofas, Jugo Ramírez sobresaie, como sobresaen Baralt, Yepes, Vázquez, Sisoés Finol, Bartolomé Osorio, Octavio Hernández y algún otro hijo del Lago, fuente de poesía inagotable y de variada inspiración.

Pero no basta para ser poeta, el hacer buenos versos y construir buenas estrofas; se necesitan otras muchas condiciones de ejecución, como sucede con todas las artes

liberales. El poeta tiene que cautivar además, por la expresión que ha de ser concisa, clara y pulcra; y por la frase, que ha de ser limpia y sonora, no sujeta á la ambigüedad, y antes de todo, adecuada al asunto. Y á la verdad, que no se reduce á esto sólo la condición del poeta; pues, ó desenvuelve en sus armonías un gran pensamiento ó una pasión exquisita, ó queda reducido á un dibujador sin alma y sin movimiento, que á nadie conmueve, ni seduce.

Por lo que hace á las primeras cualidades, bastará hacer algunas citas, como las siguientes:

“ Extinta ya la aurora
Que iluminó mi cándida inocencia,
Despliega en mala hora
La tempestad el ala asoladora
Sobre el desierto mar de mi existencia . . . ”

“ Ya el viento no gime, ni el trueno retumba,
Ni vagan fantasmas en negro tropel;
Ni braman las ondas, ni el rayo deslumbra,
Que mar, tierra y cielo tranquilos se ven.”

.....
Mi espíritu se enciende
Y huyendo de su cárcel se dilata,
Y al monte erguido asciende,
Y abarca la extensión, los aires hiende,
Y va del río en el caudal de plata;
Y gime con la hoja,
Y del sagrado bronce en el lamento,
Del ave en la congoja,
Y ávido de gemir, rando se arroja,
Y solloza en las cañas con el viento; etc.”

.....
¿ Quién no advierte en estas estrofas, que son tomadas al acaso, propiedad y concisión, tersura y limpidez en la frase? ¿ Quién no percibe que hay allí algo de bello y suave, que atrae por la música y seduce por la idea?

La simple lectura nos pone en perfecta oposición del pensamiento del poeta, sin esfuerzo, sin necesidad de releer, y sin tener que apelar á ningún recurso extraño al simple buen sentido. Y no obstante tanta sencillez, ¡ cuánta belle-

za no se encuentra á primera vista! . . .

Jugo Ramírez es sencillo y puro en la expresión; y rara vez apela, como lo hacen muchos con frecuencia, á subterfugios y artificios para hacerse entender, ya sea que exprese un gran pensamiento, ó bien un sentimiento delicado y lijero.

VII.

PERO además de estas buenas cualidades, que de por sí darían realce á un artista, hallamos en Jugo Ramírez, que si la *forma* le preocupa, el pensamiento lo domina.

El favorecido de las musas no se deja arrastrar por la imaginación á combinaciones fantásticas y descabelladas, dando por resultado obras extravagantes, que más sirven para mengua que para atavío del poeta: al contrario, de intento, mesurado en sus vuelos fascinadores, si se pasea por las etéreas salas del infinito, lo hace siempre con el beneplácito de la razón que al aliarse con la fantasía no puede producir sino cuadros agradables á la vista y simpáticos al buen sentido; y por tanto, obras duraderas que toman carta de naturaleza en el Parnaso.

Parece que nuestro poeta, tomando como pauta el pensamiento de Lamartine, de que la *Poesía en nuestros tiempos no es sino la Razón cantada*, ha querido dar en cada una de sus composiciones pruebas de su afiliación lamartiniana; y á la verdad, que si lo ha logrado, no lo decidirá yo, sino el lector avisado y concienzudo, que puede sin esfuerzo convencerse de que la lectura de Jugo Ramírez deja siempre algo al pensamiento y mucho á la estética.

Las trabas que yo mismo me he impuesto en este prólogo, me obligan á ser breve; mas no tanto, que por serlo me hiciera oscuro, contrariando el sabio precepto de Horacio.

Así, pues, mis benévolos lectores tendrán que tolerar el que tomando alguna de las composiciones de Jugo Ramírez, emita mi juicio en concreto, abandonando el campo de las generalidades como he hecho hasta aquí.

No digo que todas las composiciones de esta bella colección sean iguales en mérito; eso sería de mi parte una

infidencia á mi criterio. Como en muchas obras humanas, hay en este libro bueno y mejor; y cometería una injusticia literaria si dijera que hay en él composiciones malas en el estricto sentido literario.

¿Pero quién podrá aseverar que *Misterios*, *Nostalgia*, *Excelsior*, *Sombra y luz*, son piezas poéticas iguales á *El campo*, *Plomo-bala y Plomo-tipo*, *Cumbres y rayos* y algunas otras?

Tengo para mí que el poeta que ha producido esas cuatro composiciones, tiene asiento en el Parnaso y asiento de distinción.

La composición *Misterios* me encanta por su forma, y por su pensamiento, me hechiza y me seduce. ¡Qué naturalidad tan sublime ha derramado el poeta desde el principio hasta el fin!.....

“Triste el alma y sombría
Íbame en pos de soledad y aire,
Ya cuando el sol moría
Y la tarde sus nieblas extendía
Por las silentes márgenes del Guaire.

A cada paso mío
Crujen las hojas secas; y un lamento
Al par del murmurío
Que en su cauce levanta el sesgo río
Las cañas finjen susurrando al viento....”

¿En dónde pueden hallarse estrofas más armoniosas, más expresivas, más tiernas y más naturales por verdaderas?.....

Todo el que haya demorado algún tiempo á las faldas del Ávila, respirando los aires embalsamados de la simpática ciudad del Guaire y del Ananco, comprende que Jugo Ramírez posee el talismán de la poesía descriptiva en grado superior; como comprende también que le han sido concedidas al poeta las facultades de abstraerse y de profundizar con gallardía los hondos misterios que rodean la cuna y los destinos de la humanidad. El poeta exclama en el segundo cuadro, con mucha razón:

“Aquí, bajo el imperio
del incesante anhelo en que me agito,

Atado al cautiverio
del implacable, terrenal misterio,
me encuentro faz á faz con lo infinito.”

“Mi espíritu se enciende
y, huyendo de su cárcel se dilata,
y al monte erguido aseiene.
y abarca la extensión. los aires hiende,
y va del río en el caudal de plata.”

Confieso que si tuviera el encargo de hacer un juicio crítico sobre esa sola composición, hallaría materia suficiente y amena para llenar muchas páginas. Esa composición reúne en sí muchas cualidades que la hacen apreciable; lástima que no podamos entrar en pormenores.

Sombra y Luz es una buena inspiración de un género que no es dado á todos cultivar. Espronceda, Zorrilla, el Duque de Rivas, no podrían quizás presentar un trozo de poesía más fantástico y á la vez más congruente.

El poeta, buscando siempre como Chateaubriand, armonías positivas entre lo físico y lo moral, trata de comparar el estado del alma producido por la *ignorancia* á una borrasca á orillas del mar; y hace aparecer el alma, iluminada por la luz de la verdad y de la ciencia, semejante á lo que sucede en el mundo después de una noche de vendaval. ¡Qué bien pinta el poeta ambos estados! . . .

“En lúgubres danzas agobian las olas
los montes, los valles con furia infernal;
y mujen, y crecen al par de las sombras
y rápidas giran, y vienen y van . . .

Mas ya en el Oriente la aurora se muestra
ceñida de rosas, bañada de azul;
lijeras, veloces las sombras se alejan
del astro que vierte torrentes de luz . . .

.....
Así cual la noche, la ciega ignorancia,
fatídicas sombras agrupa en redor,
y vive entre sombras, y finge fantasmas
que van derramando terrores en pos . . .”

Esta es una inspiración que los libre-pensadores no le perdonan á Jugo Ramírez. Pero, ¿qué puede dársele á tan aventajado poeta del enojo de esos seres, que sólo viven

de cosas del momento, como ciertos insectos que medran, en donde la mayor parte de los vivientes tienen que morir? Ellos medran en el error filosófico, en el error moral, en el error religioso, en el error estético, en el error literario: que sufran el castigo de su ceguedad condenados á ver en donde quiera y á todas horas, que sobre el caos está la Causa primera; que el Bien no es cuestión orgánica, sino asunto trascendental, independiente del hombre físico y de la naturaleza; que sobre todos los sistemas humanos está Dios, omnipotente y personal, que guía las conciencias; que el ideal nacido de la materia bruta, es rastrero y mezquino, y no engendrará nada duradero ni nada simpático; que por más que se quieran borrar ó desconocer las leyes de la composición artística, quien las desprecia ó las olvida cae en la desgracia de las Musas y del género humano; y quien creyó ceñir coronas de laureles, se cubre de oprobio y de ridículo, como le está pasando á más de un moderno *realista*, que, creyendo llegar de un salto al Pindo, ha caído en el abismo del desprecio para caer en el del olvido, infierno muy merecido por todos aquellos despreciadores de las prácticas literarias ó artísticas, que tienden á interpretar debidamente el bello ideal.

EXCELSIOR.—Suplico á los lectores de este ramillete que lean bien esta composición. En medio de su sencillez, de su nítida estructura, admiro el bello pensamiento que envuelve. Mas bien que cualquiera otro nombre, yo le daría el nombre de *poema*. Y es efectivamente el *poema de la vida*, que filósofos y naturalistas han tratado á su manera.

Consecuente el poeta con su misión no desperdicia oportunidad de plantear algún problema trascendental:

“¿Qué quedará cuando muera
De mi paso por el mundo?
¿Tristes quejas por el viento?
¿Gusanos en mi sepulcro?”

A esto responden los desalmados de hoy:—Sí!... Y ni aun eso mismo: ni quejas, ni gusanos, sólo un poco de polvo!... ¿Que más quieres? Sueñas con lo que no eres ni puedes ser; con ser inmortal!..... Necio! ¿No sabes

que la *ciencia de hoy* tiene demostrado que no hay otra cosa que *fuerza y materia?*

Pero nuestro poeta, como todos los que han pulsado y pulsán la lira con misión trascendental, les responde con un "Excelsior," y ante él tienen que enmudecer y eclipsarse, como enmudece el bulho al trino del ruiseñor, como se eclipsa la luciérnaga ante la luz del sol.

"Si árboles, flores, arroyos,
 Vierten al morir sus frutos ;
 Si se transforma el insecto ;
 Si perlas cría el molusco ;
 Si en la escala de los seres
 Habitadores del mundo,
 Todos á ascender aspiran
 Llevando el germen oculto ;
 Si la larva es mariposa,
 Y antes la flor fué capullo,
 Y el arroyo es río, torrente
 Que el suelo abona fecundo,
 No te hagas, mortal, indigno
 De vivir en lo futuro :
 Que á Dios volverá tu alma
 Desde el fondo del sepulcro."

He aquí una preciosa advertencia á los soberbios y á los perezosos. Ay ! ; Para cuántos incapaces de enmienda y de remordimientos, no sería consolador el falso principio del anonadamiento ultra-tumba ! . . . Desgraciadamente para ellos, allí está el grito de la conciencia universal, que acuerda premios á la virtud y castigo inexorable para el perverso. Un poeta festivo y conceptuoso ha dicho :

"La conciencia á los culpados
 castiga tan pronto y bien,
 que hay muy pocos que no estén
 dentro de su pecho ahorcado."

¡Feliz de aquel que siquiera siente remordimientos !... Hay un estado del alma en que á fuerza de infringir las leyes morales, llega á no saber que esas leyes existen : esos son los *muy pocos* de que habla Campoamor. Mucho me temo que estos *pocos* sean *muchos*, en los tiempos que corren, á fuerza de negar á Dios, á fuerza de blasfemar ;

á fuerza de escribir iniquidades, se acostumbra el alma á á creer en su beatitud. Para estos, ha dicho San Pablo que la luz sólo puede llegarles por un milagro ; los otros, que se *sienten ahorcados dentro de su pecho* al transgredir la ley moral, recuerden siempre á Jugo Ramírez:

“No te hagas, mortal, indigno
de vivir en lo futuro :
que á Dios volverá tu alma
desde el fondo del sepulcro.”

es decir, que aún dado el caso de una especie de muerte del espíritu que experimenta el hombre que se aparta del deber, todavía puede aspirar á volar hacia las regiones serenas de la moral, cuando por efecto del remordimiento, se aspira al ideal abandonado en fuerza de la mala pasión ó de las sugestiones del error. En tales casos no faltará aquella voz sublime: *Lazare, veni foras.*

VIII

LA pieza titulada “Nostalgia,” merece capítulo aparte.
¡Qué composición tan bella, tan vigorosa, tan robusta! Está dedicada á ese fenómeno del día, llamado, Núñez de Arce.

Este gran poeta puede vanagloriarse de que no sólo sabe hacer él muy buenas cosas, sino que tiene también el privilegio de inspirarlas. Efectivamente, “Nostalgia” parece hija del gran poeta pensador que ha dado más de una lección á su siglo, siendo él de ayer nomás.

Es propio de las medianías y de las conciencias vulgares el vapular por sistema el pasado y encomiar por interés el presente. Cuando oigo á hombres como Castelar, que se la pasa tronando contra todas las instituciones, que cual fuego sagrado guardan el principio de autoridad por adular á las masas, á las muchedumbres corrompidas por el comunismo, á las sociedades creadas para escalar el poder, recuerdo lo que oí siendo muy joven á un anciano sacerdote en una de nuestras humildes iglesias: “Acusan á la Iglesia los modernos filósofos, de que ella está siempre contra el espíritu del siglo. Señores, los grandes hombres

han estado siempre en contra de su siglo. Sócrates y Platón lo estuvieron; Colón y Galileo lo estuvieron; y no acabaría si tuviera que citar á todos los grandes hombres del pensamiento ó de la acción que lucharon de frente contra su siglo.”

Núñez de Arce, que siendo, puede decirse, joven, pone de relieve la enfermedad del siglo, según el elocuente predicador, está afiliado en la milicia de los grandes hombres. Luchar contra un país, contra una época, contra un siglo, requiere mayores quilates que adular ó los contemporáneos, quienes lo menos que pueden hacer es colmar de aplausos al venal escritor.

Una voz que dice constantemente al pueblo: *servís como dioses*, es mucho más simpática y halagadora que otra voz que dice la verdad; la cual es amarga para la mayoría de los hombres.

En su “Nostalgia,” Jugo Ramírez pone de relieve, no ya la enfermedad que parece devorar su espíritu, sino la lepra que cubre á la sociedad; y así cuando dice con tanta amargura:

“Susurro misterioso
que parece decir al alma triste,
pausado y sigiloso:
—‘ ¡No esperes, infeliz, hallar reposo,
porque en el mundo para tí no existe!’....”

creo yo que el poeta, á semejanza de los profetas bíblicos, asume en su interior el papel de su raza, y exhala las amargas quejas y el sinsabor profundo que el excepticismo moderno vierte en el fondo de las almas.

¡No esperes, infeliz, hallar reposo,
porque en el mundo para tí no existe!

Este es un rapto dantesco que constituye de por sí una síntesis admirable. ¿Quién es aquí el *infeliz*?... ¿Acaso el poeta que habla?.....No! El *infeliz* es el hombre de hoy, atormentado porque quiere, por la misma duda de Fausto y de Don Juan. Cierra voluntariamente los ojos para no ver la luz, y luego se queja de que ha perdido la

fe; pasa la vida en medio de un continuo carnaval, y luego se queja con Espronceda, con Leopardi y con Heine, de la tristeza y el hastío que lo devora; no rinde culto sino á los falsos dioses de la pasión insana, y prorrumpe con insolente voz en improprios contra la Providencia; no cree en otro móvil que no sea el dinero ó el goce, y tiene la osadía de menospreciar la virtud; éste es el hombre de nuestro siglo, que con Reville ha ensalzado á Satán para negar á Dios; este es el hombre de hoy, que ha violado la santidad del hogar, elevando á simple contrato el sacramento del matrimonio; este es el hombre de hoy, que ha vinculado en la punta del acero el principio de autoridad, único baluarte del orden civil; este es el hombre de hoy, que no reconoce otro Dios que la fuerza, ni otro fin trascendental fuera de la Materia.

Nuestro poeta, con ese valor que dan las convicciones, con ese fuego santo de la inspiración, hasta por enemigos respetada, comprendiendo por intuición que, en medio de tanta balumba y de tanta falsedad, queda hecha girones el alma del que así delira buscando la dicha en las tinieblas y en el error, lanza este rayo que calcina, porque viene del Olimpo de la Verdad:

¡ No esperes, infeliz, hallar reposo,
porque en el mundo para tí no existe !... .

Los límites de un prólogo no me permiten decir más sobre esa composición tan bella por su forma como importante en su fondo.

La nitidez de la frase, la claridad del pensamiento, la cultura de sus vocablos; todo lo que se puede llamar *arte* está desempeñado con maestría; y no vacilo en afirmar que "Nostalgia" es la mejor ejecutoria de nuestro amigo para tomar asiento en el Parnaso.

¡Qué estrofas tan bien pensadas y tan bien desenvueltas!

“Y si en luctuoso velo
la tierra envuelve tu feraz verdura,
ve el alma en su desvelo
brotar flores de oro sobre el cielo
para adornar la inmensidad oscura.”

¿Quién no siente, no palpa, no comprende que esto es verdadera poesía, que jamás cansa y que alienta siempre?...

A los insulsos rimadores que han creído en el mismo Venezuela que se puede ser poeta con sólo tirar tajos y mandobles en arreglada prosa *contra* el santo ideal que ennoblece, y *sin* el bello ideal que dignifica, les llamamos la atención sobre ese modelo que Jugo Ramírez les da en su "Nostalgia," para que aprendan á trillar el verdadero camino del Arte; de ese Arte al que aspira á sumergir en el lodo el procaz *Realismo* de nuestros días, legítimo heredero de todos los desmanes de la inmunda Musa del materialismo antiguo y moderno.

Maracaibo: Febrero 15 de 1885.





Poesías Religiosas y Morales

POR

DON AMENODORO URDANETA.

“Nolite timere . . .”

I.

EL conocido escritor don Amenodoro Urdaneta nos regala con una nueva obra de su fecundo ingenio, puesto al servicio de la idea y del sentimiento cristianos. No es armado con el poder del argumento invencible con que desciende hoy á la arena del lidiador; ni es que prometa en su nueva obra discursos convincentes sobre la Fe: el señor Urdaneta, como siempre piadoso, como siempre vestido con la librea del Cristo, que engrandece y dignifica á quien la viste, empuña su plectro de oro para rendir en el dulce lenguaje de la Poesía el justo homenaje á Dios, á Jesucristo, á la Santísima Madre del Salvador.

Creen algunos y piensan mal, que es la Poesía el lenguaje de la pasión exultante por ideales peligrosos, y no apta ni adecuada á grandes enseñanzas sobre los destinos del hombre, sobre los grandes problemas que la humanidad, jadeante de cansancio y abrumada de grandes dolores, trata de resolver en su peregrinación sobre el planeta. Esta opinión sobre el poder efectivo de la Poesía es no

sólo inexacta, sino falsa en toda su extensión. La poesía es un lenguaje sublime, que según Voltaire, puede decir en pocas palabras lo que para expresarse en prosa se necesitaría de largos discursos. Es dulce y persuasiva, y por esto los pueblos primitivos hallaron en sus orígenes á esa diosa del pensamiento dispensándoles la verdad; ella es tierna y amorosa, y por eso el niño escucha su voz con agrado y las almas pudorosas y castas gustan de su melodiosa voz: ella es severa y elevada, y por tales cualidades, los espíritus educados en la escuela del deber y de la virtud, hallan en sus acentos motivos de aprendizaje y de respeto: ella es, en fin, grandiosa, conmovedora y sublime, y entonces los grandes caracteres y los corazones elevados se postran ante su poder fascinador.

Y por más que se crea que el imperio de la Poesía ha cesado por haberse extendido en el mundo el dominio del realismo y del positivismo, eso no pasa de un error vulgar, de una lastimosa confusión. La Poesía será siempre una gran sacerdotiza del progreso humano por el bello ideal; siempre será ella un poderoso auxiliar de la civilización, como lo viene siendo desde los tiempos prehistóricos. La Poesía es un impulso natural de la humanidad; y donde quiera que haya sociedades en formación, en su auge ó en su decadencia, habrá almas que enseñen, que vaticinen, que presientan, es decir, habrá poetas, que hablen al corazón de los pueblos un lenguaje que sólo ellos saben hablar, diferente del de los filósofos, de los sabios, de los legisladores; pero lenguaje oído con placer, aun por los pueblos y razas de temperamento frío y de relajadas costumbres.

Por el contrario; en medio de la balumba de los intereses materiales; en medio del bullicio de nuestro siglo que asorda los aires, la inspirada voz de la Poesía suele caer sobre los corazones agostados, como rocío celestial que reanima y hace volver los primitivos colores á las flores marchitas por el vendabal.

Mucho se empeñan en rebajar el prestigio de la Poesía sábios y filósofos, que la encuentran en su camino como una atalaya de lo grande y lo inmortal; y porque les estorba la deprimen, y suelen hacerse la ilusión de que el imperio de la Poesía está decaído en el mundo. Pero sur-

ge un Campoamor, un Núñez de Arce, y renace de pronto aquella fascinación misteriosa que subyuga las almas y domina la mente también.

Sí; la mente humana, tan extraviada algunas veces por las elucubraciones filosóficas y científicas, recibe con frecuencia terribles lecciones y duros embates de esa Poesía que enseña presintiendo y que conquista los espíritus para la verdad y la virtud, sin otro esfuerzo que el de infiltrarle su purísimo aliento, que es aliento de inmortalidad.

II.

BIEN ha pensado el señor Urdaneta en ofrecer á la juventud un libro, en el cual se rinde homenaje al bello ideal cristiano bajo todas sus faces. El señor Urdaneta es una de esas almas abrevadas en el raudal de la Fe; y al dar rienda suelta á su estro poético, ha libado como abeja mística en el jardín encantado de la Religión, cuanto de bello y bueno y santo se anida en las flores aromosas de la piedad, de la virtud, de la oración, que eleva y purifica, y de la esperanza en Dios, que conforta. ¡Benditos sean tan santos esfuerzos, en una época en que halla por donde quiera el joven que entra al mundo, motivos de escándalo ó incentivos de corrupción! ¡Bendita sea esa acendrada piedad, que unida á la instrucción, á la ciencia y á lo cristiano en el vivir, dará en esta y otras generaciones ópimos frutos de felicidad á los que al leer ese libro, se inspiren en sus máximas!

El señor Urdaneta es de aquellos que piensan que por sobre todos los intereses individuales, domésticos y sociales, está la religión. Yo tengo también el placer de encontrarme entre éstos; y como amigo, como ciudadano, como padre de familia, como amante de las letras y de las ciencias, doy mi parabién al señor don Amenodoro Urdaneta.

Por lo mismo que hay tanto desvergonzado, que vierte en donde quiera enseñanzas que nadie pide, que tienden á la inmoralidad y á la corrupción de las familias, menester es que los hombres que pensamos de otro modo, tengamos el valor de salirles á la palestra, para neutralizar los terribles efectos de esas doctrinas hijas de la igno-

rancia muchas veces, y de la perversión del buen sentido moral y filosófico no pocas.

Me gustan los hombres como el señor Don Amenodoro Urdaneta, que lucha en todos los tonos y en todos los terrenos. Unas veces es la crítica literaria la que le da armas poderosas para abatir á los pretensiosos enemigos de Jesucristo; en otras saca recurso de la ciencia para responder á los enemigos sistemáticos de la verdad católica. Hoy se nos presenta cobijado con el celeste manto de la cristiana Musa, para excitar la piedad y ganar almas á la causa de su corazón.

¡Sus esfuerzos no serán perdidos.....! En el campo de la verdad y en el mundo de las armonías, ni se pierde un solo grano que se siembre, ni una sola nota armoniosa se extingue infecunda en el espacio.....

La verdad y la armonía engendran siempre el orden; y como una y otra emanan de fuentes puras, se imponen de por sí á los individuos y á los pueblos. Por eso nos place en extremo cuando vemos á hombres como el señor Urdaneta, consagrados al culto de la armonía y de la verdad cristiana; porque sus vigiliias y sus tareas dedicadas al Bello ideal divino, serán ricas en resultados benéficos para la sociedad que abraza en su seno á almas tan bien inspiradas.

Libros como el del señor Urdaneta tienen además la prerogativa de mostrar á los jóvenes que sienten hervir en su pecho la inspiración de las Musas, horizontes infinitos, que dejan entrever al alma soñadora los grandes ideales del espíritu, el que no puede satisfacerse siempre con las bellezas gráficas de la naturaleza material. El realismo y el materialismo, por más que críticos modernos sin sanción y sin prestigio afirmen lo contrario, no pueden ser considerados como fuentes de poesía, por lo menos, de poesía inmortal. Darán cuando más, asuntos ó motivos para cuadros peregrinos, que se oscurecerán tan pronto como se extingan las luces de las orgías ó el fuego de alguna insana pasión. Mas la poesía inmortal, grande, magestuosa, guiadora de las almas y pasto del espíritu, esa poesía, digo, no puede hallarse en nuestro siglo sino en las fuentes que viven del ideal cristiano. En nuestra misma literatura local, no faltan muestras brillantes de esta poesía que sobrevive

á todo, reveladas por Bello, Baralt, Yepes, Pardo, Jugo Ramírez, Vázquez, Julio Calcaño y muchos más. . . . El señor Urdaneta, pues, que no se encuentra solo en el palenque, con su precioso libro de poesía cristiana, dedicado á la juventud, hallará voces de aplausos en el mismo templo de las Musas; y por lo que toca á los profanos, todo aquel que respire aliento inmortal por las grandiosas doctrinas del Cristianismo, por la pura moral del Evangelio, por las gratas inspiraciones del culto de Dios, por Jesucristo, por la Emperatriz de los Cielos, fuente de dulzura y de grandes afectos, ese leerá con placer y cariño una colección de piadosos arranques, que ponen al alma en mística relación con el Supremo Bien.

Puede ser que plumas malaventuradas, lancen sobre el poeta, que sigue las huellas del gran Manzoni, palabras de compasión ó hasta de desprecio, como acostumbra esos señores, que no pueden soportar la luz de la verdad; pero esto no debe mortificar al señor Urdaneta, ni poco ni mucho. El batallador cuando desciende á la arena, debe esperar los golpes del adversario: y en el presente caso, el adversario es el Mal, la Materia, la Duda, la Negación, el Ateísmo. . . . ¿Quién puede esperar de ellos ni benevolencia, ni respetuosa admiración, ni mucho menos, justicia?

Mas, puesto que el inspirado autor no busca ni apetece encomios de la impiedad, sino el beneplácito del Padre de los fieles, nuestro gran Pontífice León XIII y de los fieles mismos, lance su obra con confianza á disfrutar de la luz; que siempre tiende á lo inmortal lo que de lo infinito viene y de Dios nace.

Caracas, Marzo 13 de 1884.





POESIAS DE YARA.

I.

NO sé como pueda dar realce con mi pobre pluma á lo que es de por sí un precioso ramillete de flores inmortales, cosechadas por Yara, la poetisa de Cuba, en el jardín encantado de la Poesía tropical.

No obstante, puesto que se me pide mi inútil valer y mi toseo decir, no he de ser yo quien rehuse á semejante aventajada poetisa, ni el concurso de mi voluntad, ni la llama de mi entusiasmo.

Las poesías de Yara respiran la dulce facilidad de quien siente la inspiración, eada vez que una nota resuena armónica en el corazón del que, impelido por la dulce fatalidad del Parnaso, empuña su laud y suelta al viento su apasionada voz.

¡Yara es verdaderamente poetisa !.....

La impresión que deja en el alma la lectura de sus bellas composiciones, sería para los profanos en el arte sublime de Apolo, la prueba más valiosa de lo que afirmamos. No es ciertamente de las Academias, ni de los áridos bufetes de los eríticos de donde ha partido para la humanidad ese rayo de luz, ese haz de fuego, esa ondulación misteriosa, esa nota sublime que se llama Poesía: no! El sentido popular, el corazón, el alma expansiva, han sido más de una vez los que han confirmado grandes poetas y dado existencia á la más exquisita poesía. Suelen las muéhas y exajeradas reglas ahogar el espíritu del pensamiento, asi como las flores mejor perfumadas del corazón.

Por eso el que escribe, que no tiene de poeta sino el amor á lo bello; que sin ser extraño á las Musas, no participa de su rico néctar, sino por el entusiasmo hacia las grandes creaciones del genio inspirado; al leer y meditar las poesías de Yara, ha comprendido que llevan en sí esas lindas páginas el talismán de la inmortalidad.

No! esas páginas no perecerán, como no perece en el mundo una sola armonía, una sola idea, un solo rasgo de virtud.

Uno de los caracteres de estas Poesías, que tenemos el honor de presentar hoy al pueblo zuliano, es la variedad, no sólo de *tono*, sino lo que suele ser más difícil de alcanzar con éxito: la variedad de *género*.

Dad una ojeada escudriñadora al precioso libro que teneis en vuestras manos y hallareis que es Yara tan feliz en lo épico cantando á "Bolívar," como en lo didáctico alzando su inspirada voz en aras del "Trabajo." Vereis allí mismo que en la sátira es valiente y acertada, como es dulce y fluida cantando el Arroyo de su suelo natal. Es necesario haber nacido con la aureola del poeta para poder hacer lo que ha hecho Yara: dejar siempre en el alma del que lee sus versos, una chispa de entusiasmo, un germen de admiración.

II

QUOTRO carácter distintivo de estas páginas inspiradas es que, lo subjetivo anda casi siempre mezclado con cordura artística, con la parte real ó plástica. La poesía meramente subjetiva adolece del grave defecto, de que tiene que envolverse en las brumas de las pasiones personales, y de aquí resultan la oscuridad muchas veces, y las graves faltas contra el bello ideal moral, y no bastan á absolverla de esta grave falta, ni la riqueza de las imágenes, ni los arranques sublimes que suelen llegar hasta el delirio, ni el mostrar en su nítida desnudez á un corazón inflamado por la fascinación de un sentimiento. De este defecto adoleció Byron, y su imitador Espronceda.

Por el contrario, la poesía meramente real, objetiva, natural, descriptiva, adolece del defecto opuesto. Concre-

tándose simplemente á lo que tiene delante, emplea todas sus fuerzas y todos sus recursos en pintar la Naturaleza. Por bella que pueda parecer una galería de cuadros inimitables, al fin cansa la vista no menos que al espíritu; y el alma tiene derecho á preguntar llegado el cansancio:

¿Y el néctar de las Mnsas, donde está?

De este defecto adoleció Lamartine, y quizás su imitador Zorrilla.

A los primeros les sobra alma, á los segundos les falta individualidad psicológica. De aquí viene que tanto los filósofos como los poetas subjetivos, se ensoberbecen y se endiosan; mientras que los segundos se identifican de tal modo con la naturaleza que se hacen panteístas, y se ahogan en el gran Todo, como Goethe.

A Yara no se le puede hacer ni uno ni otro cargo. Ella ha sabido mantenerse tan distante de unos como de otros. Ha sabido guardar el justo medio entre los que delirán despiertos, y entre los que jamás sueñan, porque su dormir es parecido al letargo de la naturaleza.

Ella ha sabido elevarse á las regiones del éter, sin perder nunca de vista el planeta en que vive; así como ha podido hundirse en el piélago insondable del pensamiento, sin olvidar que lleva en su seno una conciencia cristiana.

¡Cuán bello y conmovedor no es ver á la poetisa luchando con las amarguras de la vida, con las injurias de la suerte, sin pisar esa tierra de los desesperados, que se llama en nuestro siglo: *scepticismo!* Siempre tranquila en su fe, serena siempre en las rejiones de las cavilaciones humanas, no se ensaña contra el destino á la manera de hombres y mujeres célebres, que al pulsar la lira ó esgrimir la pluma, se han creído relevadas del homenaje á los eternos principios que gobiernan el mundo moral. Bajo este punto de vista, Yara es para mí una poetisa de raro mérito, digna de ser imitada por más de un atolondrado escritor de nuestra época, que juzgan en su recalentado magín, y juzgan mal, no haber celebridad posible, si no se pisan las huellas del Antony de Dumas, ó del Don Juan de Byron.

Esto no pasa de un error vulgar; y además, error muy funesto á la vida práctica de la juventud, y al honor de las mismas letras.

Yara no ha tenido necesidad para escribir muy buenas poesías, de romper con ninguno de los vínculos sagrados, que lejos de enervar el corazón, lo ennoblecen por la virtud y lo aquilatan por las pruebas. Cuánto es digno de elevar el alma, de arrebatarse la fantasía, de embellecer el sentimiento, Yara lo ha cantado, y siempre muy bien.

Dios, la patria, la naturaleza en toda su hermosura tropical, el casto amor, la pureza del sentimiento, . . . todo ha merecido de Yara acentos de inspiración, y modulaciones de dulce poesía.

No encontraréis en ella ese lirismo exhuberante, que á las veces empalaga como la miel; pero en cambio, la poesía que brota de una alma melancólica, sobria, pura, sencilla é inspirada, brota á raudales del armonioso laud de la poetisa cubana.

Y luego paremos mientes en una rara cualidad que adorna el talento, no sólo poético, sino filosófico de esta poetisa. Sus poesías ligeras, festivas, anacreónticas, respiran casi siempre el aliento suave, embalsamado, tímido, algunas veces de una mujer que cauta. Pero cuando esta mujer inspirada se olvida de que es mujer, volvia la su espalda á los pajarillos de la floresta, á las flores del prado, al arroyuelo de la campiña, á los celajes del cielo vespertino ó matinal, y cerrando sus ojos á la naturaleza embriagadora que la cerca en su suelo natal, sólo fija su atención en la sociedad en que vive; entonces, convertida en varonil figura, brotan de su estro sátiras sublimes, como las que llevan por título "A Elisa" y "El fátuo afrancesado."

III.

APUNTEMOS, aunque muy someramente, algunas de las bellezas de este precioso libro, que por fortuna del Zulia se edita en una de sus imprentas, y que para honra del que escribe, ha sido elegido para presentarlo á nuestro ilustrado público.

En la composición que lleva por título "En el bosque," se respira indudablemente la exhuberancia vital de los bosques de Cuba. La poetisa tenía presente cuando cantaba el "Bosque," á Fr. Luis de Leon cantando la dulzura de la vida campestre.

“Aquí á la fresca sombra
De este mamei frondoso,
Reclinada en la alfombra
Del verde romerillo delicioso,
Dejadme por piedad, tomar reposo.” &

.....
“Aquí, sola y molesta,
La lira colgaré de mi junco verde,
Y espaciando mi vista, que se pierde
En la vasta extensión de la llanura,
Y oyendo la corriente que murmura,
Alzaré mi canción tierna y sencilla
Al són de la suavísima flautilla.”

.....
“Veuga una pobre mesa
Por mis débiles manos construida,
También por mí servida
Con las frutas del campo sazonadas,
Delicioso mamei, piñas doradas,
Y otras mil que me brinden á porfía
Pulpa suave y riquísima ambrosía.”

.....
“Dejad que divertida,
Formando de las flores
Guiraldas caprichosas,
Vaya estampando con placer mis huellas
Sobre alfombras de yerbas olorosas
Y hablándole de Dios á las estrellas.”

La composición termina así:

“Oid, atentos, lo que humilde os pido:
—Cavad en estos sitios una fosa,
Y entre aromas y luces y verdura
Halle yo mi soñada sepultura.”

Toda esta composición es bella y muy bella, sin que en nada la amengüen lijeros defectos de expresión y de rima, pues, quedan envueltos en tanta poesía tropical, capaz de hacer olvidar defectos aún mayores.

En “Una tórtola” encontramos quintillas tan acabadas que extasiaban el oído.

“Vuela, tórtola querida,
Y perdona si un momento

Turbé con mano atrevida,
 La libertad de tu vida
 Y de tu sér el contento.”
 “Ayer en la selva umbría
 Con arrullo delicioso
 Alzabas, tórtola mía,
 Himnos de amor á tu esposo,
 Himnos de placer al día.”

El “Trabajo” constituye un canto de primer orden: robustez de pensamiento, virilidad de expresión, propiedad en el concepto; forma y fondo, se encuentran en ese bello trozo de poesía didáctico-moral. Su terminación es digna de ser recordada:

“Feliz yo, si escuchara conmovida,
 Ardiendo en fé y en regocijo santo,
 A una madre, leyendo complacida,
 Al hijo amado mi sencillo canto:
 Feliz yo, si á mi patria, agradecida,
 En aires del progreso sacrosanto,
 Cantar oyera en inmortal victoria:
 ¡Gloria al progreso, y al Trabajo gloria!

El premio que este poema obtuvo en los “Juegos Florales” del Liceo artístico de Matanzas, en 1865, no fué inmerecido.

Ah! Si hallara eco entre nosotros la inspirada voz de la poetisa cubana! Si las madres leyendo ese poema del “Trabajo” á sus hijos, lograsen formar generaciones amantes de Flora y Ceres, desviando los ánimos de las banderas de Marte; cruel deidad que devasta nuestros campos, en vez de hacerlos florecer y producir! . . .

La composición á “Mi Madre” respira uncién y amor y termina con esta bella estrofa:

“Consolemos tanto duelo,
 Templemos tantos dolores,
 Vida pidiéndole al Cielo
 Yo, para ser tu consuelo,
 Tú, para ser mis amores.”

¿Queréis leer un trozo de poesía lijera como las sílfides, y vaporosa como la espuma? Allí teneis las “Horas de Abril.”

“¡ Qué hermosas, qué bellas,
Que llenas de eneanto
Diseurren las horas
Del plácido Abril! ”

Yo no acabaría, si quisiera trascribir todo lo que debiera. Y siendo imposible esa tarea tengo que terminar muy á pesar mio. Y al hacerlo, concluiré dando el parabién á Yara por haber arrancado á su laud tantas armonías, y felicito á Maracaibo por haberle cabido en suerte ver salir á luz bajo su cielo un ramillete tan galano y tan rico de aromas, compuesto de flores inmortales, cosechadas todas en los amenos vergeles de los trópicos, regadas, empero, con el celestial rocío del talento y del genio,





Pedro José Hernández.

I.

VINO al mundo este hombre importantísimo de la literatura zuliana, bajo los auspicios más tristes y desconsoladores, capaces por sí solos de envenenar la existencia del corazón más levantado y del alma más noble y bien dispuesta. Hijo legítimo de Pedro Hernández y Asisela Moreno, cuando vio la primera luz en la ciudad de Maracaibo y recibió la primera caricia maternal, que fué el 30 de Agosto de 1821, su padre no existía ya! . . . El feroz Morales lo había sacrificado en la villa de Altagracia, por *patriota*, aunque era de índole pacífica y no dado á elucubraciones políticas. El hijo póstumo recibió, pues, de su madre todos los cuidados que pudo proporcionarle un corazón abundoso en cariño y en ternura; pero al crecer el niño, bien se echaron de menos los recursos monetarios, tan indispensables siempre, y más en aquellos tiempos, cuando se quiere cultivar debidamente la inteligencia de los que desean instruirse. El niño manifestó muy buenas dotes de ingenio; pero no existían entonces centros de fácil acceso para los pobres, y así hubo de conformarse con los primeros rudimentos, y con algunas lecciones de latín, que un tío suyo, el Pro. Moreno, pudo darle en su misma casa. No hubo, pues, tal *brillante educación*, de que hablan algunos biógrafos del señor Pedro José Hernández; que si tal hubiera sucedido, es incalculable á qué altura hubiera rayado este zuliano, con cuya amistad y trato ameno é instructivo fuí favorecido desde muy joven, cuando pisaba yo los umbrales de nuestras aulas.

II.

LA diosa Fortuna ha sido siempre ciega y leveidosa; y al hablarse de Pedro José Hernández, niño, se palpa la triste verdad, que el género humano significó desde los tiempos primitivos por medio de un *mito*, que aún sigue siendo verdadero á pesar de siglos y de cambios radicales en la humanidad. Con grandes disposiciones para el estudio, para las letras humanas, para el derecho y la política, tuvo no obstante el biznieto de Don Diego de Arria, el niño Pedro José Hernández, que resignarse á renunciar á las nobles y elevadas aspiraciones de su peregrino ingenio. . . . Tenia poco más de diez años; y sintiendo aliento de porvenir y ambición noble de ser algo, alzó el vuelo hacia otras tierras en donde podian abrirse horizontes á aquel corazón y á aquella cabeza, en los que hervían sentimientos y bullían ideas, prematuros tal vez para su edad. Fué con este motivo á la ciudad de Coro; y allí encontró un Mecenaz en el caballero Don Manuel Hidalgo, por quien Hernández tuvo siempre deferencia singular y profundo afecto. En el bufete y trato íntimo con este señor, adquirió Hernández, no sólo conocimientos generales de oficinista, sino que su ingenio y natural talento se cultivaron paulatinamente, hasta comprender los que le rodeaban, que Hernández era un joven de superiores condiciones intelectuales.

A los veinte años, resolvió el joven Hernández rendir culto á Himeneo; y con tal motivo volvió á la Patria y se desposó con la señorita Petra Arria, su prima, biznietita también de Don Diego de Arria.

Regresó á Coro la feliz pareja; de la que numerosa prole vino al mundo, siendo uno de los últimos renuevos el joven Octavio Hernández, poeta de grandes esperanzas para su patria.

III.

NO sé qué motivara el disgusto de Hernández por su patria adoptiva; pero es lo cierto que en 1850, tras una ausencia de unos quince años ó más, encendióse en su mente la llama amorosa de la tierra natal, y vino con su familia á plantar su tienda á orillas del

Lago, cabe la sombra del palmar nativo. ¡Bienvenido sea el hijo de Mara, hombre de talento y dotado de grandes facultades!.....

Decir que llegar y tomar un puesto de honor entre los entendidos y hombres de valer, todo fué uno, es decir la verdad sencilla y sin ambages: Hernández era pobre; pero Hernández tenía el pasaporte, que da cabida en donde quiera entre la gente bien educada: era culto en sus maneras, fino y talentoso en el decir, y dotado por la naturaleza de una figura simpática y agradable.

IV.

PERO es necesario concretarse y principiar á definir la personalidad de Pedro José Hernández bajo el punto de vista de las letras, y sobre todo de las letras patrias.

Precedióle á Hernández la fama de talentoso y de valiente escritor, y sobre todo de escritor epigramático. Oportunidades tuvo para escribir en lides eleccionarias del 50 al 53, escritos fugaces y panfletos, que, aunque anónimos casi siempre, constituían armas poderosas para el *partido á que estaba afiliado*, y hierros candentes para el partido opuesto. Porque Hernández como hombre de lucha, era terrible; pues procedía con convicciones profundas, teniendo además á su disposición una palabra fácil, un pensamiento agudo, una lógica invulnerable, un acento sarcástico que hería de muerte al enemigo. En circunstancias dadas hubiérase podido batir con Lanjuinais ó con Cobbet. ¡Y todo esto en medio del carácter más festivo y más accesible! Pero la sátira, el sarcasmo y el epigrama, puede decirse que le eran familiares, como que formaban el fondo de su temperamento. No es decir esto que siempre y á todas horas blandiese armas de ese género, que no pocas veces amargan la existencia del escritor; pues sus numerosas obras en prosa y verso demuestran lo contrario. Pero aún en la misma conversación íntima con sus amigos, en medio de las consideraciones más sencillas, tenía cabida una feliz ocurrencia de Don Pedro José Hernández.

El tenía una imprenta, la de "El Mara;" llegó un individuo dado á la práctica del arte de curar, con el objeto de hacer un rótulo para un *jarabe portentoso que había*

inventado: se necesitaba, pues, de un símbolo que diese crédito y prestigio á la prodigiosa droga. Hernández, como iluminado por una luz superior, le dice muy serio: espérese un momento; aquí tenemos una viñeta admirable para el caso.; La viñeta contenía un sauce inclinado sobre una tumba! Años atrás, cuando en política se creía en algo serio y formal hubo una lucha eleccionaria, entre el partido A. y el partido B. Recuerdo que uno de los dos lanzó una *plancha* para votar el *pueblo soberano*, que principiaba así: “Vade mecum—Federación—Para Senadores N. N. N. Para Representantes N. N. N.” Hernández, que era corifeo del partido opuesto, toma la plancha, la lee, y expide á la imprenta una parodia:

“Van de muestra!—Federación;” y en seguida los mismos inscritos en la plancha, que eran por otra parte personas muy apreciables, y que no pudieron menos que reír de la fina y picante ocurrencia. Como estas, pudieran citarse muchas, por demás sabidas en donde quiera que Hernández vivió algún tiempo.

V.

PEDRO José Hernández, con estas dotes, ocupó por necesidad, quiero decir, por la fuerza misma de su ingenio un lugar conspicuo entre los hombres de letras en Maracaibo y también en Cúcuta, en donde vivió diez años, en dos veces; del 65 al 69, y del 70 al 75.

Hernández figuró en Maracaibo en la política militante, de una manera sobresaliente; pero no tocaremos nosotros esa faz de su vida, sino en tanto que se relacione con su existencia literaria. No porque ereamos que sacaríamos en limpio páginas desdorasas para él ni para el país; sino porque agenos nosotros á ese *maremagnum*, por más de una buena razón, no somos llamados á juzgar á quien, inflamado de patriotismo, creyó lícita alguna vez, hasta la conjuración, para derribar hombres y gobiernos que él y el país tenían por tiránicos. Tiempos llegarán, y también jueces competentes, que hagan la justicia de tanto esfuerzo bien intencionado y de tanta batalla heroica contra males irremediabiles. Y mientras llegan esos hombres y esos tiempos, rëcojamos nosotros con relijioso respeto las páginas gloriosas y los acentos melódicos de los que fueron llamados á la

inmortalidad, para que la patria los grave en la memoria y en su corazón; y para que las generaciones futuras puedan formar la genealogía de los semidioses lares, que son los hombres de verdadero talento y de un mérito á prueba del tiempo y de las pasiones mezquinas de los contemporáneos. Bajo este punto de vista, la ciudad de Mara puede preciarse de rica y afortunada; pues ella, que amamantó á Baralt, para que fuese luego á esparcir luz y armonías inmortales, hasta recoger en la patria de Cervantes, de Herrera y Garcilaso laureles inmarcesibles, es la misma que dió á Yepes alas purísimas, para que á manera de genio se elevase al monte santo de la Poesía; palabra de fuego á Rincón, para que obtuviese en la cátedra sagrada una gloria, que durará con los recuerdos de cuantos gozaron de la unción de aquel acento inspirado; á Hernández, estro fecundo y palabra inagotable y sonora, para que *deleitase y corrigiese á la vez* como lo deseaba Horacio.

VI.

PERO seria un error el pretender hacer de los trabajos de Hernández un análisis científico, tratando de someter su talento á las reglas y principios invariables del arte y de la ciencia. En Hernández no debe buscarse sino al hombre de talento, que destituido de estudios áulicos y regulares, llegó no obstante á sentar plaza merecida entre los escritores, políticos y abogados zulianos.

El paleoque preferido de Hernández fué el periodismo. No cabe duda ni discusión sobre lo que se le moteja á esta arma del siglo, que suele abusarse de ella como se abusa de todo. El periódico es un elemento de vida, desconocido por nuestros antepasados; pero el hombre de hoy no puede vivir sin el periódico. La democracia moderna, halla en la prensa periódica un eco de sus aspiraciones y una palanca para sus necesidades y deseos. De aquí viene, que el periodista sea un hombre con especiales condiciones para ponerse al servicio de una causa que busca el triunfo, ó por lo menos, que aspira al derecho de vivir. Ningún pensamiento político pretenderá hacer prosélitos, sin pensar ántes en un vocero que lo acredite,

en un atalaya que lo anuncie: este vocero es el periódico.

Todos los cargos requieren aptitudes cónsonas, en el curso ordinario de la vida: el de periodista no se queda rezagado en este sentido. Pero debe notarse que el periodista moderno es de dos clases; por cálculo, por oficio obligado para ganarse la subsistencia, ó periodista por afición, por obedecer al llamamiento que tal vez le imponen sus ideas ó sus principios. En países eminentemente libres, como en los Estados Unidos del Norte, el ser periodista sólo requiere voluntad firme, dicción fácil y oportuna, capital para sostener la empresa; lo demás lo hacen las circunstancias.

Mas en los países en donde la libertad de imprenta no ha llegado á ser una de las costumbres necesarias á la vida política y civil de los pueblos, el periodista *de oficio* y el *periodista misionero*, necesitan de condiciones especiales para vivir, el uno en su puesto, el otro en su apostolado.

Hernández ocupó en diferentes ocasiones la tribúna periodística en Maracaibo y en San José de Cúcuta. Unas veces como editor y otras como colaborador.

Los periódicos que él realmente redactó en Maracaibo fueron: "El Mara," "El Mendigo hablador," del 54 al 58; "El Vigía de Occidente" en 1859 al 60 y principios de 61, "El Occidental" en 1870. Fué colaborador de "El Eco de la juventud," de "La Mañana," de "El Regenerador del Zulia," de "El Rayo Azul," y de otros periódicos de Maracaibo y de San José de Cúcuta.

Hernández era *conservador* en su época, es decir, hombre de lucha, cuyo ideal político no era el que imperaba en Venezuela del 50 al 58. Creía vinculada la felicidad de la patria en ciertos principios que en su concepto habían llevado al país á cierta grandeza en épocas pasadas. Amaba la política séria, circunspecta, progresista sin desbarajuste y fuerte sin violencia. Toda sospecha de tiranía lo impacientaba; y todo despotismo aguzaba su mordacidad y el numen de la sátira y del epigrama.

Así que, en "El Mara" y en "El Mendigo hablador," trató siempre de hacerle la guerra sin descanso al régimen gubernamental, no sin tratar de evadir con su ingenio y su agudeza la responsabilidad que pudiera resultar en su contra, en virtud de la ley de imprenta vigente entónces.

"El Mara" acreditó á Hernández de escritor entendido, sesudo y hábil; miéntras que en el "Mendigo" conquis-

tó Hernández la fama merecida de escritor festivo y epigramático, y de valiente opositor, sin que la autoridad imperante pudiese nunca llamarlo á juicio, no obstante de que todo el mundo reía y gozaba á expensas de los que representaban la cosa pública.

La aparición del primer número del “Mendigo hablador,” fué un verdadero acontecimiento en Maracaibo: 27 de Setiembre de 1854.

No entra en nuestro propósito hacer recriminaciones de ningún género; pero bueno es recordar que para esa época, las libertades políticas parece que andaban escasas. La prensa tenía que ser muy comedida, so pena de incurrir en los efectos de la ley poco liberal de un gobierno liberal. Aparece el “Mendigo hablador, y en su *Prospecto* dice entre otras cosas: “Y cuando digo que debe estar derogado, no se me venga algún retrógrado partidario de antiguallas con la bachillería de que la ley que reforma, según el artículo 99 de la Constitución, pues ni aquí se trata de leyes, ni entre nosotros hay Constitución, digo, entre nosotros “los habladores,” ni aunque la hubiera, habrían de llevarse á puro rigor las cosas. No, Señores, las cosas se derogan porque conviene, y conviene porque deben derogarse y ¡chitón!”

Relámpagos de esta clase, no podían sino agradar y mucho á un pueblo, que era desafecto al Gobierno, y dado además á lo picante y agudo, como descendiente que es de andaluces.

Después del Prospecto traía algunos sueltos, entre ellos uno que dice: “Orden público. Terminó la revolución (La de Barquisimeto) y la República se ha salvado por la gracia del Omnipotente; pues “es cosa admitida, dice Zenón, que el Omnipotente desde lo alto de las esferas estrelladas, se complace en mezclarse en nuestras revoluciones y contra-revoluciones terrestres y esparcir sus bendiciones en todos los gobiernos, con tal que triunfen.” Ya podrán los empleados y los ciudadanos contraerse á los quehaceres, habrá negocios y continuarán los trabajos.”

Cómo se ve, esto en aquellas circunstancias era y debía parecer de lo mejor. Hay en todo eso un sarcasmo que debía helar la sangre de los aludidos. Y luego en las “Zarandajas” descendiendo á cuestiones locales, decía con gracia y donaire:

“Mire, amigo, deje el muelle,
 que el muelle se ha de acabar ;
 “no hay mal que dure cien años,”
 quien viviere lo verá.
 La torre de Santa Bárbara
 tiene más años atras,
 y, á Dios gracias, se repica
 con toda solemnidad.
 Tambien se empezó más antes
 la casa consistorial,
 y el faro que está en Zapara,
 y en la Guaira el Tajamar ;
 y siglo más siglo menos,
 todo á su fin llegará
 que aunque los tiempos se pasan,
 los días vienen y van....”

Como era natural, todo el mundo hacía conjeturas sobre el autor del recién nacido periódico. La curiosidad aumentaba cada día, puesto que los aludidos iban sucesivamente descargándose de la peligrosa inculpación. No faltaron algunos que creyeron ver en el Mendigo la misma pluma del Mara; por lo cual el Mara tuvo á bien declinar con maneras artes la responsabilidad. El Mendigo en su 3er. número salió con la siguiente,

“Certificaci6n.”

“Visto lo que El Mara alega
 En su manifestaci6n
 Sobre que la redacci6n
 De El Mendigo se le pega ;
 Y que á tanto alguno llega
 Que se lo dice en la cara ;
 Certifico en forma y digo :
 Ni “El Mara” escribe “El Mendigo,”
 Ni El Mendigo escribe El Mara.”

VII.

MUY largos habríamos de ser, si quisiéramos transmitir á nuestros lectores todas las agudezas que encierra “El Mendigo hablador,” advirtiéndole que en dicho periódico colaboraba el Sr. Valerio

P. Toledo, bajo el pseudónimo de "El otro," á quien no le faltaron buenas ocurrencias.

Como es de imaginarse, súpose luégo el verdadero autor de "El Mendigo," achacado al Sr. Rafael Benítez, al Dr. Juan P. Esteva, al Gral. Santana, al Sr. Pedro Canga y á algún otro que no recuerdo. Todo el mundo adjudicó á Hernández el lauro de la empresa; pero también se concitaron contra él las enemistades y disgustos consiguientes. Hernández en su estilo jocoso imitó con frecuencia á Larra y también á Fray Gerundio; sin que dejemos de reconocer que sobre todo en la poesía jocosa, epigramática, Hernández es original casi siempre, sin que hubiera dejado de recordar una que otra vez al poeta Arvelo. Entre muchas composiciones citarémos una, la que puede considerarse como impersonal y abstracta por la generación presente, y por lo tanto inofensivo:

"LA FERIA."

Letrilla.

"Si algún diputado
lee lo que está aquí,
allá se las haya;
¡ qué se me da á mí!

Si en noviembre saca
cada cual su brollo
y este lleva un *bollo*
y aquel una *hallaca*:
si don Toma y Daca
legisla por sí;
allá se las haya
¡ qué se me da á mí!

Si aquel Don Coroto
lleva el privilegio,
que desde el Colegio
ganó por su voto;
si un siglo es el coto,
pues quiérele así;
allá se las haya
¡ qué se me da á mí!

Si crearen destinos
haciendo sus cuentas,

para dar las rentas
 á los más ladinos ;
 de los *golondrinos*
 al más baladí,
 allá se las haya
 ¡ qué se me da á mí !

Si en postes de vera
 machucan quesitos,
 y en flautas y pitos
 y en pábilo y cera,
 la provincia entera
 larga el quilo allí ;
 allá se las haya
 ¡ qué se me da á mí !

Si porque esto digo
 que me importa nada,
 la lengua cortada
 del pobre mendigo
 quiere algún amigo
 firmado A. I.;
 córtenla si quieren
 ¡ qué se me da á mí !

Bastarían El Mara y El Mendigo, para acreditar á Hernández de periodista zuliano talentoso y patriota, por añadidura ; lo que no deja de ser una alianza más rara de lo que parece. Por lo cual se realza á nuestros ojos el nombre de Hernández, pues con su pluma fácil, chistosa, y no pocas veces profunda, habría podido conquistarse una situación muy productiva, si hubiera prescindido de sus convicciones políticas. Miétras que, fiel á su ideal, prefería ganar la subsistencia de una numerosa familia, luchando con todas las dificultades de una oposición política, sin tener otro capital que el trabajo cotidiano.

¡Bien hayan estos hijos de la abnegación y del heroísmo! . . .

Con la revolución del 58 cambió la situación de Hernández. Este había llegado en Matacaibo al *maximun* de su prestigio. Fué por tanto uno de los miembros del Gobierno provisorio, junto con los señores José Aniceto Serrano, doctor Antonio J. Urquinaona, Pro. José O. González, doctor Juan E. Gando, Coronel Pedro Bracho, y un sétimo que no recuerdo en este instante.

A poco andar, se constituyó el Gobierno de la provincia, presidido por el señor Serrano como Gobernador. No sé lo que pasó; pero es lo cierto que Hernández no halló su ideal en aquel gobierno, y en las elecciones le hizo la oposición, presidiendo el partido llamado entónces de la Juventud. Allí mismo se alzó en el país el partido llamado Federal; y Hernández, viendo los peligros de la división en Maracaibo, tuvo por conveniente hacer las paces con el partido gobiernista del señor Serrano; y esto dió motivo para que muchos tildaran su conducta política. A todas luces, Hernández procedió como patriota, consecuente con sus convicciones. Él había contribuido á derribar el partido llamado liberal en 1858; y al ver que ese partido, bajo la denominación de Federal, amenazaba surgir y enseñorearse de los destinos del país, creyó prudente no debilitar la opinión en Maracaibo, uniendo sus esfuerzos á los del Gobierno local, de quien estaba separado acaso por accidentes, pero no por un programa de gobierno.

Fué entónces cuando redactó "El Vigía de Occidente," en el cual elaboraban algunos oposicionistas al Gobierno del Sr. Serrano, como el inolvidable Br. Apálicio Sánchez, el simpático Dr. G. F. Méndez, y otros. En ese papel, desplegó Hernández mucha energía de lenguaje, contra los que él llamaba "enemigos de la Patria." Él no fué dictatorial; por lo que en tiempo de la Dictadura era sospechoso al Gobierno de Maracaibo, y Hernández no estaba tranquilo. En tales circunstancias le llega una carta amistosa del Sustituto, Señor Pedro José Rójas, y juntamente el nombramiento de Gobernador del Táchira. Hémos aquí que Hernández vacila, duda, toma consejo de amigos leales y prudentes; y al fin, deseando poner su contingente en contra del elemento federal, que estaba predominando, abandona el hogar, se olvida de fracciones de partido, y se encamina al Táchira á servir á la Patria, con las intenciones más sanas. Allí gobernó cerca de un año; y recojió en galardón el aprecio y la estimación de amigos y enemigos. Todos sus actos corren insertos en un periódico oficial, que fundó ad-hoc. Esa colección honra al escritor y al mandatario.

VIII.

BASTA de Hernández como periodista: hablemos de él *como escritor de costumbres y como poeta.*

Desde luego en El Mendigo y en El Mara había tenido oportunidad de exhibir sus dotes como escritor de costumbres; y todos aplaudimos entonces cualquiera producción de Hernández en este sentido; con la circunstancia de que muchas veces, sin necesidad de que la producción tuviese la firma, se conocía cuando era Hernández el autor. El chiste y la gracia de Hernández eran proverbiales, y de un género conocido para Maracaibo. Los que hayan leído, por ejemplo, la composición titulada "No vá mi artículo," publicada en un periódico de Cúcuta, y que ha reproducido "El Zulia Literario" cómo una muestra del ingenio de Hernández, comprenderán la importancia de éste como escritor de costumbres. Y viniendo á hablar del poeta, menester es decir que fué Hernández uno de los que nos fascinaron en la juventud, del 50 al 58. Entónces era Yépes, y con justicia, quien se llevaba la supremacía de poeta en Maracaibo. Aquel estro del poeta marino á todas horas hacía de Yépes el bardo inspirado de la Laguna. Pero nadie le negaba á Hernández el talento y el poder de hacer buenos versos; y si no siempre, en varias circunstancias los produjo buenos, aplaudidos por la opinión. Sirva de ejemplo la composición "A la memoria de la Señorita Encarnación Angulo."

.....
 Como la flor, que en el pensil mecida
 por el aura apacible acariciada,
 suave aroma despide y fresca vida
 ostenta regalada; y súbito segada
 por inesperta mano desprendida,
 al golpe ruda de la hoz cortante,
 tal fué su vida en el postrer instante.

Venidla á ver, hermosas compañeras,
 de su florida juventud lozana,
 que lágrimas sinceras
 por su muerte vertéis. La Parca insana
 no ha turbado su cándida sonrisa:
 en sueño dulce y blando

parece que su mente se desliza,
 en plácidas visiones y risueña,
 leda se goza en la ilusión que sueña.
 Admiradla después en raudo vuelo
 la sien orlada de brillante aureola,
 cruzando el Éter remontarse al Cielo
 do en magnífico alcázar el Eterno,
 cual solícito esposo recibíola
 y en su regazo tierno
 el don le ofrece de su amor divino ;
 y en los celestes coros su ventura
 oye cantar con plácida dulzura,
 que así la Providencia
 ensalza su virtud y su inocencia.

El llanto suspended : cese ya el duelo ;
 no la lloreis, que su letal caída,
 del tedio mundanal dulce consuelo
 la ofrece en nueva vida.

La muerte sólo espanta
 al que impío, de Dios la ley quebranta ;
 mas de la virgen casta, cuyo seno
 sólo el candor y la virtud encierra,
 de su inflexible alfauge el golpe rudo
 el ánimo no aterra,
 que mensajero del feliz destino,
 de eterna beatitud le abre el camino.

Allí cual pura fulgurante estrella,
 con luz perenne inestinguible brilla
 esa por quien llorais casta doncella,
 que vísteis sin mancha.

Envidiad su destino venturoso,
 imitad su virtud sublime y pura
 y vuestro labio en cántico armonioso,
 en himno de alabanza,
 celebre el triunfo que en la gloria alcanza.

Maracaibo, Diciembre 10 de 1853.

Cualesquiera que pudieran ser los defectos de estas estrofas, indudablemente que son una buena muestra de la inspiración del poeta. Este trozo de poesía gustó mucho y dió reputación á Hernández como poeta tierno, sentimental y clásico.

“ Como la flor que en el pensil mecida
 Por el aura apacible acariciada....”

Este símil gustó mucho, y efectivamente es bello y delicado. Encarnación, recuerdo yo, era una criatura simpática: de unos veinte abriles, esbelta, flexible como la palma, de fisonomía entre alegre y angelical, con ojos de ébano, tez de canela, y de mirada abrasadora. Para colmo de desdichas, el dios Himeneo preparaba para la niña todas sus galas y todos sus encantos. . . . Y para anen-
tar el interés, Encarnación perfumaba con su puro aliento el hogar de un hombre inolvidable en Maracaibo por su genial bondad, tío de la niña, y Vicario muy amado de la ciudad de Mara. El respetable anciano, y las hermanas todas se deleitaban en la belleza y bondad de la simpática Encarnación, y de repente un mal irremediable que se fijó en aquella cabeza apolínea, sume á su familia y á Maracaibo en llanto y duelo, cerrando para siempre aquellos párpados, que parecían proteger dos soles inmortales. Como era de esperarse, los bardos de aquel tiempo, entre otros, Yépes y Hernández, colocaron sobre la tumba de la inmortal niña la flor exquisita de su sentimiento, condensados en versos tan sentidos como los que hemos visto.

La segunda estrofa principia de una manera tan sencilla que encanta, y nos trasporta, más bien que á un cementerio, á una selva de flores y de tomillos:

“Venidla á ver, hermosas compañeras,
de su florida juventud lozana”.
. La Parea iusana
no ha turbado su cándida sonrisa:
en sueño dulce y blando
parece que la mente se desliza . . .
en plácidas visiones y risueñas
leda se goza en la ilusión que sueña.”

En la última estrofa del canto elegíaco dice:

“Allí cual pura fulgurante estrella
con luz perenne inestinguible brilla
esu por quien lloráis casta doncella”

¡Qué verso el tercero, tan bello, con esa trasposición que nos recuerda á Garcilaso y á Fray Luis de León!

En la cuarta estrofa hay un notable pensamiento que trascibo:

“La muerte sólo espanta
al que impío, de Dios la ley quebranta”...

Lástima que tengamos á poco un *alfange inflexible*, en vez de segnr ó guadaña; pues nadie ignora que el alfange es solo atributo de cosas ó personas mahometanas.

Nos sería imposible ocuparnos de todas las producciones líricas del malogrado Hernández, que no bajarán de una centena, incluyendo algunos buenos sonetos. Por lo que hemos visto, puede el lector persuadirse de que era Hernández no solo periodista aventajado y escritor de costumbres; sino tambien aventajado poeta, cuyas obras debieran haberse coleccionado para honra de las letras zulianas. Y no silenciaré que Hernández no sólo hacía buenos versos, sino que algunas veces fué feliz improvisador.

IX.

PERO Hernández fué, además de poeta lírico y poeta satírico, escritor dramático, y fabulista notable. Corren en varios periódicos muchas fábulas, que prueban una vez más el variado ingenio de Hernández.

Las composiciones dramáticas fueron unas tres en verso y prosa; representadas unas, y ninguna publicada. En todas predominaba el chiste y la agudeza. ¡Ojalá pudieran recojerse y publicarse!

“Una nariz,” representada en Cúcuta en 1866, publicada en “La Revista literaria;” “Dos despachos por su grado,” prosa inédita; “Los maridos de allende,” representada en Maracaibo, del 56 al 60: inédita. El último trabajo de este género lo compuso Hernández según sabemos unos días ántes de la catástrofe de Cúcuta, y se perdió.

Como se vé, Hernández era muy laborioso; pues un hombre sin más recursos que su trabajo profesional para subvenir á las necesidades de su larga familia, consagraba los ratos perdidos y las horas primeras de la noche á trabajos literarios, que han salvado su nombre del olvido,

colocándolo entre los hombres de talento del espiritual pueblo de Mara.

Pero Hernández tenía lugar para todo; así que, feundo como era, consagró también su imaginación al romance escribiendo á “Duitama” ó “El testamento de un Salvaje:” produccion muy bella, con los adornos naturales de la vida indígena.

Y como si no bastara lo hecho á la actividad de nuestro amigo, se ejercitaba en traducciones del italiano y del francés; idiomas que diremos de paso, adquirió por sí mismo, en estudios privados, como adquirió todo lo que sabía, inclusive la ciencia del Derecho.

X.

NADA hemos dicho de Hernández como orador; y menester es consignar, que un hombre de tantas aptitudes, las tenía también para la oratoria. En el Foro, en algunos cuerpos colegiados de que fué miembro, dió muestras de facilidad para improvisar sobre las cuestiones políticas, humanitarias ó de otro género. Si Hernández hubiera vivido en época ménos tempestuosa, en un país en que le estuviesen acordados al talento su preeminencia y sus garantías, habría brillado con luz tan intensa, que su nombre sería célebre no sólo en Maracaibo y Cúcuta, sino más allá: porque en Hernández había gran talento y pasión política; y ámbos son siempre sospechosos á los gobiernos tiránicos; y Hernández, cuyo progenitor fué sacrificado miserablemente en Altagracia por el nunca bien aborrecido Moráles, vino al mundo con la fatídica estrella de encontrar en su camino político adversarios terribles. Por eso alguna vez su pasión política lo puso al borde de un abismo, próximo á ser sacrificado con motivo de una conjuración.

XI.

FUÉ en esa época cuando después de larga amistad con el Dr. Antonio José Urquinaona, con-
trajo enemistad lamentable que le hizo lazar en folletos políticos, terribles anatemas contra el Ministro de un Gobierno que Hernández aborrecía. Y por eso

subió de punto su sublime cólera contra una situación política, que puso á Hernández, y á muchos, en el camino de los conjurados italianos de la Edad media.

Urquinaona era un excelente hombre, de corazón benévolo, y muy dado á la práctica de la filantropía. Entre el Dr. Urquinaona y Pedro José Hernández había un nexo que los ligaba muy estrechamente, y los ligó aún después de haber fallecido prematuramente para su patria y la humanidad.

Ambos pertenecieron á la sociedad masonica de Maracaibo. En una de las sesiones de esta sociedad, Pedro José Hernández propuso la fundación de una "Casa de Beneficencia." Urquinaona acarició la idea, y andando el tiempo, con la ayuda eficaz del Gobierno del Sr. José A. Serrano, se fundó dicha Casa, Teniéndose como Fundador al Sr. Dr. Antonio José Urquinaona.

De modo que, además de la amistad que los unía por varios títulos, se añadía ese otro muy poderoso, de haberse constituido el Dr. Urquinaona en hábil y laborioso realizador de la idea humanitaria de Hernández. Nótese de paso que Hernández era hombre de talento en todo. Hizose masón por esta ó aquella causa, lo ignoro; pero entrado en la Lógia comprendió que era necesario hacer algo en provecho de los prójimos; pues el vivir de símbolos muertos y de ceremonias desautorizadas no son cosas que se avienen bien con la actividad de corazones levantados; mucho y más, *coronas de reyes* que destruir cuando no tenemos por estos mundos; y en cuanto á utilizar la Lógia para hacerle la guerra á la Iglesia de Jesucristo, olvidarlo por ahora es lo mejor, pues nuestros pueblos prefieren sus creencias y sus costumbres piadosas, á todas las descaradas enseñanzas, que nacen de una filosofía descreída y de las sectas disolventes. Así es que Hernández, que era creyente, católico, trató de que la Lógia sirviera para algo, fundando una Casa de Beneficencia, que aún subsiste para honra de sus fundadores y para adorno de Maracaibo.

Pero la política dividió lo que había unido la filantropía. El Dr. Urquinaona, hombre bien intencionado, y administrador tan pulero como entendido, creyó de su deber formar parte del gobierno que surgió en Maracaibo de la Federación. Hernández le hizo la guerra á ese Gobierno,

y naturalmente, en esta guerra de pluma y de palabra, el Dr. Urquinaona, el antiguo amigo y correligionario, queda envuelto en la olímpica maldición de Hernández contra una situación política, que él denunció al país y á la historia, como una de las tiranías más aborrecibles. Para colmo de males, el arma del ridículo, que Hernández esgrimía con habilidad espantosa, hubo de caer sobre el Ministro, que presto comprendió debía separarse de una Administración, que sólo podía producirle inmerecidos reproches, y complacencias que él no sólo rehuía, sino que no debía aceptar á fuer de hombre honrado y ciudadano distinguido.

Así las cosas, Hernández tuvo que huir para Cúcuta, á principios del 65, buscando la garantía de su vida; y el Dr. Urquinaona, desengañado de la política aquella, también buscó en Cúcuta la tranquilidad de su vivir. Siguió la enemistad en el extranjero, como había principiado en la tierra natal. Mas, llegados al 73, terrible enfermedad aquejó al filántropo Dr. Urquinaona; enfermedad, que acentuándose más y más cada día, lo llevó al arreglo de su conciencia y de sus últimas disposiciones testamentarias. Fuera que Hernández amara en Urquinaona al compatriota distinguido, que se había conquistado en Cúcuta un puesto de honor por su carácter manso y sus sentimientos caritativos, fundando una "Casa de Beneficencia," como lo había hecho en Maracaibo; sea, que el amor y cariño de otros tiempos renaciesen en el corazón de Hernández, al ver que se extinguía aquella existencia tan útil y aquella personalidad que él había fustigado con su pluma; sea lo que fuere, Hernández y Urquinaona se abrazaron, y vertieron lágrimas, y cuando el Dr. Urquinaona murió á poco, llevóse á la eternidad de nuevo el cariño y la amistad de Hernández, en mala hora interrumpidos por la política palpitante de aquella época terrible. En un Album dedicado á á la "Memoria del Dr. Urquinaona," hemos leído una bella composición en verso del señor Hernández, en que habla de esa amistad interrumpida y reanudada al borde de la tumba. Parece que el poeta hace gala de la reconciliación con el difunto amigo, y esto honra, más que el talento de Hernández, su buen corazón y sus cristianas convicciones.

VII

Esto nos lleva de la mano á contemplar á nuestro amigo, no ya como hombre de letras, sino también como un gran corazón.

Sé que en su hogar predicó siempre la caridad con el indigente y el necesitado, no obstante de que nunca disfrutó de riquezas, pero ni siquiera de holgada situación. Pero así y todo, enseñó á sus hijos á dar limosna al pobre, apartando semanalmente de su modesto peculio, la cantidad que ellos mismos debían repartirles. Aquel hombre, que se inflamaba de patriótico celo delante de los tiranos de su patria, produciendo acentos terribles que perdurarán en los anales del país; aquella alma que subía al Sinaí de la inspiración en momentos en que era preciso hablar el lenguaje del relámpago y de las tempestades; también descendía ordinariamente al sencillo lenguaje del cariño lastimero, endulzando las penas del prójimo con palabras de cristiana resignación.

Tuve oportunidad de verle y oírle más de una vez en este camino. En 1862 fundé un periodiquillo, que sirviese de eco al Hospital de Chiquinquirá, entonces en ciernes. Invité á Hernández y él correspondió á mi invitación, escribiendo entre otros artículos, uno que principiaba: "También con tierra se edifica, hijo mío". . . . Aludía Hernández á un benemérito padre capuchino, que pidiendo limosna á un tunante, éste tomó un puñado de tierra y lo echó en la bolsa que aquel varón apostólico le había presentado, pidiéndole limosna para edificar una iglesia, "á la hora y gloria de Jesucristo." ¡También con tierra se fabrica, hijo mío! Hernández sacaba partido de este incidente, para pedir limosna para el Hospital de Chiquinquirá. Cuando en 1864 se organizaba la Junta de Fomento, tuve presente las disposiciones humanitarias de Hernández para pasarle un nombramiento que aceptó gustoso, siendo él uno de los más constantes en los trabajos de esa Junta. Quiere decir que Hernández era también hombre de corazón á la par que ingenio sobresaliente en las letras.

XIII.

NO terminaré este ligero estudio, sin apuntar algunas cualidades que se descubren en los Escritos de Hernández.

Como hemos dicho antes, este no tuvo oportunidad de hacer estudios áulicos.

Hizo lo que pudo por sí mismo, habiéndose despertado en él desde muy joven el gusto literario.

El gusto literario en el escritor, es el *quid divinum* del artista; y todo artista obedece á la ley ineludible de externar, como dicen hoy, lo que bulle en su mente y en su corazón. Y creo, como Castelar, que de todos los artistas, el que más obedece á la ley del Arte es el escritor, y sobre todo, el poeta.

Y Hernández, sin haber pisado jamás ningún taller en que el arte divino se infiltrase en el alma de sus iniciados, se encontró sin saberlo convertido en artista, por lo que tenía de escritor y de poeta.

Este es un fenómeno no raro en la historia de los ingenios, y muy común en los ingenios zulianos.

¿Qué aulas frecuentó Yépes? ¿En que liceos estudió el festivo Don Simón, ó sea nuestro amigo el señor M. M. Fernández? Y el señor Serrano, que improvisaba discursos políticos asombrosos por el efecto, ¿en dónde estudió y aprendió á conmover las masas? Y en dónde han estudiado Manuel Célis, atildado escritor, y Octavio Hernández y Pablo A. Vilechez, notables poetas zulianos? Y nuestro querido compañero de infancia, Diego Jugo Ramírez, en donde adquirió esa virilidad de estilo, el alto concepto, y la cadencia armoniosa de sus versos?.....

Así Hernández, se encontró artista sin maestros, porque había nacido con el instinto de lo bello; y fué escritor y poeta, que segó laureles inmarcesibles en el campo de las Musas.

Hernández era valiente en la manera de expresar los afectos, y en la descripción casi siempre feliz por natural y sencilla.

Generalmente Hernández era conceptuoso en el estilo serio, y esto á decir verdad, constituye uno de los defec-

tos de su estilo. En el estilo jocoso ó satírico, esto mismo constituye una de sus bellezas. Algunas veces peca Hernández por difuso, lo que unido á largos períodos, que le son familiares, suelen hacerlo oscuro, perdiendo en ello su vigor la frase y su eficacia el pensamiento. Però en general, es correcto y castizo; y si no siempre puede tomarse como modelo, no se le puede motejar de descuidado y caprichoso.

En sus versos generalmente era espontáneo; pero se comprende que en algunas composiciones forzaba la Musa, dando por resultado que no son iguales en número todas sus producciones. Quizás si Hernández abusaba de su talento, creyendo que tenía más estro del que realmente poseía. No es dado á todos, pero ni siquiera á muchos, el escribir bien indiferentemente en prosa ó verso: raro privilegio de que no gozó Juan Donoso Cortés, cuya prosa inimitable encantá leída, y cautivaba hablada por aquel gigante del habla castellana.

Però Hernandez era poeta, no obstante los defectos de que adolecen algunas de sus producciones. Tomo al acaso una y la trascribo:

“Travesuras del eco.”

Bosque ameno, á cuya sombra
Hoy vió declinar el día
La bella adorada mía,
Díme si en mi amor pensó;
Si á esta encina reclinada,
Cuando aquí viene, suspira
Por quien con ella delira
Y cuya alma aprisionó.

—No.

¿No? Qué escucho! Quién aleve
Así su lealtad difama!
No suspira quien no ama,
Y ella su amor cifra en mí;
Las dulces horas que amantes,
Aquí gozamos contentos,
Nuestros mútnos juramentos
Pudiera olvidar así?

—Así.

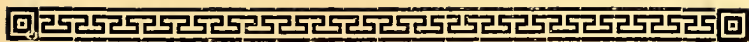
¿Quién no advierte que esta composición es muy bella?

“La Maracaibera,” que también hallo al acaso en “El Rayo azul,” tiene un aire tan poético que encanta cuando dice:

“En esas lindas mañanas
En que mariposas mil,
Flores de aéreo pensil,
Varias, vistosas, galanas
Como las flores de Abril,
En los aires revolando,
Hacen la gala del día;
Y raudales de armonía
Vierten las aves cantando
Con dulce melancolía....”

Para terminar digamos, que en Pedro José Hernández lo que más debe admirarse es su talento; pues sus conocimientos no eran vastos que digamos; y que de todas sus aptitudes, la que más brilló fué la de escritor jocosos y satírico. Y es bajo este punto de vista que el Zulia tiene derecho á presentarlo en competencia con Arvelo, y ningún otro que sepamos en Venezuela, puede disputarle á Hernández la primacía. En los demás ramos de la literatura que Hernández cultivó, dejó huellas notables; pero ningunas tanto, como las que dejó “El Mendigo Hablador” y los artículos de costumbres de todos saboreados.





El Gral. José Escolástico Andrade.

‘Vergin di servo encomio
E di codardo oltraggio.’
Manzoni—5 di Maggio.

I.

LA historia tiene sus leyes inviolables, la amistad sus fueros, el deber su atractivo legítimo. Hermandando las leyes de la primera, maestra del género humano, con las nobles inspiraciones de la amistad, y con la magestosa santidad del deber, llegaremos quizás á construir una página que la patria agradecerá, y que servirá á la vez de mística corona, que adornará la tumba del amigo anciano, tejida con los laureles de su vida pública y adornada con las inmortales de sus virtudes privadas.

El Gral. Andrade pertenece de derecho á la historia desde el 22 de Agosto de 1876!... Cargado de años y de merecimientos descendió al sepulcro, asido, como decía Chateaubriand, del Crucificado, de cuya santa doctrina tomó inspiración é hizo punta para las diversas situaciones de su vida; en cuyos principales accidentes queremos entrar para rendir el debido homenaje no sólo al hombre pundonoroso, al ciudadano íntegro, al militar clásico, al magistrado digno, sino y también para satisfacer una necesidad del corazón, esculpiendo sobre su tumba una página de historia patria, que honrará á la madre por los méritos del hijo que acá a de fenecer.

II.

ANDRADE nació cuando las tempestades políticas principiaban á condensarse en el cielo purísimo de la América española; esto es, vió la primera luz al principio del siglo, en esta tierra de Mara, cuyos hijos han mostrado tan buenas aptitudes para los diversos ramos del humano saber, y para las variadas situaciones que la civilización va engendrando en las sociedades nacientes. Era de origen portugués, y pertenecía á una de las familias notables de aquellos tiempos, cuyos principios domésticos y morales debieron de ser muy estrictos y severos, según se reflejaron mas tarde en la vida práctica del patriota de quien nos ocupamos.

Algo debía existir en esos tiempos de muy puro en el hogar y de muy sólido en la educación, cuando á pesar de las trabas que el gobierno de la colonia había impuesto á la inteligencia, se mostraron tantos hombres culminantes, cuyo número sorprende y cuya calidad deleita, aquilatados de alma, poderosos por el corazón y acerados en el brazo.

Maracaibo dió su valioso contingente de este género á la causa de la civilización hispano-americana; y puede con justo orgullo enumerar entre otros muchos á quienes la historia ha hecho y hará justicia, á un estadista como Gallegos, á un abogado como Bracho, á un capitán como Urdaneta, amigo íntimo del Libertador á la vez que su consejero, y al Gral. José E. Andrade, militar joven entonces, y que mereció más de una distinción de ese mismo grande hombre á quien cinco repúblicas independientes aclaman padre y fundador.

III.

ANDRADE pasó sus primeros años en la vida íntima del hogar, y en este taller de las grandes virtudes recibió paulatinamente el temple de alma, que fijando el carácter del individuo, señala á cada cual el papel que le depara el porvenir. A la inversa de nuestra educación actual, era entonces ideal del hombre, y sobre todo del joven, junto con lo sagrado de la palabra,

el enaltecimiento por el deber cumplido, en cualquiera situación, sin más estipendio que la pura gloria del heroísmo y la virtud. Almas inflamadas á la luz de semejante ideal, tenían que dar ópimos frutos que todo un continente ostenta y de que el universo goza: la independendencia de Sud-América.

En ese modo de ser de los hombres de aquella época, si bien se mira y reflexiona, se encuentra una mezcla tal vez armónica ó proporcionada de romano y cristiano, y de antiguo español. De romano tuvieron la grandeza de la concepción y la constancia en la lucha, de cristiano la idea humanitaria y el sentimiento democrático, de español la hidalguía y el heroísmo. Cumple á los contemporáneos de aquellos hombres invalidar ó ratificar este juicio que tengo por exacto; y de otro modo no me podría explicar, cómo una época sin universidades ni colegios, sin liceos ni academias, sin focos en fin de irradiación de luces, pudiera asombrar al hombre de hoy con figuras tan sobresalientes por sus raras prendas de virtud y heroísmo, de criterio acabado y de tino exquisito. Ley parece esta de los pueblos nacientes, que en pocos se encarna lo que más luego se difunde entre muchos, como sucede en los orígenes de Grecia y en los de Roma. Cualquiera diría que en esas épocas primitivas de las sociedades que nacen, la intuición suple á la instrucción y al estudio.

Y, viniendo á nuestro asunto, no es que Andrade perdiera su tiempo para el estudio durante sus primeros años en el hogar: estudió y leyó lo que en esos tiempos era dable; y si muy luego le fueron familiares las leyes de la táctica y la historia militar, no le eran indiferentes los principios de administración y las prácticas del derecho positivo.

Algo de espartano debió de haber ó en la educación ó en el organismo del joven Andrade; pues á pesar de la contextura más bien delgada, tuvo desde muy joven una potencia muscular nada común, como lo prueba el que podía nadar horas enteras; y esta habilidad le valió el no haber perecido en el Golfo de Méjico; pues habiendo caído al mar en noche de tormenta, pudo luchar con las embraveidas olas hasta el amanecer cuando fué visto y salvado por sus compañeros.

No fueron estas á la verdad las únicas enseñanzas útiles que la reina del lago diera al joven Andrade; pues mientras se adiestraba en la natación y se fortalecía en la carrera, á la manera de los antiguos griegos, el corazón del joven se aquilataba para los peligros y el brazo se aceraba para blandir mui pronto el acero del soldado de la Patria, del servidor de la República.

IV.

LEGÓ por fin á las riberas del Lago el eco estrepitoso de aquella hazaña de titanes, cuya divisa fué ¡independencia y libertad!.....

La noticia de las hazañas fabulosas de aquellos héroes, fué la chispa eléctrica que debía enardecer el corazón de los que jóvenes aún, no les había cabido todavía tomar parte honorífica en la magna lid.

Y fué Andrade uno de esos jóvenes en cuya alma se encarnara, por decirlo así, la idea de patria independiente, el sentimiento de ciudadano libre; y renunciando á la carrera del marino (había sido examinado de piloto en Aranjuez) dirijióse á la Cordillera; y el 14 de Diciembre de 1820 se presentó al Libertador y fué incorporado al Ejército en clase de aspirante de infantería.

Principió entonces la carrera militar de Andrade, trocando por la humilde plaza de aspirante en el Ejército Libertador, quizás un porvenir monetario más halagador, en el tráfico de la Metrópoli con las Indias occidentales. Pero el amor de la Patria sabe obrar prodijios cuando á lo joven de la edad se añaden un corazón generoso y una alma de elevado temple. Andrade, pues, abandonándolo todo, hogar y familia, comodidades y esperanzas lisonjeras, se lanzó á los inminentes azares del campamento, temiéndose por mui feliz en volar de combate en combate, de hazaña en hazaña á las órdenes del Libertador Bolívar.

A los pocos meses de su incorporación al Ejército patriota, peleó en los campos inmortales de Carabobo el 24 de Julio de 1821, en la 1.^a Brigada de la Guardia al mando del coronel Manuel Manrique. Andrade era aún aspirante, y allí, en esa gran batalla que decidió de la independencia de Venezuela, recibió, pudiera decirse, su

bautismo de fuego y sangre. Y es indudable que el neófito patriota hubo de dar pruebas inequívocas de sus dotes y cualidades militares, cuando, después de la persecución que la 1ª Brigada de la Guardia hizo á la División realista mandada por el Brigadier Pereira, recibió el joven Andrade del mismo Libertador, el 11 de Agosto del mismo año, el grado de Subteniente del "Batallón vencedor en Boyacá," confiriéndosele además la condecoración "Escudo de Carabobo."

V.

ENTREMOS ahora en algunos detalles de aquella famosa campaña llamada *del Sur*, que dió en tierra con la dominación española de Sud-América.

Algo tendremos que decir de aquellas prodijiosas legiones colombianas, inspiradas por el genio de Bolívar y mandadas por espadas como la de Sucre.

Pichincha, Junín y Ayacucho fueron los frutos de aquellos genios, que tenían en cada soldado un héroe y en cada oficial un general en ciernes.

Allí en esa campaña, que no fué otra cosa que una serie de gloriosas etapas, luchando cuerpo á cuerpo con legiones aguerridas de la península ibérica, el valor y la disciplina recibieron sus más bellas lecciones de titanes como Bolívar y de Jefes como Sucre.

Y fué en esa escuela ríjida y gloriosa en la que Andrade hizo su carrera; fué en ese palenque en donde obtuvo uno á uno sus ascensos, después del obtenido en Carabobo; fué luchando al lado y bajo la dirección de aquellos grandes hombres que aprendió el arte de la guerra, hecha según los principios de los grandes Capitanes, desde Aníbal y César á Napoleón el Grande, cuyas innovaciones en la táctica inspiraron más de una vez al Libertador Bolívar en sus difíciles campañas.

VI.

DESPUÉS del espléndido triunfo de Carabobo, el Libertador resolvió su vuelta á Nueva Granada en 1822. Llamó entonces al Subteniente Andra-

de á su servicio en la Secretaría, como Ayudante del Estado Mayor, tocándole como tal, asistir á la batalla de Bomboná librada por Bolívar, y mas luégo á la de Pichincha, victoria espléndida que dió por resultado la ocupación de Quito por el Ejército Libertador. En ese mismo año concurrió Andrade al sitio y rendición de Pasto.

Tenía Andrade dos años de servicio activo al lado del Libertador y había podido saborear los peligros de la guerra en Carabobo, Bomboná, Pichincha y en la rendición de Pasto: una alma apocada, un corazón poco viril, habría allí aprendido lo bastante para rehuir el cuerpo á los peligros del militar activo, y labrarse por medio del ardid, disculpable hasta cierto punto, una posición oficial de gabinete, que á veces suele superar á la de los incansables batalladores, que sienten un placer intenso en burlar azares y vencer peligros.

Pero Andrade sentía una vocación decidida por la carrera de las armas, y entonces, á sus 23 años, favorecido por Bolívar con el grado de teniente, se creyó aprisionado en una secretaría, aunque fuese de un Libertador, y pidió á éste, á principios de 1823, el permiso de marchar en la primera expedición que, al mando de los Grales. Jacinto Lara y José María Córdoba, fué enviada en auxilio del Perú á solicitud del Gral. San Martín. Llegada á Lima dicha expedición, el teniente Andrade fué incorporado al famoso "Batallón Voltijeros" en clase de Ayudante mayor con grado de Capitán. Y fué entonces cuando el mismo Gral. San Martín hizo la renuncia súbita del mando que ejercía en el Perú; y á consecuencia de las dificultades que nacieron de esta abdicación, el Libertador dió orden de contramarcha, y el "Batallón Voltijeros" regresó á Guayaquil.

Pero eserito estaba que sin el concurso de Bolívar y Colombia no podía completarse la independencia de Sud-América; y por esto en el mismo año de 23, una segunda expedición auxiliar de Colombia descendió al Perú, al mando del Gral. Manuel Valdéz: en esta segunda expedición iba Andrade en clase de Ayudante Mayor del "Batallón Voltijeros."

Llegado que hubo á Lima el ejército auxiliar colombiano, recibió Andrade una comisión altamente honorífica del distinguido Jefe Gral Valdéz.

Al otro lado de los Andes, desde el valle de Jauja hasta Huamanga hallábase á la sazón el ejército español, próximo á entrar en campaña.—Andrade fué enviado cerca del Comandante en Jefe de ese ejército con pliegos é instrucciones para recabar y saber de una manera explícita si el tratado de Santa Ana sobre la *regularización de la guerra* se extendía á las tropas é individuos que habían pertenecido al ejército realista, estando en la actualidad al servicio de la República. El joven Andrade llenó satisfactoriamente su embajada; y el Gral. Valdéz no tuvo nada de qué arrepentirse, por haber elegido para una misión delicada á un joven capitán de 23 años. En Andrade se adelantaron á la edad, las virtudes del hombre de armas.

VII.

EN el mismo año de 23, hallábase el Gral. Sucre sitiado en el Callao, por fuerzas realistas muy superiores en número. Y entonces abrió por mar, hacia Arequipa y el Alto Perú, operaciones importantes, que hubieran anticipado la fecha de la Independencia, si desgraciadamente el Gral. Santa Cruz no hubiese sido derrotado en Zapirá y Desagnadero, antes que las fuerzas de Sucre se le incorporasen.

Fué, pues, necesaria la contramarcha de la División Colombiana, que había pasado ya la cordillera andina, y volver de nuevo al Callao, en donde el Genio de la Guerra, Bolívar, no solo combinaba nuevas operaciones, si no también vencía nuevas dificultades.

Nada de particular registra la historia de esta campaña que si para algo sirvió, fué sólo en provecho de la buena disciplina, acostumbando al soldado á fuertes marchas por terrenos escarpados; y á los oficiales, templándolos en la rigurosa escuela de las privaciones. Pero así y todo, el joven Andrade encontró ocasión para distinguirse, en un lance poco conocido, y de seguro mal recompensado, como suele suceder en aquellos casos en que el brillo de las armas no ofusea á los contendores.

El "Batallón Voltijeros" de que era Andrade Ayudante, salió del Callao para Arequipa, por mar, como el resto de la expedición. Cúpole al mencionado batallón

un mal transporte, ó desfavorables circunstancias; pero es lo cierto que después de cuarenta días de navegación, impelido por las corrientes, no pudo ganar el puerto designado para el desembarque. El conflicto no era pequeño ni la ansiedad poca; y crecían á medida que el agua y las municiones de boca se iban agotando. ¿Qué hacer en una situación tan crítica, en que el honor militar se vé embotado por elementos indomables?..... Volverse al Callao fué la resolución tomada: resolución quizás justificable ante un Consejo de guerra, pero que hubiera desdorado del honor del Jefe y del Batallón.

En tal estadó, Andrade propone á su Jefe que le permita saltar en la costa, con el fin de reconocer el territorio y arbitrar recursos, si fuera posible, para salvar la expedición del conflicto en que se encontraba.

Accedió el Jefe á la petición del joven Andrade, y éste con un sargento que lo acompañaba, saltaron á tierra. Por arenales desiertos viajaron veinticuatro horas, hasta que llegaron al pueblo de Chala. En este consiguó Andrade que el Alcalde y el Cura del lugar le prestasen oportunos auxilios de todo género; y á las cuarentiocho horas de su llegada á Chala la expedición se hallaba en tierra. Inmediatamente el "Batallón Voltijeros" emprendió su marcha para irse á incorporar al resto de la expedición que alcanzó, al fin, cerca de Arequipa, después de haber atravesado un desierto de más de cien leguas.

El importante servicio prestado por Andrade en esta ocasión valióle, no sólo el reconocimiento de su Jefe y compañeros, sino también la más honorífica recomendación del Gral. Sucre ante el Libertador.

VIII.

EN 1824 hizo la campaña del Bajo Perú, y con su Batallón se encontró en la gloriosa batalla de Junín, dada por el Libertador el 7 de Agosto de ese año. Y en Diciembre del mismo, el Cuerpo de Andrade hacía parte del Ejército Unido, al mando del ilustre Gral. Sucre, nombrado General en Jefe del Ejército, después de la acción de Junín. El 3 de dicho mes, el Batallón Voltijeros, del que era Andrade Ayudante

mayor, peleó esforzadamente en Mazará, preludio terrible de la inolvidable batalla de Ayacucho.

Cúpole en esta heróica lucha entrar de los primeros, al Batallón Voltijeros. Españoles é independientes pelearon en ese día con encarnizamiento indecible: sabían muy bien unos y otros que aquella jornada iba á decidir del honor de sus respectivas banderas: ó el Leon de Iberia iba á quedar dueño de la arena, ó el Sol de la Patria iluminaría eternamente con su luz la gloria de aquel día. Allí pelearon todos como buenos; pero justo es decir, que á la gloria colectiva de aquella gran jornada, no hubieron de faltar como sucede siempre, rasgos acentados de valor, de serenidad y pericia que distinguen á algunos esforzados.

El joven Andrade fué uno de éstos. "El Capitán Andrade estaba en el ala derecha el día de la batalla, y sus guerrillas de descubierta fueron las que rompieron los fuegos." (1)

La poesía y la tradición histórica se encajaron de consignar á su manera el esfuerzo del joven en Ayacucho.

Con motivo de un brindis del Mariscal Sucre en Chuisaca, vióse obligado á improvisar un soneto el capitán Tello, que dice así:

"El ronco parche con furor batió
 anuncia del combate la llegada;
 el fusil, el cañón, lanza y espada
 la muerte esparcen con fatal sonido.
 ¡Todo es horror, lamento y alarido!
 Sólo la voz de muera es escuchada." &

El soneto fué aplaudido calurosamente por todos los que asistían al banquete; pero al terminar, el Capitán Vallejo se hizo notar dirigiéndose á su compañero Andrade á quien le dijo: "Te vuelvo á ver, Andrade, trepando la colina y sembrando el terror y el espanto en las masas enemigas. El primer cuarteto del soneto que acabo de oír parece verdaderamente la vanguardia que tú tenías empeñando el combate." (2)

[1] El Iris n° 20-Bogotá.

[2] Iris citado-pág. 309.

Lo cierto fué que el mismo día de la batalla de Ayacucho, recibió Andrade el ascenso á Capitán efectivo de la primera compañía del batallón Voltijeros, el que con tanta bizarría había combatido; y poco después fué condecorado con el escudo y medalla de Ayacucho.

IX.

EN segundas, año de 1825, poco después de la batalla de Ayacucho, el ejército vencedor abrió la campaña de Bolivia, cuya dirección confió el Libertador al insigne Mariscal Sucre. Como todos sabemos, esa campaña terminó felizmente en el mismo año por las defecciones, la anarquía y la consiguiente destrucción del ejército realista, que ocupaba todo el territorio del Alto Perú, al mando del General Olañeta (Español) muerto en un combate. Andrade hizo toda esta campaña.

Posteriormente, en 1826 (Diciembre) el Capitán Andrade recibió una comisión importante y honorífica; importante por su objeto: honorífica, porque emanaba de un Jefe como Sucre, escogiendo á Andrade, joven de 25 años, entre cientos de buenos oficiales. HeLa aquí.

El Regimiento de granaderos de Colombia, dando un escándalo á la disciplina militar de aquellos tiempos, desertó de Bolivia para las provincias argentinas del Río de la Plata.

Con tan ingente motivo, el Mariscal de Ayacucho dispuso enviar un comisionado cerca de los gobiernos de aquellas provincias, con instrucciones suficientes para obtener la aprehensión de aquel cuerpo de tropa, y la devolución con sus armas. Y el elegido por Sucre fué el Capitán Andrade.

¿ Consiguió su objeto el joven comisionado? No lo consiguió. Andrade halló áquel país en guerra declarada y lo que era más, el insubordinado Regimiento había pagado muy cara su deslealtad: casi en su totalidad había perecido, inclusive su Jefe, el temerario Coronel Maturte, muerto en combate que tuvo lugar en territorio de Tucumán. Andrade regresó á Bolivia en 1827; y el Mariscal Sucre que ejercía la Presidencia nacional, le

conferió en 25 de Junio de ese año el grado de Segundo Comandante del Batallón Voltijeros, expidiéndole además una certificación honrosa, que al pie de la letra es como sigue :

“Antonio José de Sucre, & & &.

Certifico : que el Segundo Comandante José Escolástico Andrade ha servido á mis órdenes en la campaña del Perú, desde principios del año de 1823. En calidad de subalterno se ha distinguido en el batallón Voltijeros por su actividad, aplicación y conocimientos. Estuvo en la batalla de Ayacucho donde por su valeroso comportamiento obtuvo un ascenso. Acabada la guerra del Perú ha venido en los cuerpos auxiliares á Bolivia, y aquí su buena conducta le ha adquirido una estimación tan particular en los ciudadanos, como la que ha gozado en la campaña, de sus Jefes. Considerando al Comandante Andrade con todas las calidades de un buen oficial, lo recomiendo á la consideración del Gobierno de su Patria. Potosí, 25 de Junio de 1827.—ANTONIO JOSÉ DE SUCRE.”

X.

ANDRADE continuó sus servicios en Bolivia, como Segundo Comandante del mencionado Batallón, á las órdenes del vencedor de Ayacucho. Un lance le esperaba allí !

Era el mes de Abril de 1828: el Mariscal Presidente estaba en Chuquisaca, capital de la República.

Al amanecer del 18 de dicho mes, el batallón Granaderos de Bolivia saludó el sol faltando á su deber; ¡se había sublevado !

Tan pronto como el Mariscal tuvo noticia de aquel escandaloso motín, salió de su casa, espada en mano, con unos pocos Jefes que lo acompañaban; entre éstos se hallaba el Comandante Andrade.

Cuando el Mariscal con su corta comitiva se halló frente al batallón ya formado en la calle y le dirigió la palabra, fué recibido á balazos. Semejante atentado, lejos de intimidar al gran Sucre, lo enardeció de tal manera, que arrolló con sus bravos compañeros á los amotinados hasta su cuartel, en cuya puerta fué herido gravemente el Mariscal en la mano derecha, la misma gloriosa mano

que había blandido la espada de Pichincha y de Ayacucho! El Batallón, no obstante, fué sometido y castigado ejemplarmente, como lo merecía; que si en aquellos tiempos de recta disciplina, eran en el premio pareos pero efectivos, en obsequio de la moral del ejército y del prestigio de la autoridad aplicaban en todo su rigor las ordenanzas militares.

Este escándalo tuvo lugar, como dijimos, el 18 de Abril; víspera del 19, fecha gloriosa para los venezolanos. Y es muy probable que entrara en algo esta fecha en la mente del Gran Mariscal, pues á pesar de sus dolencias á causa de la herida, no olvidó premiar el valor y abnegación de Andrade, confiriéndole el grado de Primer Comandante del Batallón Pichincha, por haberle acompañado en aquel lance peligroso y haber sido el primero, que después de herido el Mariscal, penetró en el cuartel, perdiendo el caballo que montaba, herido por descargas hechas casi á quemarropa.

El "Batallón Pichincha" se hallaba á la sazón en Colombia, para donde debía regresar el Mariscal Sucre. Llamó éste al Comandante Andrade cerca de sí como Edecán; y llegado que hubieron á Colombia, el Gobierno interesó al General Sucre para que Andrade aceptase la "Comandancia de armas de Mariquita," para cuyo destino le había nombrado. Andrade aceptó dicho destino, recibiendo en 1º de Diciembre del mismo año de 1828, del Libertador, el diploma de "Coronel graduado."

XI.

LA guerra de independencia había terminado; pero desgraciadamente no habían terminado las luchas á mano armada para las nuevas Repúblicas, que habían surgido de los campos de batalla. En quince años de continuo batallar, la espada del héroe y el fusil del soldado habían acostumbrado á posponer más de una vez el derecho al hecho; al humo de la pasión, los consejos de la justicia. Se necesita en tales casos tener una naturaleza moral privilegiada, para no pagar su tributo á la enfermedad reinante. Y Andrade estaba dotado de esa naturaleza excepcional. El *deber* antes que todo;

el *derecho* como una consecuencia natural. Hombres como Bolívar, Sucre y Urdaneta comprendieron bien á aquel joven, que habría sido un caballero al lado de Bayardo.

En 1829, de la Comandancia de armas de Mariquita fué promovido á la "Comandancia general del Departamento del Cauca." Principiaban á notarse síntomas de descomposición en la Gran Colombia. Cundian los sentimientos de anarquía y de insubordinación en aquellos mismos que habian contribuido con sus esfuerzos á destrozarse al Leon de Iberia. Es lo cierto que hallándose Andrade en el punto dicho, tuvo que reprimir en Popayán un alzamiento á mano armada, ejecutado en el cuartel del batallón "Callao," al mando del Coronel Florencio Jiménez. Así mismo reprimió y castigó otro acto de indisciplina y sedición militar, ejecutado en formación sobre las armas por un Escuadron de Caballería, al mando del Coronel Adarraga.

En 28 de Junio de ese mismo año, Andrade fué nombrado Ayudante general del E. M. General del Libertador; y sucesivamente en el mismo año fué nombrado Jefe del E. M. de la División al mando del General F. Carmona. Poco después fué nombrado Jefe del E. M. de la División al mando del General Laurencio Silva: y se encontraba en el Departamento del Cauca, cuando fué llamado por el Libertador para conferirle el nombramiento de Comandante General del Departamento Zulia, después de haberle ascendido á "Coronel efectivo" con data 16 de Enero de 1830.

Una reflexión antes de internarnos en los acontecimientos.

Para cualquier mediano observador, en estas agitaciones de 1829, se puede adivinar lo que sucedió en el año siguiente: pero es lo cierto, que estos nombramientos tan sucesivos, y todos para puestos de alta confianza, habian muy alto en favor de Andrade. Una de las prendas morales más valiosas, que adornaban el carácter de este Jefe, era sin duda la lealtad legendaria de los caballeros antiguos; y el Gobierno de Colombia que lo conocía muy bien, quería aprovecharse de esta gran virtud, colocando á Andrade en los puntos de confianza.

Andrade recibió pasaporte para el Sur, y se dirigió á Bogotá. El Libertador se había ausentado de esa capital, no sólo sin maudo, sino resuelto á embarcarse para Europa. En Barranquilla se encontraron en Noviembre de ese mismo año, el héroe que huía para la Eternidad á esconder su corazón quemado por los desengaños, y el joven lleno de vida y de valor moral para sacrificarse en aras de una causa simpática á su corazón y magífica á sus ojos.

Bolívar recibió al joven cordial y afectuosamente; y después de haber conferenciado con él sobre los graves acontecimientos que habían tenido lugar en Venezuela, y que tanto comprometían la existencia de Colombia, le instruyó de su resolución de apartarse del país, antes que ser causa de nuevos conflictos.

Penetrado el Libertador de la digna conducta del Coronel Andrade, le manifestó su agradecimiento, y le aconsejó volviera á Bogotá y se pusiese á las órdenes del señor Gral. Rafael Urdaneta, quien mandaba á la sazón, y puso en manos del joven la siguiente carta de recomendación.

Barranquilla, Noviembre 27 de 1830.

Mi querido General:

El Coronel Andrade es portador de esta: ha venido de Venezuela con su pasaporte para el Sur, porque allá desconfiaron de él por afecto á nosotros y por la conducta noble que observó en aquel país. Yo se lo remito á usted con las mayores recomendaciones pues lo conozco y sé lo que vale.

Espero que usted lo empleará inmediatamente y estoy satisfecho de que sus servicios retribuirán á usted las bondades que se digne dispensarle. Quedo de usted su afectísimo amigo,

BOLÍVAR.

A su E. el General Rafael Urdaneta.

Aunque Andrade tenía de antemano relaciones políticas y amistosas con el Gral. Urdaneta, aceptó con mucha satisfacción aquella carta espontánea, que equivalía á un buen documento histórico. El juicio de los grandes

hombres sobre la personalidad de los corazones bien puestos, es más deseado que las cartas de crédito, únicas que pueden expedir los tiranos á sus adeptos. Bolívar, que había trepado las cumbres de los Andes, en donde nace el oro; que había hollado con su planta inmortal el templo del Sol, á cuyos alrededores las piedras preciosas brotan como por encanto; Bolívar que había tenido á su disposición las riquezas de cinco naciones, cuando á semejanza de la alondra buscaba un oscuro nido donde reposar, sólo podía ofrecer á los suyos, á los que habían corrido con él de victoria en victoria, tras el fascinador pabellón de Colombia, símbolo de independencia y libertad, un abrazo de padre, una manifestación de amigo salida del corazón, acibarado por los desencuentros de la vida y las veleidades de la gloria. Él, que tenía su frente coronada de estrellas, como dice Castelar, llevaba el corazón coronado de espinas.

Andrade se despidió de Bolívar para no volverlo á ver; pues al mes siguiente falleció en Santa Marta, en la hacienda humilde de San Pedro Alejandrino, el que, como el águila, debió sucumbir en una de esas cumbres andinas; que parecen más bien una escala para trepar á las almenas de la inmortalidad.

XIII.

VOLVIÓ el joven Andrade á Bogotá, llevando aquella recomendación escrita del veterano de la gloria para el veterano de la Guerra colombiana. El Gral. Urdaneta utilizó los servicios del Coronel Andrade destinándolo por segunda vez al Cauca, con el carácter de Comandante general del Departamento. Pero allí mismo, aun sin haber tomado posesión de su destino, fué nombrado Jefe del E. M. general del ejército, organizado con destino á Venezuela. Este ejército se puso en marcha y llegó hasta Pamplona.

Sabido es que esta expedición no tuvo ningún efecto sobre los acontecimientos políticos que se sucedían en Venezuela. El Gobierno de esta sección de Colombia situó en el Táchira un ejército al mando del General Santiago Mariño; el Libertador había ya muerto en Santa Marta,

y por último las conferencias tenidas en la Grita, entre los comisionados de Nueva Granada y Venezuela sobre la integridad de Colombia, tuvieron un resultado negativo. Todas estas causales dieron por resultado la ineficacia de aquella expedición militar; pues se creyó que el patriotismo aconsejaba no emplear la fuerza de las armas contra el arma de las ideas reinantes.....

¡ Colombia quedó dividida poco después de haber sucumbido su fundador !

Los bolivianos, entre los que figuraba Andrade, fueron extrañados del país: y llegado que hubo él á Curazao, con otros compañeros, pidió su pase para Venezuela, que le fué concedido.

Así terminó sus servicios á Colombia, al Perú y Bolivia el valiente Coronel, entonces de 31 años; y si al principiar su carrera, puede decirse, tuvo que lamentar la desaparición del astro que le había dado luz, del titán que le había inspirado valor, del héroe que lo había arrebatado de entusiasta admiración, también es verdad que volvía á sus hogares, con la dulce satisfacción de haber cumplido con su deber en todas partes y á todas horas.

Diez años de continuos é incesantes servicios tuvieron por recompensa la estimación valiosa de sus superiores, principiando por Bolívar, y los grados y condecoraciones otorgados á sus relevantes méritos.

El Coronel Andrade tenía las siguientes condecoraciones :

- 1º El escudo de Carabobo.
- 2º La estrella de los Libertadores de Venezuela.
- 3º La medalla concedida á los Libertadores del Sur de Colombia.
- 4º El escudo de Junín y Ayacucho.
- 5º La medalla de Ayacucho.
- 5º El busto del Libertador que le confirió el gobierno del Perú.

SEGUNDA PARTE.

I.

SÉAME ahora permitido abandonar la estricta tarea del historiador para empuñar la paleta del pintor. Queda demostrado hasta la evidencia que el Coronel José E. Andrade fué un gran servidor de la patria colombiana, un discípulo connotado de hombres como Bolívar, Urdaneta y Sucre: fué, en una palabra, un militar de mucho mérito en esa epopeya que llamamos guerra de la independencia.

Los grados militares recibidos uno á uno, y siempre en ocasiones más ó menos solemnes; las condecoraciones que con justo orgullo podía él ostentar en su pecho; y sobre todo, las altas muestras de aprecio que obtuvo siempre de los gobiernos á quienes sirvió, y de los hombres culminantes con quienes estuvo en contacto, prueban de una manera decisiva que Andrade, Coronel en Colombia, y Andrade, General después en Venezuela, era un militar distinguido, un hombre de prendas muy valiosas y apreciables.

No iremos á buscar en las fuentes de la historia contemporánea datos é informes, que pongan de relieve nuestro juicio. Calientes aún las pasiones, y palpitantes las cenizas que la guerra civil ha regado á los cuatro vientos por el lastimado suelo de la patria, nos espondríamos á incurrir en apreciaciones injustas y en juicios aventurados.

Dejando, pues, á la posteridad el imparcial fallo sobre los grandes actores de nuestras guerras intestinas, entre los cuales habrán de figurar en lugar conspicuo el Coronel Andrade en 1848, y el Gral. Andrade en 1858 á 1870, entremos en un terreno que pudiéramos llamar puramente personal; protestando que no pretendemos, ni por asomos siquiera, lastimar á nadie, herir ninguna susceptibilidad; como ni tampoco evocar recuerdos, hechos y acontecimientos en cuya preparación han intervenido personas que aún viven.

Apreciador imparcial, y séame lícito afirmarlo, estimador sincero de ese venerable anciano, que descendió á

la tumba con el aprecio de todos, irrogaría una injuria á la patria historia, á la pública moral, al criterio del porvenir, si habiendolo tratado de cerca á mi protagonista, me limitase en esta ocasion á un simple esbozo de matemática histórica, pudiendo agregar á ese perfil geométrico las galanuras del sentimiento, la nobleza del carácter, la virtud del patriotismo, la hidalguía de una existencia consagrada con fe y amor en aras de una patria desgarrada hoy por la duda política y por la corrupción moral.

En tales circunstancias, cuando un hombre grande exhala su último aliento; cuando un caracter distinguido da su último adiós á la terrena patria; cuando un ciudadano de raras prendas rinde la postrer jornada, asistido del honor sin tacha y de una memoria sin maneilla, deber es de los que le rodean recojer ese postrer aliento y ese adiós, y hacerlos impercederos en la mente de los que sobreviven, á fin de que el ejemplo cautive, de que vivifique el corazón de los que quedan, la fe incontrastable de los buenos que se van. Esta es la verdadera herencia de los inmortales, la única que no perezce en el espíritu de las generaciones futuras.

II.

COMO una de las excelentes cualidades que adornaban al Gral. Andrade, debe menciónarse el valor. Esta virtud lo hizo muy apreciable en las filas en donde militó este joven, y muy estimado á los ojos de sus Jefes. Andrade estaba dotado de ese valor, que pudiera llamarse clásico, hijo del pundonor, de las convicciones, de la educación militar; valor que no desmaya ante el peligro, y que no se exalta en presencia de la dificultad. Tenía ese valor á lo Ney, que no le permite menear la cabeza delante de las bocas de fuego de Magunecia, siendo capitán; que calcula impávido con su compás delante de un mapa, echado sobre un monte de nieve, rodeado por los cosacos y sin saber del Emperador, que va á escape, por salvar el trono de Francia, vacilante con los desastres de Rusia; que en el fin de su carrera, en Waterloo, pónese á la cabeza de informes pelotones, y se lanza espada en mano, como un subteniente, á tentar la última fortuna.

Andrade era, pues, valiente, de un valor sereno, igual, meditado cuando había tiempo, pero serio; y no era fácil hacerlo cambiar de fisonomía en ningún conflicto.

En la acción de Quisiro (1848) se le veía, en medio de los fuegos del enemigo atrincherado, á caballo y cigarillo en mano, dando tranquilamente sus órdenes, como si asistiera á una parada; mientras que los cornetas de orden caían heridos ó muertos á uno y otro lado. No obstante esto y lo imposible de desalojar de sus trincheras al adversario, que se defiende con tenacidad á favor de un cañón, que siembra la muerte en las filas de Andrade, este no pierde su serenidad y se retira en orden completo á la vista del enemigo.

Reposando una noche en su hamaca, en la Línea (Haticos) una bala de cañón cae sobre el techo de la casita que lo abrigaba. Su ayudante sobresaltado, creyendo muerto al Jefe; pero éste se levanta tranquilo de su hamaca, y aunque caen sobre su cuerpo grandes fragmentos del techo, le dice con mucha calma á su ayudante, como si se tratara de una cosa muy natural: no es nada, es una bala. (1) Podría uno decir que Andrade tenía aquel valor que Napoleón, en Santa Helena, decía ser tan difícil de encontrar: *el de las dos de la madrugada*.

Y no fué á las dos; pero sí á las tres, cuando el señor Coronel Castelli atacó [en el mismo 1848 en Noviembre] al Coronel Andrade, situado en la Línea con aquellas briosas lecciones que se llamaron "Batallón Caracas," "Batallón Carabobo" y "Batallón Petare," si la memoria no me engaña.

El valiente cuanto infortunado Comandante Córser, junto con vários cientos de intrépidos soldados, pagaron con su sangre y con su vida el arrojado imprudente; pues la disciplina que Andrade había establecido en su campamento hizo imposible toda sorpresa, y la calma y serenidad del Jefe infundieron, en esa madrugada, la calma y la serenidad á los subalternos y soldados. Castelli se retiró, dejando en el campamento unos 200 muertos: heridos unos 350.

En la guerra llamada de los *cinco años* toca al Gral. Andrade subrogar al benemérito Gral. Laurencio Silva.

[1] El Gral. R. Gutierrez nos ha referido este hecho.

Acosado de todas partes por los soldados de la Federación, mandados entonces por el incansable Gral. Exequiel Zamora; en la zona de los Llanos y en la estación de las lluvias, incomunicado el ejército constitucional con el Gobierno central de Caracas, creyó todo el mundo, y con haito fundamento, que aquel ejército estaba perdido por la falta de recursos, por la desmoralización que debía haber cundido en las tropas asediadas día y noche por un enemigo implacable; y sobre todo, por el desprestigio que enjendra en las propias filas el mal éxito de una campaña: y el Gral. Silva no había sido afortunado.

Sin embargo, todos se equivocaron.

A pesar de tan desfavorables circunstancias que rodeaban al General Andrade, nuevo jefe de aquel ejército, base principal de operaciones futuras y la esperanza más visible del Gobierno constituido, pudo llegar al cabo de unos tres meses de incomunicación, con su ejército intacto, ileso, moralizado y vigoroso, con su abundante parque completo, y hasta con sus enfermos, dejando no sólo burlado á un enemigo tan tenaz, numeroso y de un prestigio legendario, sino estupefacto de admiración. El mérito no consiste en vencer siempre; hay circunstancias, como esta, en que lo hay mayor en no dejarse destruir.

Alejandro que pasa el Gránico y llega victorioso á Babilonia, no inspira más admiración que Jenofonte salvando sus *diez mil*; así como el empuje de Murat en la vanguardia del Grande ejército, en nada atenúa el mérito y la sangre fría de Ney salvando los restos de ese mismo ejército en su desastrosa retirada.

No hay duda de que el vulgo se deja fascinar siempre por el brillo del victorioso éxito; pero la historia concienzuda sabe apreciar el mérito, no solamente de Sucre en Ayacucho, y de Páez en las *Queseras de en medio*, sino también de Generales como Urdañeta y Soubléte, que supieron, en momentos críticos para la patria, conservar y organizar elementos, evitando desastres y preparando victorias para la causa nacional.

III.

QUIÉN pondrá en duda que es el valor la primera cualidad del militar? Nadie; pero también es cierto que no es la única virtud del hombre de armas.

El soldado debe ser leal á sus banderas, sumiso á esa ley imperiosa de los hombres armados, que se llama disciplina, ya se trate de la falanje griega, de la legión romana ó del batallón de nuestros tiempos. Sin lealtad y sin disciplina, tiénese que descender á la baja estirpe de las monteras, que comprometen su causa sin economizar la sangre, punto objetivo de la guerra regularizada, humana, hija de la civilización, si es que puede aplicarse tal vocablo á esa extraña aberración, que conduce á los hombres al campo de batalla para destruirse.

Sea como quiera, y dejando á un lado esos sentimientos que algunos consideran como un simple *desideratum* ó un pio *ex voto*, es cierto que el derecho positivo de las naciones admite la guerra como una triste necesidad, pero la admite; y en consecuencia la estudia, la regulariza, la reglamenta, á fin de que los pueblos defrauden la menos sangre posible en sus contiendas.

Bajo este punto de vista, era Andrade un excelente militar, un jefe de mucho mérito; mérito poco estimado en estos tiempos, en que al parecer una fiebre de sangre devora á la gran familia venezolana.

La lealtad fué para él una parte integrante de su mismo sér, y jamás la desmintió ni con su conducta, ni con sus principios y sus sentimientos.

Hijo de aquella colosal Colombia y discípulo del radiante genio de Bolívar, fué colombiano y boliviano hasta que Colombia fué disuelta, y hasta que el Padre de la patria, acibarado por los pesares y acibillado por los dardos de la ingratitud, rindió su potente alma al Criador en la hacienda de San Pedro Alejandrino.

Así fué que, disuelta Colombia y muerto el Libertador, Andrade entró á su patria, libre de aquel afecto poderoso y maguetizador que Bolívar le había inspirado. Se encontró consigo mismo, con su conciencia libre, y conoció y sintió que bajo el glorioso uniforme del colombiano se abrigaba una alma patriota, un corazón que latía por su suelo, por su hogar, por los principios de libertad y orden: era venezolano!.....

Dotado de un espíritu recto, creyó que debía deponer en las aras de la patria y de la concordia toda aspiración que no fuese justificable. El militarismo colombiano ha-

bía recibido su golpe de gracia. Era Andrade muy amante del derecho para haber desconocido su deber. Colgó, pues, la espada, y abrazó con sinceridad la Constitución de Venezuela.

Y fué leal á esa Constitución que juró sostener y defender, mientras con ella se gobernó el país; y cuando creyó que esa Constitución había sido violada por el Presidente de la República, en nombre del derecho común y del deber propio aceptó la responsabilidad que pudiera caberle en el alzamiento de Maracaibo el 6 de Febrero de 1848, que no yo, sino la historia venidera habrá de juzgar algún día.

Y no sólo fué leal á sus principios políticos; lo fué igualmente á sus amigos, mientras trillaron la senda que él juzgaba recta y patriótica. Ejemplo notable de esto, el Gral. José A. Páez.

Páez distinguió mucho á Andrade: eran amigos y unidos en política de una manera especial.

Andrade mereció la Comandancia de Armas y Gobernación de la provincia de Maracaibo, en la época del General Páez.

Andrade vió en este al hombre más culminante del civismo, á un gran servidor de la patria republicana. Páez vió en Andrade al hombre recto, acrisolado, al militar pundonoroso, y por tanto leal y sumiso á las disposiciones superiores. Confióle, pues, la dirección de la guerra en Maracaibo, después que el Gral. Piñango había sucumbido en la acción de Taratara. En Junio fué evacuada la ciudad, cuando el Gral. Santiago Mariño invadía por la Goajira con un numeroso ejército: la defensiva había sido el plan de campaña desde la derrota de Taratara, y desde la derrota del mismo Gral. Páez. Pensaron los directores de la guerra, cayendo en un error, que los pueblos de Venezuela se irían alzando poco á poco contra el Gobierno del Gral. José Tadeo Monágas; y que por tanto, no arriesgar nada en Maracaibo era una medida, no sólo de excelente táctica sino también de alta política. Los hechos vinieron á demostrar que esos señores padecían una ilusión. Las nuevas ideas llamadas liberales habían cundido en las masas; y así el Gral. Monágas tuvo elementos decúpleros para vencer de todos modos al Gral. Páez y á laalzada provin-

cia de Maracaibo. En virtud de ese plan de campaña que el Gral. Páez había concebido, como Director reconocido de la revolución de 1848, ordenó al Coronel Andrade no tomar la ciudad de Maracaibo, ocupada por las fuerzas que había llevado allí el Gral. Mariño, y que estaban á las órdenes del Coronel Luis Castelli, bravo piemontés militar, organizador é inflexible como Andrade.

Así es que éste no fué en esa campaña, sino un fiel subalterno eimplidor exacto de órdenes superiores terminantes; y fué por esta razón que en la sorpresa de que hemos hablado, en que los mandados por Castelli llevaron la peor parte, el Coronel Andrade no avanzó para tomar, como hubiera sucedido, la ciudad de Maracaibo. Cuando los documentos de esa época de nuestros anales vean la luz, se apreciará con más justicia la conducta de un militar, que cumple con su consigna, aún a despecho de la fortuna que halaga y de la insubordinación que suele fascinar.

Vino después la desgraciada campaña que el Gral. Páez emprendió desde Coro en 1849. Andrade no la creyó oportuna; no obstante, como amigo personal y político, compartió con el veterano de la Independencia y el fundador del poder civil en Venezuela, no sólo los rigores de una campaña arriesgadísima, sino lo que es más, el desprestigio de una empresa poco probable. Pero Andrade era leal, caballero y valiente, y creyó indecoroso para él rechinar la dificultad en la última tentativa para devolver, como se decía; "la majestad á la Constitución, á la Ley, al Derecho, vulnerados por el Gral. Monagas con el atentado del 24 de Enero de 1848."

Todos sabemos como terminó aquella azarosa invasión. Prodigios de valor y de disciplina marcaron los pasos de aquellos pocos que iban en pos de un triunfo imposible. Cercados por todas partes de numerosos batallones, tuvieron al fin, después de pelear como leones, que entrar en una capitulación en Macapo-Abajo. Si fué ó no observada, lo dirá la historia. El Gral. Páez fué á parar al Castillo de San Antonio en Cumaná: y el Coronel Andrade, junto con varios notables de sus comilitones, fué á las bóvedas de La Guaira. Puesto en libertad y expulsado, no volvió al país hasta 1858.

No hablemos de esta nueva época, sino para sacar una nueva prueba de que Andrade era amigo sincero, militar pundonoroso y antes que todo, hombre de principios; y que por tanto, veía á su Patria antes que á los hombres, aunque fuesen estos de su afecto y de su amistad.

El Gral. Andrade estaba al servicio del Gobierno constitucional: se hallaba como Jefe de un ejército en la Cordillera. De pronto, sucede aquella evolución por la cual aparece el Ilustre Gral. Páez nombrado Dictador ó Jefe Supremo de la República. La constitución de 1858 se puso á un lado, “y quiso salvarse el país por medios heroicos.”

El Gral. Andrade, sorprendido en la Cordillera por semejante evolución, renuncia su puesto en el ejército y se retira á Colombia. Podía habersele aplicado aquel dicho célebre: *Amicus Plato, sed magis amica veritas.*

Su afecto, amistad y respeto por el Gral. Páez no pudieron llevar á aquel hombre recto á abdicar uno solo de sus principios políticos. Él lamentó, sin duda, en el fondo de su corazón de amigo, que en un momento de mala inspiración, el soldado de la Ley, no hubiese creído en ella.

No hay duda de que hombres que así proceden, merecen ser estimados por sus contemporáneos de cualquiera comunión política, y admirados por la posteridad desnuda de las pasiones militantes, que ahogan por lo común el verdadero mérito.

Lo dicho sería suficiente para halagar la vanidad de las medianías, que ambicionan por salir á la luz pública, ostentando méritos y reclamando los honores de la inmortalidad. No obstante, del Gral. Andrade apenas hemos desflorado su vida pública, pues no escribimos ni una biografía, ni mucho menos una historia; sólo ensayamos un croquis, y por esta razón tenemos que ser rápidos é incompletos. [1]

[1] El Gral. Andrade fué Ministro de Guerra y Marina en 1860 siendo el Presidente de la República el señor Manuel Felipe de Tovar. Y fué bajo la dirección activa é inteligente del Ministro de la Guerra, que se organizaron las fuerzas que obtuvieron el triunfo de Coplé, batalla memorable dada por el Gral. Cordero. Los inteligentes en materia de gobierno han he-

IV.

PERO aunque sea la rapidez condición esencial de este escrito, así y todo, aun tenemos que hacer una diversión por el campo de las virtudes militares que adornaban al Gral. Andrade; y de esta manera el esbozo que ensayamos no será tan incompleto como pudiera.

Virtud y grande es en los hombres cuya carrera es la de las armas, la discreción, la reserva, y la religión del honor de la palabra.

Dos hechos nos pondrán en evidencia, que nuestro patriota zuliano poseía en alto grado tales virtudes.

¿Quién no sabe de aquella entrevista históricamente célebre, del Gral. San Martín con el Libertador Simón Bolívar?.....

¿Quién ignora que algo de importante y de trascendental respecto á la vida política de las cinco nuevas naciones, debió pasar entre aquellos grandes hombres?....

El misterio ha seguido envolviendo, después de cincuenta años, el *quid* de aquella conferencia, que dió por resultado la emigración del Gral. San Martín para Europa....

¿Y quién fué escogido como secretario de aquella sesión solemne, en donde debieron tratarse puntos muy áridos respecto á la organización de Colombia, Bolivia y Perú?....

¡El escogido fué el joven oficial José E. Andrade!....

La elección prueba desde luego las aptitudes y virtud del joven oficial; y la conducta posterior del Gral. Andrade en este punto prueba lo acertado de aquella preferencia. Sus más allegados no pudieron jamás recabar de él ni una palabra de aquel acto célebre, cuya minuta entendemos, poseía el Gral. en su archivo.

Otro rasgo de nuestro protagonista, nos dirá qué clase de hombre era.

cho justicia al Gral. Andrade, quien supo vencer mil inconvenientes, merced á la pericia en el arte de la guerra.

Prisionero se hallaba el Coronel Andrade junto con varios connotados del partido conservador.

¡Era el año de 1849!.....

El Gral. Páez había capitulado en su campaña de Coro, y las circunstancias de aquella época lo llevaron al Castillo de San Antonio en Cumaná, y á otros, á las bóvedas de La Guaira. Entre estos se hallaba el Coronel José E. Andrade.

¡Un dia concertaron los presos de las bóvedas su fuga!.....

El derecho natural que enjendran las injusticias positivas, ponía á aquellos presos connotados al abrigo de una bajeza.

Iban á ser juzgados por un partido triunfante, y en tales casos el vencido no tiene la seguridad de ser juzgado según las leyes, y sí según las pasiones del momento, que suelen oscurecer la justicia y el derecho.

La idea ó deseo de la fuga tenía, pues, razón de ser en pechos levantados, sin menoscabo de la dignidad. No obstante, el Coronel Andrade, nutrido de ideas y sentimientos poco comunes, prefirió aguardar sereno el veredicto de un Gobierno, antes que amenguar con una fuga la causa que había sostenido en los campos de batalla; como Jefe de la campaña en 1848, como subalterno en la de 1849. [2]

[2] Del Manifiesto del señor Gral. Leon Febres Cordero, fechado en Curazao 23 de Marzo de 1850 tomamos los siguientes rasgos:

“El Gral. en Jefe [Gral. Páez] creyendo que el grueso de las fuerzas contrarias se dirigía hácia esta posición, mandó reforzarla con la tercera columna al mando del Coronel José E. Andrade: pero la descubierta enemiga se retiró después de un corto tiroteo &.” Pág. 11.

“Pero al llegar al paso observó el Gral. en Jefe que los contrarios habían abandonado torpemente la vía de las Palomeras y determinó contramarchar para tomarla. En efecto, el Coronel Andrade que llevaba entonces nuestra vanguardia, coronó la altura antes de que el enemigo se repusiese de la sorpresa que le causara ver á un puñado de valientes maniobrando en dos millas de sabana, rodeados por tres mil contrarios.” Pág. 12.

Y este rasgo de virtud personal, que entre romanos hubiera sido aplaudido y premiado, no tuvo mérito en aquellos ajitados tiempos para un gobierno carcelero, cuyo criterio y guía eran sólo el triunfo de un partido, y no el de la moral política ó siquiera de la Ley. ¡Que no acaben de pasar las divisiones, para que podamos estimarnos mutuamente!

V.

MAS no es sólo como militar que la historia patria tendrá algún día que hablar del Gral. Andrade: él fué también Magistrado, habiendo gobernado por un lapso constitucional la antigua provincia de Maracaibo, ereo que del 40 al 44; y del 44 al 48 fué Comandante de Armas en la misma provincia. ¡Qué exigían en aquella época la Ley, el Derecho, la Justicia, la Constitución, de un Gobernador de provincia?

¡Integridad? El Gobernador Andrade fué íntegro á carta cabal.

¡Sumisión á la Ley? El Gobernador Andrade ha dejado fama por su culto escrupuloso á la magestad legal.

¡Respeto al derecho ajeno? El Gobernador Andrade no conculcó jamás ninguna garantía, ni ciudadano alguno pudo jamás alegar defraudación de sus derechos.

Y no era que no hubiese en aquella época división en los ánimos, y que no existiesen partidos políticos, tan necesarios en las repúblicas, si no han de ser estas una apariencia y nada más.

Habia entouces en la provincia de Maracaibo aquellos dos partidos, que por rarezas en nombres, llamáronse *tem-*

“En efecto bajo una lluvia de balas que el enemigo proyectaba de alto á bajo, á menos de medio tiro de fusil, especialmente sobre la columna del Coronel Andrade destinada á llamarle la atención, hicimos el paso de una cañada &.” Pág. 14.

“Y es tan cierto que Castro, sin embargo de su valor, no se atrevió á atacarnos, que el Coronel Andrade que fué con su columna por aquella dirección á proteger la recojida de ganado, lo hizo á la vista de aquel y regresó á nuestro campamento con las reses suficientes sin disparar un tiro.” Pág. 15.

bleques y campesinos. El paleuque de estos dos partidos eran los comicios y la imprenta.

Parece que el Gobernador Andrade pertenecía por instinto, por temperamento y por convicciones al partido campesino, que correspondía al que se ha apellidado conservador.

Como quiera que sea, el señor Andrade en el puesto de Gobernador, hizo olvidar á los contendores su filiaición personal.

Las urnas electorales fueron durante su administración la expresión genuina de la voluntad popular, ó por lo menos de los partidos; pues de parte de la autoridad no hubo ni siquiera insinuaciones en tal ó cual sentido.

Hay una teoría, sostenida por publicistas concienzudos y de gran talla, que consiste en profesar que no es vedado en rigoroso derecho á los gobiernos, el influir en las elecciones.

Máximo d'Azeglio es uno de estos. Antecesor de Cavour, con menos talento que este su rival, pero más honrado en política, y no menos decidido por la unidad italiana, sostuvo siendo Ministro del Rey de Cerdeña, y después de serlo, que los gobiernos tienen el derecho de influir en las elecciones. Buenas son sus razones, y no es este el lugar de examinarlas.

Pero el Gobernador Andrade, honrado por temperamento y por instinto; patriota por convicciones y por dignidad personal, se atuvo durante fué magistrado á esa otra escuela política, republicana, que veda á los gobiernos influir en esa expresión de la soberanía que Roma nos enseña á respetar en los comicios.

Así que, puede decirse con toda verdad, que durante la administración del señor Andrade, las elecciones en Maracaibo tuvieron lo que quería la ley: libertad, independencia de toda influencia, aun mirada como legítima por algunas autoridades en la materia. Vivos están allí algunos señores de aquella época, que luchaban en el partido *tembleque*, opuesto al de las simpatías del señor Andrade; y que pueden atestiguar la verdad que consignamos y de quienes la hubimos, años atrás, en conversaciones amistosas retrospectivas.

Un rasgo pondrá el sello á nuestra apreciación.

Eran las elecciones del año de 184. . . .

Uno de los empleados en la Gobernación, (M. V.) adieto al partido campesino, creyendo tener el derecho de trabajar en las elecciones como cualquier ciudadano, aprovechó del sábado para ir á San Rafael [Moján] á influir entre sus amigos y parientes, en favor de la plancha campesina.

El lunes presentóse el joven empleado á su oficina, y obtuvo por su celo campesino, no sólo una reprimenda del Gobernador Andrade, sino que perdió su puesto. La neutralidad y reserva que el Gobernador se había impuesto en punto á elecciones, halló una falta en aquel empleado, cuya conducta podría haber sido mirada por el partido opuesto como una injerencia gubernativa. ¡Tales eran aquellos tiempos y aquellos hombres!

VI.

¡NO fatiguemos más los ilustres Manes del honrado ciudadano que acaba de descender á la tumba! ¡Quién ignora, no sólo en Maracaibo sino en toda la República lo que era el Gral. Andrade.

Él era para su país lo que son, en el lenguaje geológico, los terrenos primitivos respecto de las otras capas de la tierra.

En su personalidad se veían, bien definidas y hermanadas, dos de las tres épocas que pueden asignarse á la patria independiente: la colombiana y la centralista constitucional. Fiel siempre y leal á sus principios, jamás exquívó ni responsabilidad, ni peligro alguno en pró de la causa que él creyó buena y patriótica: y si es verdad lo que decía Pitágoras, que la intención réproba merece castigo, las buenas intenciones deben ser no sólo apreciadas, sino aplaudidas por los ciudadanos de países libres, que, no como Cartago, y sí como la antigua Roma, deben mirar en sus hombres públicos como primera virtud, la lealtad!

De manera que, aún prescindiendo del valor, de la sólida instrucción militar, de la conducta acrisolada como Majistrado, del evidente mérito intrínseco que en sí lle-

vaba el Gral. Andrade; aún aparte de todo esto, su lealtad á la Patria lo hacía acreedor á la grata memoria entre sus compatriotas. Jamás se le oyó al Gral. Andrade una palabra de despecho en contra de su país, aunque gobiernos opuestos á sus principios y de los que había recibido persecuciones, gobernasen á Venezuela.

La Patria estaba para él muy por encima de los hombres; y los errores de estos no amenguaban en nada su puro amor por la que había absorbido su existencia. Era un patriota á la antigua, sin ambages, sin restricciones; y no comprendía el amor á la Patria sino por la Patria. Él creía que ese amor ennoblecía el alma, y poseía á sus setenta años ese ardor sagrado que se siente á los veinticinco, cuando el corazón es todo hidalguía y el alma todo afecto. Por eso se le vió á esa edad, fusil en mano como un voluntario, queriendo contrarrestar la fuerza representada en el número, que entraba triunfante á Trujillo en 1870.....

Principió muy joven la carrera de las armas al lado de Bolívar, como Ney al lado de Napoleon: y si Ney en Waterloo buscaba la muerte para ahogar su traición á Luis XVIII, el Gral. Andrade, en obsequio á sus ideas y principios, peleaba fusil en mano, con su conciencia tranquila, y alzaba en su corazón un altar á la Patria, en cuyas aras ofrecía en holocausto aquella jornada, como la última de su vida pública.

VII.

TIEMPO es ya de poner término á nuestras rápidas apreciaciones; y el día en que la patria tenga su Plutarco, este hallará más de una sólida razón y de un motivo plausible para colocar entre los hombres ilustres del país, al Gral. José E. Andrade.

Y de seguro que entonces entrará por mucho en el juicio histórico, el carácter privado del General. ¿Y cómo no? La vida privada es el reflejo del alma, en sus manifestaciones tranquilas y sosegadas; y difícilmente un extravagante en privado, es apreciable en sus actos públicos. Y es porque en el hogar se elaboran las virtudes,

ó sea la materia prima de toda virtud, que ha de trascender más luego á la sociedad.

Bajo este punto de vista el Gral. Andrade era un modelo.

Esposo y padre ejemplar, jamás oyeron los suyos una palabra que no fuera una máxima de urbanidad y cariño; ni precepto alguno de rígida moral y de maneras ajustadas dejó de ser puesto en práctica por él, en las diversas épocas de su existencia, ya viviendo en el país natal ó lejos de él, mendigando un asilo. El mismo valor y serenidad que tenía para los campos de batalla y para los campamentos, poseía el Gral. Andrade para las batallas de la vida, que suelen ser azarosas y necesitan de gran virtud interior, para ser sobrellevadas con abnegación y heroísmo. Él pudo decir con Job: *Militia es vita!*....

¡Hace apenas un año que yo le ví! En su mismo andar se notaba que no los años, que eran bastantes, sino el pesar intenso, lo agobiaba. ¡Cúcuta acababa de desaparecer!..... Allí bajo las ruinas, treinta ó más miembros de su familia habían perecido, y entre ellos su hijo primogénito, Antonio!..... Sin embargo, el valiente y resignado anciano no había perdido la frescura de su carácter, ni la amenidad de su trato: ¡cuánto dominio sobre sí tenía aquel padre que vió desaparecer á su querido Antonio, dejando una familia de pequeños en la orfandad!....

Pero el Gral. Andrade tenía para las batallas de la vida un poderoso talismán: el sentimiento cristiano!.... Con semejante tesoro abandonó los paternos lares, cuando muy joven buscó honor y glorias en las batallas de la independencia; é ileso conservó el tesoro, hasta el momento de descender á la tumba. Tan pronto como comprendió su marcha á la Eternidad, preparó su conciencia, y espontáneamente pidió los santos auxilios, con la misma serenidad que le distinguió siempre!.....

Él no perteneció nunca á esa escuela de libres pensadores, que en la elasticidad de una moral acomodaticia, buscan la holganza de las acciones; ni creyó en la fátua luz que ciega, y que dá estímulo para obras que más tarde suelen afrentar. Recto, inflexible, bien intencionado, creyó siempre que la verdadera luz y la única que puede iluminar el sendero del hombre, de la familia, de la patria,

es la luz que nos imparte el Cristianismo; y que el estímulo que de él nos viene, es el único capaz de lanzarnos en el camino de las grandes acciones y de los actos meritorios.

Nacido para las grandes disciplinas, habría obtenido un puesto de honor en las legiones romanas y en las falanges griegas; y amador constante de las grandes ideas, hubiera pasado con Alejandro el Gránico y retirándose con Jenofonte; pero César no le hubiera hallado á su lado en el paso del Rubicón, ni Napoleón en su 18 Brumario. Los rasgos culminantes que de nuestro patriota hemos delineado, lo prueban con harta evidencia.

La patria ha perdido, pues, un hijo que la honraba; la República un soldado fiel; la Ley y el Derecho uno de sus más rendidos amadores; su país natal un adorno; su familia un patriarca; sus amigos un dechado de honor y de virtud.

Sin ser Leonidas, aunque hubiera muerto en las Termópilas de la patria, Maracaibo puede con justo orgullo decir á su juventud, señalando la losa del héroe:

“¡Fiel en el campo de batalla: fiel en la enrol del Magistrado: fiel en el hogar! Imitadlo!”.....

Maracaibo-1877



APÁLICO SANCHEZ.



SATISFAGO una deuda del corazón, al estampar ese nombre para mí tan querido y para este pueblo tan simpático. ¿Quién no recuerda aquí á Apálico Sánchez, que arrancó tantos aplausos en la corta y brillante carrera, que hizo concebir tantas esperanzas, y cuya trágica muerte costó á sus amigos tantas lágrimas y tantas manifestaciones de dolor á la población entera?.....

Apenas tenía Apálico unos 25 años, y sin embargo, ha dejado huellas de lo que pudo ser en este país, que tanto necesita de los grandes caracteres.

Apálico principió tarde sus estudios, y cuando los principió, ya era un buen *carpintero ebanista*. Aunque sus señores padres eran acomodados, en aquellos años de 47 á 50 era moda *aprender un oficio*. Los hijos de los hombres más ricos, se veían frecuentar los talleres de sastrería, carpintería, zapatería. Una novela de Dumas, que corría de mano en mano, enseñaba que uno de los reyes de Francia había sido *buen cerrajero*; y la tradición decía, que uno de los generales más competentes de la Independencia, se había proporcionado la subsistencia en Curazao *haciendo excelentes botas*.

Apálico era aficionado á la carpintería por su amor á la línea, al ángulo, y á los problemas que de allí se derivan: es decir, tenía amor á las matemáticas.

Entró á cursar en 1850, y me encontré con él en la clase de Latín. Tenía mala memoria, y medraba poco en la lengua del Lacio. Me tocó á mí un día ser el que debiera dar testimonio de sus lecciones al Catedrático, que lo era el Pro. Dr. Rincón. Apálico estaba *pésimo*, y aquello era para mí un gran conflicto. Faltar á la confianza depositada en mí era un tormento; pero en los ojos de aquel joven veía yo la pena y la vergüenza, si denunciaba su situación. ¿Qué hacer en tan grave apuro? De un lado el deber, del otro, la simpatía y la lástima. Triunfaron las últimas, y convinimos en optar por la clasificación más dura, después de la de *pésimo*: 4 puntos! . . . Fué una transacción con nuestra conciencia, y Apálico me quedó agradecido. Desde ese día fuimos íntimos amigos, y lo fuimos sin sombras ni reservas hasta el día en que se embarcó, para no volvernos á ver.

Apálico tenía excelentes cualidades, para haber sido uno de los hombres más notables de este país, habiéndose distinguido como joven, no sólo en el Colejio, sino en la prensa y en la vida civil.

Una ojeada sobre lo que él era, nos podrá dar una idea de lo que pudo haber sido. Entre sus principales virtudes descollaba la del patriotismo; y en estos momentos en que la Patria se prepara para glorificar á un Ilustre Prócer, bueno es que la juventud de hoy sepa como fueron los jóvenes de ayer, para que la virtud y el valor tengan nobles estímulos, evitando de un lado la cobardía que envilece, y del otro, la pedantería que pone en ridículo.

I.

Apálico en las aulas y en su vida de estudiante.

LUVO intenso amor al estudio, y aunque su memoria no le favorecía, no por eso llegó á desanimarse. Principió mal en las Letras habiendo tenido que cortar sus estudios de Castellana y Latín, temiendo un rechazo en los exámenes. Pero en 51, el Ingeniero señor Dr. Manuel Cadenas Delgado, abrió el curso de Matemáticas, y Apálico entró á estudiar. A pocos días, bien se comprendió que el mal estudiante de Humanidades, era excelente en ciencias exactas, y si no obtuvo pre-

mio en su examen debió ser por no considerársele cursante. Ese primer ensayo puso de manifiesto que la inteligencia del joven tiene sus misterios y sus aparentes contradicciones. Apálico siguió con ahínco sus estudios áulicos, á la vez que se consagraba á estudios de otro género, que despertaban en su espíritu el deseo de avanzar.

Del 52 al 54, Apálico se había transformado. El primer bienio de Matemáticas le era familiar, y como tenía una extrema disposición para el dibujo, el topográfico y el lineal los poseía admirablemente. Mientras tanto, había estudiado la Gramática castellana en toda su extensión, y deseoso de seguir un Curso de Derecho, se dedicó á estudiar el Latín, para poder optar al Bachillerato en Filosofía. Y todo sin dejar su taller de carpintería, de donde salían obras de mucho mérito, y que parecían algunas sobresalir de la forma común de esa clase de artefactos.

No se puede negar, que Apálico era no sólo un buen estudiante, sino que era además laborioso y modesto, vida que no abandonó sino cuando ya próximo á recibir sus grados, necesitaba contracción más asidua á los asuntos académicos.

Peró en Apálico sobresalía una cualidad que lo hacía muy apreciable para condiscípulos y maestros: tenía el sentimiento de la justicia, y por eso ni era envidioso ni mezquino: y por la misma razón, era recto en todos sus procederes, exaltándose é indignándose con las chicanas y con los caracteres débiles é hipócritas. Reconocía el mérito en donde quiera que se hallaba, y por lo que hacía á su persona, nunca descubrió que pensara merecer más de lo que se le adjudicaba. Con estas cualidades y con talento indisputable para escribir é improvisar, es claro que debía ocupar como lo ocupaba un puesto de honor entre sus amigos y condiscípulos.

Apálico en la prensa.

Principió sus ensayos en "El Eco de la Juventud" aunque antes habia colaborado en "El Aguijón" y en "El Pensamiento."

Peró fué en la "Sociedad Eco de la Juventud" y en su periódico, en donde Apálico hizo sus primeras armas

en el campo de las letras. Más de cuarenta artículos publicó Apálico, anónimos, como se usaba entonces para no exponerse al ridículo, buscando antes el fallo de la opinión; artículos que llamaron la atención del público, siendo los más notables, Colombia, Amnistía, Trata de los goajiros y Dictadura Páez, propuesta desde París en 1857 por el señor Don José Segundo Flores, redactor del Hispano-Americano.

Apálico era apasionado para escribir; y al empuñar la pluma se transformaba, como si algún genio ó pitonisa se apoderase de él. Se ponía convulso, cambiaba de colores, y cada idea, cada pensamiento, cada arranque hacía en él los efectos de una conmoción eléctrica. Y así mismo era cuando improvisaba, sobre todo en asuntos políticos, como aconteció en 1858, y más luego en el Concejo Municipal, en 1860.

De aquí viene que su estilo fuese varonil, como su carácter; variado como su naturaleza; nervioso é impresionable, como su manera de ser.

En medio de su jovial temperamento, se trasparentaba la seriedad de su persona y la formalidad que lo distinguía; no admitiendo ni transigiendo con farsas, tan comunes en la vida de la República. Por eso tronaba con olímpica cólera contra los que embaucaban al Pueblo, que él quería *soberano*; pero lo quería sabio, íntegro y morigerado: y así como tenía rayos contra los opresores, los tenía también contra las turbas corrompidas, que por un pedazo de pan amasado con infamia, vendían á la Política su propia dignidad.

Apálico era republicano y demócrata; pero quería la República pura y genuina, y quería que la Democracia se fundase en la virtud, en el talento y en el trabajo honrado. Aborrecía el imperio de la fuerza viniera de arriba ó de abajo.

Apálico, idolatraba en todos los grandes tipos de la Patria y á Páez lo amaba tradicionalmente; pero cuando el señor Flores propuso desde París la Dictadura del Héroe de las Queseras, Apálico se indignó [1857] y dijo: no! para eso no trabajaron nuestros Libertadores!

Rindió culto á la Poesía y obtuvo laureos merecidos, escribiendo varias composiciones que prueban aliento y

estro: y si no siempre exentas de defectillos, en todas se descubre al hombre de talento. *Las Postrimerías* son una prueba.

Apálico en la vida civil.

Dió muestras nuestro amigo de ser un ciudadano no sólo útil, sino levantado en sus aspiraciones cívicas.

Abnegado y entusiasta, le vimos prestar su contingente, siempre que le fué pedido ó lo creyó oportuno y necesario.—En Apálico se veía realizado quizás aquel pensamiento de Cicerón: *prima offitia debentur Diis immortalibus, secunda, patriæ; tertia, parentibus: deinde, gradatim reliquis*. . Efectivamente, en Apálico, brillaba el amor y el temor de Dios, con luz intensa: sus estudios lo hicieron piadoso, y por supuesto, era creyente á carta cabal.

Su veneración y amor hacia Dios, lo hacían creyente en la virtud, amante de los grandes principios que dignifican al hombre y al pueblo, y observador escrupuloso de las máximas salvadoras de la libertad civil y del orden social. ¡Por eso era inmensamente patriota!

Creía con Mazzini que el volterianismo y el materialismo, eran muy aptos á engendrar tiranos; y pensaba con el Evangelio, que sin sacrificio y sin abnegación no hay virtud posible: y por eso aborrecía á los epicúreos en sociedad y á los estóicos en el pensamiento, productores ambos de imbéciles y de egoistas.

Y así como era cristiano y creyente como individuo, lo era como político, no creyendo en esas formas ampulosas, descarnadas y frías de los políticos de oficio, que engañan con la fórmula á los sencillos, para esquilmar á la Patria á todo su sabor.

Con estos principios y con este cre lo bajó á la arena de la vida civil, por lo que conquistó bellos lauros, y devoró amargas decepciones, no siendo la menor aquella por la cual se le expulsaba del país.

Esto merece capítulo aparte.

Apálico había jurado la Constitución de 1859, que emanó de la Gran Convención de Valencia; y la juró, no por fórmula como se acostumbra en tales casos, sino que,

creyéndola muy buena, pensó que todo buen ciudadano debía prestarle su apoyo. Hemos dicho que Apálico era serio y formal en todas sus cosas.

Sucedió que un día, el partido dictatorial paezista de esta ciudad, le jugó una mala partida al señor Gobernador, José A. Serrano; y éste, que era la única autoridad constitucional, amaneció el día 2 de setiembre de 1861 desconocida por el Cuartel veterano. En ese día principió el Via-Crucis de Maracaibo. Muchos ciudadanos fueron á ofrecer sus servicios al señor Serrano, como Gobernador, y uno de ellos fué el joven Apálico Sánchez, que no era su amigo personal ni político.

Pero las cosas marcharon al gusto y sabor de los alzados y cayó la legalidad.

Apálico pertenecía al Concejo Municipal constitucional; y el Jefe Civil y Militar, señor Coronel (entonces) Antonio Pulgar, creyó que el joven Sánchez aceptaría un puesto en el nuevo Concejo que la Dictadura nombraba. En mala hora llegó á manos de Apálico la nota en la que se le comunicaba semejante nombramiento; pues arrebatado el joven republicano del santo amor de la Patria, contestó con otra nota tan enérgica, tan acusadora del nuevo orden de cosas, que el Jefe Civil y Militar, viendo comprometida su existencia política si toleraba aquellos reproches y aquellos amargos conceptos, dictó *ipso facto* la expulsión del que se había atrevido á terminar su repulsa con esta frase, que algún día recojerá la historia patria para hacerla inmortal:

“Ay del día en que la sociedad esté á merced de los cuarteles!”.....

En la tarde de ese mismo día, el valeroso joven tomaba el camino del destierro en la goleta *Clara*.....

¡Lo que pasó después, todo el mundo lo sabe!....
¡Un naufragio!.....

A los pocos días la prensa zuliana, interpretando la conmoción general decía:

“¿Qué es del apreciable é inteligente joven APÁLICO SÁNCHEZ, cuyo despierto talento hacía la esperanza de sus conciudadanos?”.....

“¿Qué quieres que te diga, amigo mío, sepultado para siempre en los abismos del mar?”

“Una débil página no puede encerrar tus numerosas virtudes; ni el fulgor siquiera de aquellos nobles arranques, que hacían de tu existencia una vida mística é ideal”.....

MANUEL DAGNINO.

“Y mi amigo, henchido de entusiasmo, dejó oír el acorde más melodioso de su sublime lira, ensalzando las portentosas maravillas de la Creación”.....

ARBONIO PÉREZ.

“Yo te lloraré en el fondo de mi corazón.....

Tan sólo allí, (en la desierta playa) la soledad sería digno testigo de tu elogio; allí, donde la naturaleza es tan elevada como tu espíritu, tan grande como mi admiración á tus méritos.”

P. J. HERNÁNDEZ.

“...y eras uno de los florones de esa sociedad que se adelanta, y la cual te consideraba como una de sus más fuertes columnas.”

J. M. CRESPO.

“¡Muerto en el mar!... En ese inmenso abismo que yace á veces apacible y mudo, y otras atruena al ímpetu sañudo del rápido huracáu”.....

I. VÁZQUEZ.

“Tu grito de agonía hendiendo el aire, llegó hasta nosotros”.....

“¡Descansa en paz, amigo mío, tú que entrado apenas en el sendero de la vida... supiste ser modelo de lealtad y ofrecías á la patria un apoyo ilustrado, lleno de vigor y fortaleza.”

R. LÓPEZ.

“Así debía ser!...Una humilde sepultura bajo las capas de la tierra, era poco para tí.....Debías tener por sepulcro el inmenso mar velado para el hombre donde se abrigan tantas grandezas....”

GREGORIO FIDEL MÉNDEZ.

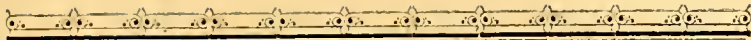
“Mas, ¿por qué decirte infortunado? Apenas contando cinco lustros de existencia, diste cima á tu noble misión.....”

MANUEL DURÁN.

“Fatales sucesos se encadenaron para destruir su lozana existencia: joven, lleno de vida, esperanza de sus padres, solaz de sus amigos, insigne maestro, esperanza también de la juventud y de su patria; joven leal, franco é independiente, todo desapareció en un instante”....

JOSÉ RAMÍREZ.

¿Se encuentran muchos jóvenes como *Apálico*, aquí ó mas allá? Creo que no; y esta es la razón que he tenido para presentarlo á nuestra juventud como uno de los modelos que debe imitar. Nunca es tarde para corregir yerros; y cada joven haciendo su examen de conciencia, puede sacar en limpio, la distancia á que se halla del modelo. Se me dirá que nuestras costumbres han cambiado algo, y esto es verdad; pero siempre será cierto que la virtud privada y las virtudes públicas son la única base de la grandeza de la patria y de la exaltación de las personalidades. Las virtudes de *Apálico* á sus veinticinco años pueden reasumirse en estas: valor, fortaleza, abnegación, laboriosidad, constancia, modestia, temperancia, lealtad; que unidas á sus naturales talentos, hicieron de él un repúblico, esperanza de la sociedad, y aciago para las tiranías de su patria.



El Licenciado Don Carlos Urdaneta.

I.

¡CADA vez que la curiosidad, el buen deseo ó el deber me han conducido á las puertas de la historia patria, para estudiar acontecimientos, instituciones y hombres del pasado, me ha cautivado de preferencia el mismo raro fenómeno social, que hoy consigno de nuevo, al pretender delinear á grandes rasgos la personalidad del *horrado ciudadano*, cuyo nombre encabeza este artículo.

¿De dónde salieron aquellos hombres, aquellos caracteres, aquellas almas íntegras que concibieron cosas tan grandes y que realizaron tantas maravillas?

Aquellas simpáticas figuras, aquellos tipos de caballeridad, de altísimas prendas morales, ¿de dónde salieron, quiénes fueron sus maestros y mentores?

Cuando se nos habla, y hablamos nosotros mismos, de las "ideas rancias" de ahora sesenta ú ochenta años; cuando damos una mirada retrospectiva sobre costumbres que han pasado á la tradición y á la historia, sólo hallamos palabras duras y calificativos hasta deshonorosos, para aquellas generaciones que son hoy el respeto y la admiración, de los que vivimos bajo la influencia del vapor, de la electricidad y de la difusión de las luces. "Tiempos de oscurantismo," decimos de muy buena fe; "época de atraso y de ignorancia," exclamamos compadecidos de nuestros mayores; "tiempos aciagos" de incultura, de salvajes aspiraciones, escribimos á cada paso, lastimados.

Y aún habiendo mucho de cierto en estas y otras inculpaciones al pasado, no deja de persistir, vivo y palpitante ante el filósofo historiador ese fenómeno que apunto hoy, al hablar del *Licenciado Urdaneta*.

Los anales del país nos demuestran que Venezuela tuvo hombres distinguidos en todos los ramos políticos, administrativos y sociales, y los tuvo en tal grado de importancia que *Bolívar* ha pasado á la posteridad como un genio.

Mas, ciñéndonos á Maracaibo, la historia nos señala multitud de hombres, que fueron ornato y sostén de la sociedad. Que tuvo clérigos connotados, nadie lo dudará, pues algunos llegaron hasta nosotros, y pudimos apreciar la ciencia de Maestros como el P. Alvarado, Ávila y San Just, que desaparecieron del 30 al 40. Tuvo estadistas como el señor Don José Eusebio Gallegos, políticos como Don Juan E. González, Generales como Rafael Urdaneta, á quien hoy glorifica la Patria como al más ilustre de sus hijos. Y de esa época y de esos hombres salieron Rafael María Baralt, el Dr. José María Bracho, eminente jurisculto, y el Dr. Mas y Rubí, y otros muchos, debiendo incluir en esta generación al *Licenciado Carlos Urdaneta*.

II.

CARLOS URDANETA nació el 4 de Noviembre de 1804, de honrados y legítimos padres, quienes se preocuparon de la educación é instrucción del niño;—y en consecuencia, entró á estudiar Latinidad con los RR. Padres franciscanos, José María Alvarado y José Antonio Ávila. Esto acontecerá probablemente en el año de 1814 ó 1815. Para esa época no había en Maracaibo, para estudios clásicos, otros focos de luz que el Convento de San Francisco y el Colegio Seminario, fundado este por el Sr. Lazo de la Vega, que ha dejado santa memoria de acendradas virtudes. La Municipalidad de 1859, rindió homenaje al santo Obispo, dando su nombre á la calle en la que el piadoso y apostólico varón edificó el Seminario tridentino de Maracaibo, dotándole de rentas para impartir á cierto número de jóvenes la educación eclesiástica y la instrucción necesaria al ministerio. La calle existe, em-

pero el edificio que servía de Seminario, con todos sus anexos, fué vendido en pública subasta, y en virtud de leyes creadas *ad hoc*, ha pasado á ser propiedad particular.

Y sin embargo, en ese Seminario se educaron todos los jóvenes de aquella época, y allí recibieron los primeros impulsos en la senda del Deber y del patriotismo. Allí, y en esa época, se educaron y formaron todos los que después fueron los excelentes é íntegros ciudadanos, que fundaron y practicaron la república del 30 al 48.

En ese número debemos incluir al Licenciado *Carlos Urdaneta*; pues este, después que estudió latinidad con los P.P. Franciscanos, pasó al Seminario y vistió la beca tradicional del seminarista. No sé á punto fijo quienes fueron allí sus catedráticos; pero el Maestro José Jesús Romero, debió ser uno de ellos, puesto que este, ya para entonces aventajado en Letras, Filosofía y Ciencias eclesiásticas, rejentaba á sus 18 años, y con licencia del Obispo, Cátedras importantes en dicho Seminario. Don Manuel Iriarte Lezama, á quien deben las dos generaciones del 52 al 74 sus conocimientos en el habla castellana y la literatura, fué de esta época, y de él es que tuve yo informes sobre la manera de enseñar y de aprender en aquellos tiempos. Es lo cierto, que allí completó el joven *Urdaneta* sus estudios sobre *Latinidad*, materia á la que se le prestaba entonces mucho cuidado y esmero, puesto que se consideraba, y con razón, la lengua del Lacio, como base de las buenas Letras, de la Filosofía, del Derecho y de la Teología.

Trasladada la silla episcopal á Mérida, tuvieron los Colegiales que pasar á aquella ciudad á seguir sus estudios, y *Urdaneta* fué uno de ellos. Allí cursó Filosofía. Pasó luego á la capital de Colombia á estudiar Medicina y Cirujía; mas, por circunstancias ajenas á su voluntad, tuvo que dedicarse al Derecho, obteniendo el grado de Bachiller en dicha Facultad; y pasando á Caracas, capital ya de la República de Venezuela, recibió el grado de Licenciado. Volvió al suelo natal, que amaba con efusión, no obstante haber vivido ausente de él los mejores años de la juventud. ¿Qué trajo á su patria el joven laureado? ¿Qué contingente ó capital, como se dice hoy, aportó el

discípulo de los Franciscanos y del Seminario á la tierra de Mara? . . . Esto es lo que vamos á examinar.

III.

El joven *Urdaneta* había respirado en el honrado hogar de sus amorosos padres el aire vital de la educación cristiana, acostumbrándose á mirar en la vida del hombre, más bien que una dotación para gozar, una prueba de abnegación y sacrificio, para poder aspirar á fines inmortales. Nació, pues, en el corazón del niño la llama de la virtud, que había de iluminar más tarde el sendero de su vida. Esa cristiana educación del joven *Urdaneta* se aquilató por decirlo así, en el trato con los P. P. Franciscanos, naciendo en él además de la llama de la virtud, el deseo intenso del saber. Ya para esa época, las batallas de la Patria asordaban los aires con el grito de la pelea, y el alarido del vencido y el hurra del vencedor. Bien había aprendido el joven *Urdaneta*, que la verdadera Patria de los hijos de Dios, es la *Jerusalén celestial*, es la eterna beatitud en donde Dios vive, inundado de luz, de amor y de verdad; pero también sabía que el hombre desde que viene al mundo, trae esculpido en su conciencia los principios del derecho natural, no siendo de los mejores, los que se refieren á la patria en donde uno nace. Sabía muy bien que toda patria tiene por necesidad que ser rejida por leyes y gobiernos, cuya bondad y excelencia dependen en su mayor parte de las fuentes que les dan origen. Nacieron á la luz bajo la bandera hispana, los hijos de esta tierra á principios del siglo; rejidos por leyes más ó menos imperfectas y por hombres más ó menos bondadosos. Fué Maracaibo afortunada, habiendo tenido por Rejidores á sujetos que en su número han pasado á la posteridad con aureola de simpatías y de gratos recuerdos. Miyares, Correa, Villa y otros, son recordados aquí con respeto y hasta con gratitud; pero eso no obstaba para que los estímulos de la Patria tocasen el corazón de todos, aún de aquellos que por sus circunstancias parecían á eubierto de los nuevos peligrosos ideales: en este caso se hallaban los R. R. P. P. Franciscanos.

Lo cierto es, que así como hubo P. P. observantes de San Francisco muy dados al Rey, los hubo también muy dados á la Patria; y si esta circunstancia no se pudo notar en los comienzos de la revolución, sí se fueron infiltrando en el corazón de muchos, qué frecuentaban las aulas de los P. P., las nuevas ideas fundadas empero en la moderación y en el Evangelio. En otra parte lo he dicho: Maracaibo tuvo la fortuna de buenos gobernadores, humanos, piadosos y honestos, y no se vió en el caso como otros pueblos de Venezuela, de apelar á la insurrección para deshacerse de mónstruos como Rosete, Puig y Antoñanzas. Maracaibo contemplaba en silencio el enardecido enadro de la guerra, y hacía acopio de ideas y de entusiasmo para el día de la redención; y llegado el momento, se vió claro que el trabajo estaba hecho; que había sido latente, pero efectivo, como lo es hasta hoy.

De su juventud que había estado en contacto con los Padres de San Francisco y los que réjían el Seminario, salieron á poco hombres patriotas, ciudadanos entendidos, que parecían acostumbrados á la vida republicana.

Villasmiles, Casanovas, Iriartes, Corderos, Lezamas, Valbueñas, Ramírez, Troconis, Delgados, Baralts, Celis, Pulgares, Fandeos, Andrades, Garbiras y muchos más, formaron en los primeros años de la independencia una juventud lucida, guiada ya por hombres importantes, que se habían formado aquí y en la península. Gallegos, Biceño, González, Romero, Alvarado y otros muchos, tuvieron para esa juventud consejos y aliento de vida; así que, para 1820, cuando Maracaibo entró al concierto nacional, Bolívar halló en las márgenes del Lago á los compatriotas del Gral. Urdaneta, que desde 1813 venía dando á la Patria lustre y nombre con su valor á toda prueba y con sus talentos indisputables.

IV.

El joven *Urdaneta*, pues, cuando salió á estudiar en la afuera, ya llevaba su espíritu amaestrado en las grandes lecciones del verdadero patriotismo; y cuando hombre, reflexivo, laureado y deseoso de ser útil volvió á la patria, se mostró tal cual lo que venía

siendo desde niño: un ciudadano inteligente, y *de una probidad é integridad á toda prueba*. Ese fué el gran contingente que él trajo al país, al principiar Venezuela en su vida nacional autonómica.

El Licenciado *Urdaneta* mereció la confianza del Gobierno de su época; y así ocupó puestos importantes, siendo proverbial en Maracaibo la rectitud de aquel majistrado, que no cejó jamás ante la injusticia, ni oscureció con sus fallos y proceder es el derecho de ningún ciudadano.

¡Qué bella, qué imponente es la majestad de la Ley, cuando togados como el Licenciado *Urdaneta* le sirven de Apóstoles ó Ministros!... ¡Qué tranquila puede vivir una sociedad, cuando en el templo de la Justicia y del Derecho se encuentren sacerdotes como el Licenciado *Urdaneta*!.....

Hombre de profundos sentimientos cristianos, de prácticas severas de virtud y de ideales definidos y honestos, jamás lo halló la sinrazón y la fuerza en sus caminos; y así como tuvo palabras de elojio para la virtud y las buenas causas, siempre fué terminante y claro contra la inmoralidad, aunque fuese imperante, y tuvo para la injusticia el valor de sus propias convicciones para combatirla.

Y no era que *Urdaneta* fuese lo que llamaban los enciclopedistas *un espíritu débil*, no: dado al estudio había podido penetrarse de aquellas doctrinas volterianas, que aun hoy, hacen estragos y siembran ruinas en cabezas trasnochadas y en los talentos superficiales, que buscan antes que todo la huelga de la razón. *Urdaneta* no hizo como muchos de aquella época, y también de la actual, que sólo estudiaban una faz de la cuestión social y olvidaban ó menospreciaban la otra, no: él, con la seriedad de un Juez, con la tranquilidad de un Filósofo y con el amor á la verdad de un discípulo del Cristo, estudió, compulsó libros y documentos, compajinó ideas, relacionó tiempos, apreció personalidades, y sacó en limpio lo que habiau dicho algunos de aquellos mismos filósofos que habiau preparado la Revolución: "buena almohada es la razón, pero mejor almohada es la religión." (Diderot) "La religión cuenta ya con seis mil años, mientras que

los sistemas de los filósofos son de ayer. Me veo obligado á creer y á admirar." [Voltaire.]

Nombrado primer Rector del Colegio Nacional, el 19 de Abril de 1839 al instalarse este plantel, pronunció un discurso el Licenciado *Urdaneta*, que constituye su mejor apología como pensador y progresista. Ese precioso documento debe estudiarlo la juventud, que no sólo leerlo, en los Anales del Colegio Federal, página 12. ¡Llor al señor Dr. Trinidad Montiel y al señor Dr. Pedro Luengo, por haber concebido y ejecutado esa *ofrenda* valiosa al Libertador en su Centenario, compilando, ordenando y publicando un libro contentivo del nacimiento y vida del Colegio Nacional!.....

En ese discurso, deben aprender los jóvenes á meditar sobre los grandes problemas sociales, que con tanta maestría, seguridad y corrección resolvió el Licenciado *Urdaneta*..... Allí fulgura la luz de la Religión y la Moral, con relámpagos inextinguibles: allí la luz de la verdad filosófica y científica, brilla con tranquila luz y con perennes resplandores: palmas obtiene la virtud, anatema inapelable el vicio y la injusticia. La libertad tiene su hosanna, que nace del deber cumplido, y del ajustado derecho conquistado por nuestros mayores: la tiranía y los tiranos oyen acentos terribles, y la patria maracaibera recibe lustre y honrosa fama en los hijos que fueron en San Francisco, adorno de la religión y esperanza de la Sociedad..... "Allí las *reverencias* de los García Lauras, dice el orador, Cubillanes, Echeverrías, La-Lastras, Tinedos, Ávilas y otros muchos varones eminentes en Letras y en virtudes que os propongo por modelos." Ni aun los menores detalles olvidó el orador, poniendo de relieve las grandes ventajas de hallar en su propio país y en su mismo idioma el pan del espíritu, sin la necesidad de ir á países lejanos á mendigarlo, espuestos á todos los azares y á todos los peligros.

Urdaneta fué por muchos años, Ministro de la Corte, y allí se le vió siempre laborioso, delicado de conciencia y justiciero. Entonces existía la *pena de muerte* en Venezuela; no sé si *Urdaneta* era partidario de ella para los delitos comunes, pero no lo era para los *delitos políticos*.

Cada vez que había *sentencia* en la Corte, es fama que *Urdaneta* pasaba días de ansiedad, de agitación, de estudio,

de consulta, con sus mejores y entendidos amigos, entre otros con el Padre Jesús Romero, su amigo desde joven. No contento con todo esto, *Urdaneta* buscaba en la Religión el consejo más eficaz y que más lo fortalecía: confesaba y comulgaba, antes de pronunciar *sentencia de muerte*. Parece que lo hizo pocas veces, sólo en aquellos casos tan claros y precisos, que el no haberlo decidido hubiera implicado olvido ó menoscupio de la Ley.

Un hecho doloroso puso de relieve los principios del Licenciado *Urdaneta* y sus exquisitos sentimientos de piedad y conmiseración.

El Coronel *Faría* fué sentenciado á muerte y el Defensor lo era el *Licenciado Urdaneta*.

En la Defensa del Coronel se ve que *Urdaneta* era entendido, valiente en la expresión de sus ideas, y nutrido en principios que honran mucho en Legislación y en Política á quien los posea.

Urdaneta en briosas *Indicaciones*, trató de arrancar del patíbulo á aquella víctima, que un partido político inmolaba. No! *Faría* no debió ser fusilado, porque *Urdaneta* probó: 1º que *Faría* había sido expulsado ilegalmente; 2º que involuntariamente había tenido que dirigirse á Venezuela. 3º que la reunión con Matamoros fué casual. 4º que los seis hombres armados con que salió del Hacha eran necesarios á la seguridad del camino. *Urdaneta* demostró que *Faría* no era traidor á la Patria; y por tanto, no se le podía aplicar la pena señalada por la Ley á los traidores. Pero *Faría* fué víctima; y *Urdaneta* que era probo hasta la delicadeza, vió en aquella inútil víctima una satisfacción al miedo ó á la injusticia.

Murió *Urdaneta* de 44 años de edad, en la plenitud de sus facultades y en el apogeo de su prestigio, que ni buscó ni fomentó, habiendo sido un hombre modesto, sencillo en su vivir, y no dado á las ampulósidades de aquellos, que cuando llegan á un puesto culminante, tratan de deslumbrar. Su divisa fué siempre el Deber, y lo cumplió estrictamente hasta que entregó su alma al Creador. Nadie puede enrostrarle con actos indignos, ni con ambiciones vulgares, que si no enlodan, desprestijan al que las manifiesta.

El Licenciado *Urdaneta* murió siendo *liberal*, según se dijo en aquel tiempo; y aunque yo era un adolescente, puedo asegurarlo. El fusilamiento del Coronel *Faría* debió hacerle pensar, que el tiempo de las terribles fórmulas había pasado.

Como quiera que fuese, la muerte de *Urdaneta* fué una gran pérdida para Maracaibo; pues con su carácter, su honradez, su prestigio y sus sólidos principios de gobierno y administración, hubiera evitado muchos males, que siguieron á la frustrada revolución de 48 que él ni aconsejó, ni aprobó, ni prohibió.

Entiendan, pues, las generaciones actuales que en todos los bandos políticos hay hombres de mérito, de valor y de grandes quilates. Sepan los que creen que la Democracia debe ser siempre tumultuosa y atropelladora, que el Licenciado *Urdaneta* pudo ser el primer liberal á la vez que el primer hombre de orden y de estabilidad social y política. Amaba la Libertad, pero en la órbita de la Ley, moral, humanitaria y progresista: creía en la Igualdad; pero ajustada á todos aquellos principios que la hacen justa, racional y provechosa. Y aunque pasen los tiempos, el Foro de Maracaibo recordará á *Urdaneta* como íntegro: la Política, como próbo, el pueblo como un Apóstol.

Setiembre de 1888.



La impresión de esta obra se ha hecho de orden y cuenta del Ciudadano Gobernador Seccional, señor Dr Alejandro Andrade, reservándose el autor el derecho de aumentar por la suya el número de ejemplares.















UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL



00021758572